



UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI

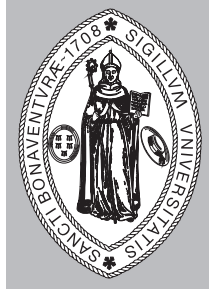
CRÓNICAS 8

NUNCA
SUPE
DECIR
NO

GABRIEL JAIME
ALZATE OCHOA
EDITOR LITERARIO

2020

Nunca supe decir no.
Crónicas 8



**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI**

Nunca supe decir no

Crónicas 8

Gabriel Jaime Alzate Ochoa

Editor literario

Facultad de Psicología

2020

Nunca supe decir no. Crónicas 8

Nunca supe decir no. Crónicas 8 / Editor Gabriel Jaime Álzate Ochoa.--Cali : Editorial Bonaventuriana, 2018

165 p.

ISBN: En trámite

1. Autores vallecaucanos 2. Cuentos vallecaucanos 3. Narrativa colombiana 4. Literatura colombiana 5. Literatura urbana 6. Psicología y literatura 7. Relatos personales - Cali (Valle del Cauca, Colombia) 8. Crónicas de estudiantes - Universidad de San Buenaventura. Cali I. Tít.

C868.4
N972

(D 23)

© Universidad de San Buenaventura Cali

 Editorial Bonaventuriana

Nunca supe decir no. Crónicas 8

© Gabriel Jaime Alzate, editor literario
Facultad de Psicología, Universidad de San Buenaventura Cali
© Editorial Bonaventuriana, 2020
Universidad de San Buenaventura.

Universidad de San Buenaventura
Calle 117 No. 11 A 62, Bogotá
PBX: 57 (1) 520 02 99
Carrera 122 # 6-65, Cali
PBX: 57 (2) 318 22 00 – 488 22 22

editorial.bonaventuriana@usb.edu.co
www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co

Los autores son responsables del contenido de la presente obra.
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, sin permiso escrito de la Editorial Bonaventuriana.
© Derechos reservados de la Universidad de San Buenaventura.

ISBN: En trámite

Tiraje: 300 ejemplares.

Cumplido el depósito legal (Ley 44 de 1993, Decreto 460 de 1995 y Decreto 358 de 2000)

Diseño y diagramación: Carlos Cárdenas
Impreso en Colombia – Printed in Colombia.
2020

Nunca supe decir no. Crónicas 8, es un libro de crónicas escritas por los estudiantes de la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura Cali, por lo tanto los personajes y las situaciones presentadas en las crónicas son responsabilidad de los autores y no comprometen el pensamiento y la filosofía de la universidad. Algunos nombres han sido cambiados por petición expresa de los personajes.

Índice

Presentación.....	11
1. Nunca supe decir no	
Ángela Carolina Benavides Salazar	13
2. Attitude derrière...y un poco de dolor	
Karent Garzón Osorio.....	21
3. Demi plié, en dedans, port de bras y... ¡a bailar!	
Laura Valeria Agudelo Campiño.	29
4. Ojalá no me vaya a morir	
Isabella Cifuentes Dorado.....	39
5. Drepanocitosis. Unidos por la misma herencia	
Isabella Buitrago	47
6. Si me tocara ¡lo volvería a vivir!	
Isabella Cortés Valencia	55
7. Ventas por catálogo	
Daniela Arbeláez Cárdenas	65
8. Detrás de la cámara	
Gisselle Alejandra Peña Lozano	73

9. ¿Síndrome de qué? ¿Y eso cómo se escribe?	
Mayra Alejandra Ruiz Páez	81
10. Tirar del gatillo y dar en el blanco	
Daniel Ramiro González	87
11. Lo que hay que curar es la vida	
Danyely Geovanna Adrada Erazo	95
12. “... porque de bailar nadie se ha muerto”	
Diego Alejandro Saavedra Ortega	101
13. Hasta el día en que me muera	
Laura Sofía Morales Duque	111
14. Historia de un fisicoculturista	
Shadaris Usechi Martínez	119
15. Sepultar es el oficio	
Viviana Andrea Betancourt Betancourt	129
16. ¿Y si no fuera por el rayo?	
Paula Andrea Cardona Díaz	139
17. Los niños que se llevó el lodo	
Viviana Oliveros Aguirre	147
18. Historias a pedal	
Melissa Calderón Holguín	157

Presentación

Como todo acto creativo, la escritura es un ejercicio angustioso pero maravilloso. El temor de no ser capaz de contar con letras invade, pero la valentía empuja y es terca. Por muy confrontador que parezca, escribimos por diversas razones personales e íntimas que pueden ir desde la irreverencia hasta la ternura; para manifestarnos ante las injustias o para atravernos a confesar un amor. José Saramago decía que no escribía para agradar ni tampoco para desagradar. En cambio, sí para desasosegar. Gabriel García Márquez escribía porque de todas las cosas, quizás la muerte era lo que le parecería más injusto y encontró en la escritura una manera de no morir. Para Mario Vargas Llosa escribir es una forma de vida en el que damos lugar a la existencia.

Nosotros, la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura Cali, hemos emprendido desde hace varios años la tarea de acompañar a nuestros estudiantes de Taller de Escritura I en el ejercicio de la materialización de una crónica para plasmar la vida a través de las letras y para que quien la lea, comprenda desde otro punto de vista una realidad que atrapa, desgarrar y lastima, pero que transforma nuestro pensamiento y nuestro ser. Ello con la pretensión soñadora de que nuestros estudiantes se lancen al vacío y descubran la riqueza de la escritura como una fuga del placer, pero también como un acto para re-

presentar las voces que acompañan las múltiples caras de la vida humana, un ejercicio similar a pintar o poner música a una voz.

Creemos también en la escritura como una forma de entretajernos como seres humanos. Todos en algún momento, hemos conocido a una persona homosexual; a bailarines de ballet y de zumba; a personas que luchan por defender sus derechos; a madres que batallan por proteger, cuidar o recuperar a sus hijos; a chicas expuestas a trabajos sexuales; a hombres que militan en la guerra y viven sus horrores; a niños que padecen cáncer; a fotógrafos apasionados y a fisicoculturistas incanzables. Estas son algunas de las historias que se recogen en *Nunca super decir no*. Cada personaje ha sido vestido, diferenciado y relatado de tal manera que cobra vida en el papel. Una vez hayamos sido atravesados por cada historia, ocurrirá una experiencia maravillosa: recordaremos que estamos vivos, que aquí estamos y lo que parecía distante se hace cercano y personal.

Como diría Gabriel García Márquez, estamos seguros de que este libro nos quiere agarrar por el cuello de inicio a fin y nos mostrará una vez más por qué debemos atrevernos a escribir sobre el rostro de lo humano.

Gloria Mercedes Sánchez Cifuentes
Decana Facultad de Psicología
Universidad de San Buenaventura Cali



1

Nunca supe decir no

Ángela Carolina Benavides Salazar

—¡Deja de gritarme! ¿No ves que papá está al otro lado de la puerta?

—Tú no entiendes. Estás dañando tu vida al lado de esa niñita. Dime qué buscas. No lo entiendo. Todas tus mentiras y engaños para estar junto a ella.

—Y tú no imaginas cuánto me has lastimado. Todas las noches, cuando me acuesto atrapada entre lágrimas, me has hecho sentir como la peor hija, mamá. No merezco todo esto.

Valentina, a pesar de ser tan joven, ha tenido que vivir peleas fuertes con sus padres que probablemente marcarán su vida. Diecisiete años enjaulada por su familia en una vida que no ha podido vivir como cualquier persona del común. Ha pasado por psiquiatras y sacerdotes hasta quedar postrada en una camilla días y semanas enteros. ¿Para qué? Solo para darles gusto a los demás. “Nunca fui capaz de decir no”, se dice a sí misma.

Despierta con un remolino de emociones y la confusión lleva la delantera. Un día más en la clínica con la conciencia perdida. Cada minuto la invade una sensación de temor al saber que la fecha de salida, cuando tendrá que volver a enfrentar su vida, se acerca.

—Dijiste que sería solo una vez, solo una liberación, mamá. Y esta es la tercera.

—Te haré las que sean necesarias para que seas una niña normal.

Entre moretones, lágrimas y mucha presión, Valentina continúa su vida colmada de miedos y amenazas. Mientras mantiene sus ojos color miel ocultos entre lágrimas, sus pequeñas piernas llevan su cuerpo a un estrecho rincón de su habitación.

“No puedo más. Mi madre me está volviendo loca. He hecho todo lo que ha querido, pero lo que tiene planeado ahora, no se compara en absoluto con lo que ha venido sucediendo”, piensa.

Desde muy pequeña, a petición de su padre empezó a jugar tenis. Fue una de las mejores, pero, aparte, no se consideraba linda o delgada en su círculo social. No se permitía subir un solo gramo y cuando eso sucedía acudía esa voz en su subconsciente que la incitaba a vomitar con el objetivo de ser delgada y bonita.

De repente y a gritos Valentina escapa de sus pensamientos.

—¡Mamá, entiendo no quiero hacerlo, no puedo dejarla! He hecho todo lo que has querido.

—¡No ha sido suficiente! —replica—. Sigues igual de impura, y eso no es bien visto a los ojos de Dios.

Con una crisis de ansiedad, conducen a Valentina al lugar donde le practicarían la “terapia antigay”, consistente en métodos enfocados al cambio de orientación sexual en personas homosexuales y bisexuales en un intento de convertirlos en heterosexuales o para eliminar sus deseos y comportamientos homosexuales. Los métodos incluyen la modificación del comportamiento, la terapia de aversión, el psicoanálisis, la oración y el consejo religioso.

—¡Mamá, por favor, no más medicamento! Llevo tres días vomitando.

—Lo siento, hija —dice la señora entre lágrimas.

“Al entrar con mi madre a esa habitación de paredes blancas me sentí desorientada. Agujas por todas partes, una camilla y una chica alta delgada de cabello lacio dispuesta a inyectarme. Mis piernas temblaban y no podía fijar la mirada. No entendía por qué mi madre lloraba. Yo solo tenía ganas de vomitar por los medicamentos aplicados”.

“Intentaban causarme asco y vomitar ante videos de sexo lésbico y crear en mí la sensación contraria de satisfacción y placer ante imágenes de sexo heterosexual, para así hacerme tomar consciencia de mi actitud ‘desviada’. Esta terapia solo me causaba daño y no lograría hacer desaparecer el amor que sentía hacia otra mujer. Lo que más me atormentaba es que esto solo era el comienzo”.

Los días seguían su ritmo y Valentina llevaba consigo melancolía, tristeza, arrepentimiento y una cantidad exorbitante de rabia e impotencia. El vómito no cesaba. Después de hacer caso a todo lo que le ordenaban, empezó a temer cada movimiento de su madre. Fue entonces cuando decidió mostrarse “curada” arriesgándose con ello a ser descubierta con su novia en cualquier momento, lo cual no tardó en llegar.

—¿Ahora tengo que ir donde una psicóloga recomendada por el padre que me ha hecho tantas liberaciones?

—Sí. Y ahora, tras de todo lo que has hecho al poner de cabezas este hogar, me toca empezar terapias a mí también. ¿Por qué me quieres ver mal? ¿Por qué, si soy tu madre? No sé qué paso. Tú lesbiana y ahora tu hermano en prisión.

“Me encontraba de nuevo sola en mi habitación, atrapada entre cuatro paredes, con el maquillaje arruinado por las lágrimas, escondiendo mis sollozos de dolor, mis piernas adormecidas y un cigarrillo entre mis dedos, pero esta vez sin mi hermano sosteniendo uno frente a mí. Mi madre tendida en su cama planeaba algo nuevo para mi enfermedad y mi padre sospechaba cada vez más”.

Su madre ronda por el apartamento en horas de la madrugada. Arrastra sus pies y empieza a alinear perfectamente los cuadros y adornos de la sala. Hace llamadas, toma apuntes, derrama lágrimas, pisa sus pantalones y revuelve su cabello en busca de ayuda para sus hijos. Pero no busca ayuda para sí misma.

Carolina, la novia de Valentina, sentía gran presión en el pecho y la invadía un gran temor al no saber lo que harían con Valentina.

—Padre —pregunta a un sacerdote—. Explíqueme, ¿eso la va a transformar o va a cambiar su orientación sexual?

—Es un proceso muy complicado —responde—. Pero si no lo hace por convicción el efecto es nulo —añade.

Después de una corta conversación con el padre, Carolina le cuenta a su novia lo sucedido. Esta reacciona con agresividad y se acerca al padre dispuesta para

su próxima liberación. Siente que su vida es un agujero negro que se traga todo lo que ella quiere, pero había algo que no podía permitir que se llevaran y era esa mujer que la esperaba cada día.

La liberación que acababan de hacerle había sido de las más fuertes. En medio de la oscuridad de su cuarto sentía que se iba, que una parte de ella se desprendía. Estaba confundida. Sabía que estaba funcionando y era consciente de que esa era la solución a sus problemas. Pero en su mente estaba ella y no podía permitirse sentir algo más que amor. No tuvo otra opción que oponer resistencia a los golpes que cada vez eran más fuertes.

—Mamá, no quiero esto —suplicaba mientras se ponía hielo—. Mamá, por favor no más.

La mirada de su madre no expresaba dolor ni satisfacción. Valentina se paró sin formular palabra alguna. Encendió su celular y se dio cuenta de que tenía más de diez llamadas de Carolina. No pudo evitar sonreír. Esa mujer siempre sabía qué decir y hablar con ella la tranquilizó como siempre. Se fue a dormir con la ilusión vaga de que todo cambiara al día siguiente.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué estás así?

—¡Otra vez con tus espectáculos en el colegio, Valentina! —dijo furiosa.

—No, mamá. ¿De qué hablas? —pregunta angustiada Valentina.

La madre de Valentina le enseña una foto de ella y su novia

—Me decepcionas. ¿No te da pena? ¿Qué dirán los profesores sobre ti? —exclama energúmena y añade—: ¡Me dijiste que ya no estabas con esa niña. ¡Siempre estas pintándome la cara! ¡Prefiero mil veces vivir lo que está pasando con tu hermano a tenerme que aguantar un solo día más lo tuyo!

Una profesional de la psicología, enterada del caso, precisa: “Es necesario que se acepte a sí misma para que la acepten los demás; de lo contrario, ya sea la familia o el entorno buscarán el cambio, en este caso, de orientación sexual. Seguirá haciendo lo que le impone su madre, pues ella lo permite”.

—¿Por qué lo hiciste? Te he apoyado en todo, Valentina. Sabías que estar con alguien más me iba a destruir —reclama Carolina.

—Lo siento... estaba tan confundida. Quería demostrarle a mi mamá que podía estar con un hombre —confiesa Valentina.

—Sabes que con eso no puedo —protesta su compañera.

A muy corta edad —diecisiete años— Valentina y su novia enfrentaban una relación muy complicada, pero a su vez con bases sólidas. Sin embargo, ahora la confianza estaba rota.

—Quiero estar contigo, pero no puedo. Fuimos con la psicóloga, hicimos acuerdos, compromisos y todo lo posible —continúa—, pero simplemente no puedo más, no puedo con tantas cosas que me llegan acerca de ti, cosas que me carcomen.

Intentémoslo una vez más, mi nena —suplica Valentina.

—Lo siento, no doy más.

Eran más de las tres de la mañana. Valentina, ebria y drogada, lloraba sin consuelo sentada en un rincón de su habitación. La desesperación consumía cada fibra de su cuerpo. Por fin su madre lo había logrado. Había sabido manejarla y causar lo que tanto temía. Valentina había perdido lo que más amaba.



2

*Attitude derrière...
y un poco de dolor*

Karent Garzón Osorio

4:00 a. m., hora en la que Martha Peña, una exalumna del colegio Incolballet, debía levantarse todos los días para cumplir con sus clases de danza, con las exigencias académicas y con todo aquello que los directivos demandaban.

«En este colegio todo era importante: el peinado, el vestuario y demás. Recuerdo que a las 4:45 a. m. pasaba la ruta del colegio y desde las 6:50 a. m. hasta las 5:30 p. m., ensayábamos hasta más no poder», comenta esta joven de 18 años que relata cómo eran sus días de colegio, cuando disponía de doce horas para lo que llamaban “preparar el repertorio”.

Es así como en el proceso de adentrarnos en la vida y pasión por el arte del ballet de una joven artista, nos desplazamos a un lugar fresco al sur de la ciudad de Cali donde se encuentra Martha, quien prepara con esmero las próximas funciones de la temporada de verano, que serán todo un éxito como lo serán sus pasos al bailar el delicado *Vals de las flores*, sin que sus pies sean una razón para tropezar a la hora de poner en escena la coreografía.

Su danzar se asemeja a la naturaleza del flamenco, ave de un intenso color rosa y una postura erguida que exaltan la delicadeza de las hojas sobre el agua cuando acompañan su cometido como una oda a la belleza. Su cuello a noventa grados y sus piernas estiradas, demuestran que es fuerte, pero también delicada como

un girasol. Por lo general, lleva trusa blanca y debajo medias y zapatillas color palo de rosa. Siempre se peina frente al espejo y al pasar cada cerda del cepillo por su cabello castaño y liso nunca deja un solo pelo por fuera.

Martha está a tan solo dos horas y media de terminar uno de sus ensayos. Se pone frente al espejo, se seca el sudor y sacude sus piernas. Su respiro fuerte es signo de un corazón permeado por la inseguridad. Tatiana, reconocida bailarina de la Compañía Colombiana de Ballet, le pide a Martha que haga un *attitude derrière*, posición en la que debe mostrar una sonrisa clara y serena, como si el dolor no fuera parte de esta práctica. Martha lo hace en tan solo quince segundos. Mantiene elevada su pierna horizontalmente a la altura de la cadera y la rodilla doblada levemente formando un arco. Sus brazos arriba de su cabeza y las manos se tocan levemente, excepto su dedo índice que esta levantado, lo que en ballet se denomina *allongé*.

Mientras las jovencitas ejecutan los pasos, la maestra toca el cuerpo de sus alumnas para imponer sobre él diferentes sensorialidades, logrando con ello que perciban cada movimiento acorde con la música. Si nota que las cosas no salen perfectas de los pies a la cabeza y si fallan durante el ejercicio, aplaude tres veces, detiene la música y hace pasar al frente a quien lo esté haciendo mal. A pesar de que Martha ha asistido a muchas clases, nunca ha sido víctima de este tipo de penitencia.

A las 7:00 p. m., hora de iniciar la clase, se pone frente a la barra en posición de preparación. Suena la melodía de calentamiento y la profesora, en voz alta, vocifera: “cinco, seis, siete, ocho...”, y al son de la música, dirige: “chicas *demi plié, relevé*, no tensionen los hombros, cabeza al lado”. Martha se nota despreocupada y no da razón alguna para que la profesora la reprenda por mal desempeño. Sin embargo, en una intervención con una de sus seguidoras comentó que a pesar de que su recorrido por el baile no ha sido fácil, siempre ha apoyado la idea de que los llamados de atención y los errores hacen al buen bailarín.

Ahora Martha se dirige a la esquina del salón. Hace una breve pausa que acompaña con un profundo respiro y se prepara para hacer una diagonal acompañada del vals *Voces de primavera*, de Johann Strauss. Forma con sus pies una línea recta, las manos por encima de la cabeza crean un arco, mira al frente con una sonrisa que da fe de su total seguridad y sale al conteo de ocho. Pone su pie derecho adelante y el otro atrás y con un pequeño esfuerzo da tres vueltas. Tatiana contempla a cada estudiante desde una silla y grita: “¡Martha, imagínate un charco y aprieta las nalgas!”. Al escuchar a su maestra hace un *grand*

jeté tournant entrelacé dando una vuelta a tres cuartos, alzando las piernas a no más de noventa grados y terminando con una pierna al aire. El sudor recorre su frente, el peinado no tan bien como al principio, mira a sus compañeras y sonrío. Entre tanto, las demás aplauden y prorrumpen en un sonoro “¡bravo!”, en reconocimiento a la entrega de quien consideran un ejemplo de crecimiento en la danza.

Aun así, se esfuerza por conseguir más de sí misma. Practica lo que no entiende hasta que lo capta y siempre saca adelante cada paso que le cuesta. Esto lo demuestra a través de todo un proceso. Antes de compartir lo que sabe, da un pequeño respiro, se arregla el pelo y cuando no se requiere de trajes específicos le gusta utilizar un *short* azul a rayas cafés con una blusa blanca o negra que le queda suelta y no denota el arduo trabajo de todos estos años. Los colores son muy significativos para ella, pues le generan cierta tranquilidad a la hora de hacer sus intervenciones. Martha es poco expresiva. Cree que con las palabras no se comunica tanto como se hace con el baile. Según ella, ha tocado muchas vidas al mostrar su pasión. En un principio se encaminó en la danza clásica por consejo de las amigas de su madre, pero ahora está convencida de que haber pasado las pruebas de su escuela y haber quedado entre las cincuenta con mejor desempeño valió la pena.

Relata con nostalgia cómo fue su experiencia:

«En el 2008, cuando presenté las pruebas para ingresar en la escuela pasé por innumerables filtros. Debía posar en vestido de baño y someterme a múltiples miradas. Me miraban de perfil, de frente y de lado. Si tenías problemas de espalda, un hombro más alto que el otro o problema de peso no servías. Eran muchas cosas en un solo día. Los otros exámenes consistían de dos fases de flexibilidad, una al principio de la audición y la otra al final, en las que nos ponían a lucir nuestra capacidad física. En las pruebas de oído bailábamos a nuestra manera. Había prueba de creatividad y exámenes académicos de castellano y matemáticas».

Aunque Martha finalizó sus estudios en Incolballet en el 2017, sigue teniendo entre sus planes ser una bailarina integral, conocer diferentes bailes y seguir enamorando a más personas en este arte. En su carrera no ha tenido accidentes graves ni caídas en algún escenario, pero de lo que sí ha sido víctima, aunque en baja proporción, es de confusiones a la hora de salir de una pieza de baile. Para presentaciones grupales practica mucho, pero a la hora de la verdad las cosas no salen tal como sus maestros y ella lo esperan. La angustia y la frustración se

reflejan en su ceño fruncido, en medio de unos ojos marrones que hacen juego con su cabello castaño claro.

Durante una de las presentaciones más importantes de su escuela no manejó los nervios adecuadamente y se vio afectada. Al querer hacer una de las posiciones no tenía su mente conectada con su cuerpo, como tampoco una confianza total en las personas que la observaban, por lo cual la posición se le dificultó. También comenta que en uno de los repertorios más practicados estaba temblando de los nervios y olvidó el lado para el que debía girar, así como algunos pasos. Su maestro la reprendió y la retiró del papel principal por un tiempo con el objeto de que aprendiera que debía mostrar total perfección en el escenario.

Sin embargo, ante algún error esta bailarina práctica sin cesar hasta corregirlo completamente, puesto que para ella es preocupante que sus equivocaciones sean vistas como deslices imperdonables que la conducirían a una descalificación por los espectadores. Como la joven inquieta que es, no le basta solo con el ballet. Desde hace algunos meses ha incursionado en un tipo de danza conocida entre los bailarines de música clásica como “la otra cara de la moneda” o “el lado oscuro”.

Su brusco cambio de actitud se puede notar cuando Martha cambia de clase. Cuando cruza el salón se transforma en una mujer irreconocible. Camina encorvada, con el ceño fruncido y las piernas dobladas. Este comportamiento –no típico de ella– lo acompaña con una vestimenta brusca compuesta de pantalones anchos a media pierna y una camisa que hace perder su delgada y marcada figura. Pero además, en sus prendas de vestir se nota la desarmonía entre los colores.

Es así como la joven de imagen fina y movimientos delicados vive dos mundos del baile opuestos. En el primero, en el que ha construido su estructura de danzarina durante ocho años, viste trajes suaves y llamativos que marcan su elegante y esbelta silueta y al ritmo de suaves melodías puntea posiciones que requieren fuerza, precisión y glamour, todo ello logrado con esfuerzo y disciplina.

El segundo, Martha exhibe movimientos poco delicados, usa vestimentas holgadas de tonalidades oscuras y en ocasiones medias a la altura de la pantorrilla y tenis que no hacen juego entre sí. De igual manera, su cabello rizado y cubierto por una gorra negra deja entrever una cola de caballo. Sus movimientos fuertes y bruscos durante la práctica, todo en medio de brincos y gritos exagerados, hacen que pierda la delicadeza obtenida en años de formación en el ballet.

Sin embargo, en ambos contextos la joven bailarina demuestra su amor por la danza. Llama la atención, eso sí, que en los momentos de descanso, cuando se dirige al área de alimentos y toma un respiro, sus movimientos son fuertes y su voz grave, lo cual se opone a lo aprendido durante su formación en ballet y contrasta con su delicada figura. Pero a pesar de todo no abandona su tierna sonrisa. No obstante, sus logros la mantienen como una imagen representativa, sobresaliente y de ejemplo entre las demás bailarinas de la academia quienes se acercan a ella constantemente para saludarla. Es, sin duda, el centro de atención por donde pasa o cuando practica.

Esta bailarina de dos mundos muestra que no solo con disciplina y perseverancia se logra el reconocimiento de instructores, compañeras y público, este último su juez definitivo. También la figura sencilla y la postura en escena son elementos necesarios para triunfar en un mundo de tan alta exigencia.

Martha ahora se prepara para mostrar en escena su práctica, su vida artística y su pasión por el ballet. Se encuentra tras bastidores para iniciar con el cambio de vestuario. Se pone sus medias color palo de rosa, su tutú pomposo de colores pasteles en el que prevalecen los colores blanco y rosado, adorna su cabeza con una corona con flores y el cabello está recogido. Por último, se sienta, toma sus puntas Gaynor Minden, pasa sus tiras rosado brillante de lado a lado y termina con un nudo por encima de su tobillo.

Se dirige a la zona de preparación, camina suavemente sin signos de preocupación y de repente escucha que en quince minutos se dará inicio a la función organizada para ese verano.

Son las seis y cuarenta y cinco de la tarde. A pocos minutos de dar inicio a la función en honor al maestro Tchaikovsky, Martha, como personaje principal del *Vals de las flores* se encuentra lista tras bambalinas. La orquesta da inicio a la música y el teatro queda a oscuras. La bailarina se prepara, abandona todo temor detrás de las teletas negras que cubren el gran escenario del Teatro Municipal y a la cuenta de tres las luces se encienden, el gran telón rojo intenso sube y Martha sale a escena con una de las piezas más importantes del maestro. Mientras transcurre la presentación, ejecuta cada paso con despreocupación, da un salto sin error alguno en quinta posición con los brazos arriba y su sonrisa, siempre presente en su rostro, no permite entrever los dolores que siente. Por último, hace una triple *pirouette* seguida por la luz Fresnel que la ilumina en cada paso y movimiento, hasta llegar al foro de una de las bambalinas y desaparecer poco a poco de la vista del público.

Desde el foso la orquesta finaliza tocando su última melodía, el telón baja, las luces se apagan y la función se da por finalizada. Por segundos queda en el aire el sonido de los violines que se atenúa poco a poco. Los espectadores se levantan, aplauden y se preparan para recibir a la protagonista de la noche. Ella, la bailarina, sale con elegancia, sus pies en puntas, cuerpo erguido y cuello a 90 grados. Con una pequeña y suave reverencia se despide de su público mientras este la ovaciona y a sus pies caen flores que le arrojan desde el patio de butacas.



3

*Demi plié, en dedans, port de bras
y... ¡a bailar!*

Laura Valeria Agudelo Campiño

Cinco, seis, siete y ocho... La música suena, se anclan las puntas al suelo a la vez que parecen levitar. ¡Giro, *plie, pas de bourrée!* y frente al espejo se divisa una figura delgada de líneas estilizadas, cuello de cisne y cutis de porcelana. «Todo en mi cuerpo debe ser, simplemente, perfecta armonía», dice Pamela Ramírez, que a sus 34 años no ha dejado de enamorarse del ballet ni por un momento.

Pamela incursionó en el ballet a la edad de nueve años, un septiembre de 1993, cuando sus padres la llevaron a una audición en Incolballet. Un gran moño remataba su peinado y le pesaba tanto que sentía que su cabeza se iba hacia los lados, además de no entender la razón de tan refinado peinado.

«Recuerdo estar muy tranquila porque, primero que todo, no sabía a qué iba. Creo que fue bueno, pero aun así me preguntaba: ¿cómo así?, ¿debo pasar qué cosa?».

Era todo un protocolo. Veía a sus compañeras muy nerviosas lucir su flexibilidad y sus capacidades físicas y se cuestionaba si ella también podría hacer lo mismo.

«Bueno, me tocó el turno. Me subieron las piernas e hicieron cara de iguau, qué maravilla! Les gustó mi flexibilidad natural». Considera que lo más importante fue que nunca se dejó afectar por la tensión del momento.

Como segundo filtro estaba posar en ropa interior con el fin de analizar su estructura ósea y si sus músculos estaban correctamente desarrollados. Después de unos minutos salió la encargada de dar los puntajes. Fue un éxito. Pasó todas las pruebas: las de ritmo, improvisación y, por supuesto, la de elasticidad. Sin embargo escuchó de repente cómo la encargada le decía a su padre que no estaba segura de aceptarla porque estaba gorda. No obstante, su padre, insistente, respondió que se comprometería a ponerla a dieta. “Así que dije dentro de mí: ¿qué es ser gordo? No entendía. En mi casa nunca hablaban de eso”. Sin embargo, la negociación se logró.

Es miércoles. El reloj marca un cuarto para las siete de la noche y en la antesala de la academia ARB cuatro chicas se arreglan los conejos que van alrededor de los dedos para que las puntas de ballet no las lastimen al bailar. Todo lo hacen de la manera más rápida posible, pues saben que a las siete en punto Pamela abrirá la puerta del salón y deberán estar impecables o correrán el riesgo de quedarse por fuera.

Pamela lleva un vestido largo y debajo una licra y zapatillas de ballet. Una trenza recorre su espalda y crea un hermoso contraste con su indumentaria negra. El negro es su color favorito y muchas veces lo combina con el blanco. «Me gusta ser equilibrada y misteriosa, pero a la vez busco la luz cuando uso estos colores al bailar», comenta. Todo su cuerpo hace notar un trabajo de años. Sus brazos delgados y sus piernas tonificadas relucen en cada paso que da.

Se dirige a una esquina del salón donde se encuentra un pequeño asiento. Cruza las piernas y empieza a guiar el calentamiento de tobillos, el cual consiste en varios desplazamientos: sexta posición. El pie derecho hace *demi plié* y sube a *relevé*. Las bailarinas tiran sus dedos hacia delante y apuntan el empeine hacia el piso a medida que alternan el ejercicio con el pie izquierdo. Lo hacen cada vez más rápido produciendo así una variedad inacabable de movimientos en tan solo veinte minutos. Cuando Paola observa que alguien lo está haciendo mal, se para inmediatamente y se dirige a la estudiante. La detiene, se agacha suavemente para corregir la posición de los pies y ordena con autoridad: «Lo hacen perfecto o no lo hacen».

Pamela vuelve a su lugar. Levanta la mirada y expresa con un tono de voz alto y firme, pero sin perder la elegancia en sus palabras: «Quiero ver las posiciones bien marcadas, espalda derecha, mirada hacia el frente, abdomen plano y empeine. ¡Necesito ver más empeine en las puntas!». Con esto da paso a la clase. Suena, entonces, la melodía preparatoria seleccionada para los ejercicios de barra.

Camina por todo el salón y observa detenidamente a sus bailarinas. Palmotea cada vez que da una orden al grupo y hace un chasquido suave con sus dedos para el cambio de movimiento de una secuencia de acuerdo con el compás de la música. De un momento a otro interrumpe y corrige desde el centro del salón el *pas de bourrée couru*. «Deben pensar como si tuvieran un papelito entre las piernas. No se pueden ver separadas», apunta. Retorna la música y se repite el ejercicio hasta que salga bien. «Hacer las cosas correctamente no basta. Hay que buscar la perfección», dice Laura Lasso, una de sus estudiantes más antiguas, quien ha escuchado estas mismas palabras por más de cuatro años.

Pasan a la siguiente instrucción: en *dehors* y en *dedans*. Para la pierna izquierda es un movimiento circular en el sentido de las agujas del reloj y para la derecha es al contrario. «¡No es torso; solo pierna! Cada ejercicio requiere el movimiento exclusivo de una sola parte del cuerpo. Todos los movimientos deben buscar la perfección», manifiesta con un rostro un tanto inexpresivo. Se cruza de brazos, toma una pausa y pasa a revisar perspicazmente a cada una de sus estudiantes. Maniobra el cuerpo de algunas para que sientan el tiempo que requiere cada ejercicio, pero al ver que no están logrando el objetivo detiene la música y exclama de manera vehemente: «¡Todas están mediocres! ¡Han perdido la potencia ganada por trabajar de esa manera! Si faltan a una sola clase ello se nota. Ya saben. El cuerpo es malagradecido y si van a seguir faltando háganmelo saber para excluirlas, porque se ve que están pensando en otra cosa». Junto con esta reprimenda y un extenuante estiramiento terminan las tres horas de clase.

Cuando Pamela baila sola no es muy diferente la exigencia que se hace a sí misma. En su academia resuena *L'elisir D'amore* del compositor Gaetano Donizetti. Sin embargo, ella prefiere a Johann Sebastián Bach. «Él juega con las partituras. Pone un compás al derecho y repentinamente lo toca al revés. Se divierte con la música», dice, mientras en su rostro se dibuja una sonrisa. También le gusta Vivaldi. Su composición favorita es *Las cuatro estaciones*. Es representativa, pues simboliza con las estaciones los estados de ánimo que puede tener alguien en algún momento.

Al escuchar los primeros acordes Pamela se para firmemente en una esquina e inaugura su entrada con quinta posición de brazos, los cuales dirige hacia arriba y forman un óvalo. Después los baja a la altura de sus hombros, gira hacia abajo la palma de la mano y dirige el dedo medio cerca del pulgar para formar un *allongé* con el vaivén de sus manos. Inclina un poco la cabeza y hace una

reverencia. Se integra nuevamente, da unos cuantos pasos en puntas de pies para trasladarse al otro lado y alterna el equilibrio entre ellos haciendo un balancé. Su cuerpo lleva el ritmo en tres tiempos, como en un vals, con movimientos agraciados, como si bailara sobre seda. Se para sobre una de sus piernas con la espalda fuertemente erguida y la cadera y los hombros alineados. La cabeza es lo último que se mueve mientras el cuerpo hace un giro hacia el frente e inicia una rápida secuencia. Sus pies ágiles se despegan a gran altura del piso para hacer un *grand jeté* que finaliza con un aterrizaje simétrico en la postura de todo su cuerpo, como si estuviera atada a un hilo conductor en un pequeño espacio del suelo y sin que ninguno de estos pasos cambie la expresión de alegría en su rostro. Dice que hace todo con excelencia porque debe ser un ejemplo para sus estudiantes y, además, porque el ballet hace parte de ella. Esto se ha visto reflejado en lo que ellos dicen:

«Pamela transmite lo que baila. Los movimientos que ejecuta hacen referencia a sus sentimientos. Sabe cómo expresarlos al adoptar cada paso», dice Tamara Costelo, una de sus más recientes estudiantes.

Pero no todo ha sido color de rosa para Pamela. Ha tenido desaciertos, especialmente durante su formación cuando cierta vez se cuestionó seriamente si llegaría a ser bailarina, pues a pesar de que se sentía en la cima comenzó a caer y empezó a odiar al que por años había sido su amante, su cómplice y su fruto: el ballet. Pamela expresa:

«Meses antes de mi graduación una profesora comenzó a ser tremendamente selectiva con sus estudiantes. Para representaciones y bailes elegía siempre a una compañera. No me molestaba que fuera su favorita, pero sí que nos comparara. Además, la muchacha había ingresado en el último año. Era decepcionante que la profesora no notara el trabajo de todas sino de una sola persona. A muchos les quitaron el papel principal de una obra trabajada durante meses para dárselo a la compañera. La profesora se desenfocó y perdió el objetivo. Daba la impresión de que quería que solo ella se graduara y se desinteresó por el resto de nosotros», comenta con decepción.

Esto la llevó a creer que el ballet era muy elitista y que el esfuerzo no contaba, pues podía llegar alguien más con buen porte y el trabajo de años se desearía y olvidaría. Fue su primera confrontación con el ballet y se desmotivó tanto que dejó de asistir a clases y encerrase junto a otras compañeras en un camerino donde ellas mismas hacían la clase, todo con tal de no sentirse humilladas.

Contaba con obsesión los días que faltaban para su graduación. El colegio terminó por convertirse en una cárcel donde la profesora no veía nada bueno en ella, sino la falla para degradar. Había que estar preparado no solo física sino mentalmente, pues muchos profesores eran agresivos con las palabras y más hacia las mujeres que hacia los hombres. En ocasiones las paraban frente al espejo y les soltaban expresiones como “están gordas como vacas” y que para controlar la ansiedad de comer debían fumar o vomitar.

«Era normal que casi todo el colegio oliera a cigarrillo. El bloque dos, donde ensayaban los bailarines de la compañía, era el más impregnado por el olor. Todos los días encontraba a mis compañeras mirándose al espejo y cogiéndose hasta el más mínimo gordo de la cintura. Ya no se podía estar tranquilo, pues todos estaban pendientes de cosas tan exageradas como ver cuántas calorías tenía una botella de agua. Muchas llegaron al extremo restringir la dieta a lechuga y agua nada más», comentaba Pamela con preocupación. Sin embargo se considera fuerte mentalmente, pues nunca sucumbió a este tipo de conductas, aunque aún ronda por su cabeza la imagen de ser una bailarina delgada.

No obstante todos los obstáculos, logró terminar gracias a un profesor que la motivó de manera distinta. En los tiempos libres les leía poemas a ella y a sus compañeros y los hacía pensar cómo lo interpretarían al bailar. Trató de que no se frustraran con el arte, pero Pamela estaba muy desilusionada. Cuando se graduó del colegio al tiempo se desintegraba la Compañía de Ballet de Cali surgida de antiguos estudiantes de Incolballet.

«Fue una época dura para el ballet. Sencillamente este arte se esfumó, pues era la única compañía que había de la ciudad y nos representaba nacional e internacionalmente», señala Pamela con tristeza. Sin duda, ello influyó para que se alejara un tiempo de la danza y perdiera la esperanza de regresar.

Todo cambió luego de un año cuando se reencontró con el ballet a través de la enseñanza.

«Los niños fueron quienes me devolvieron el amor por el ballet. Ver el sueño de esos infantes y su ilusión por ser bailarines me motivó a ser parte de esa utopía y compartirles lo que había aprendido».

Ello la animó a crear su academia y a bailar “en el cuerpo de otros”. Con este espacio busca no solo formar bailarines profesionales, sino también personas con valores y disciplina, así como también que los conocimientos que adquieran sean válidos no solo en el mundo de la danza sino igualmente en su vida diaria.

Hoy día, sus estudiantes ven en ella un modelo para seguir, a pesar del sacrificio que requieren el cuerpo y la mente para soportar las largas horas de ensayos, ejercicios y estiramientos.

«El dolor nunca va a desaparecer. Se trata de aprender a vivir con él, es lo que nos ha enseñado Pamela, para que esto no altere ni desmotive nuestro progreso», manifiesta Valentina Ramírez, una de las nuevas integrantes de su academia.

Ella y muchos de sus estudiantes –la familia ARB– han aprendido a ver en el ballet una bella forma de expresión que da la oportunidad de expresar diversos matices, pero a la vez una actividad plena de desafíos que hay que superar y los impulsa a persistir, aun cuando los dolores físicos y emocionales sean grandes. A la par, Pamela sabe que el ballet es “el arte de la sangre, el sudor y los pocos aplausos”. La danza clásica es una de las profesiones artísticas que requieren más sacrificio, abnegación y entrega, puesto que la carrera es breve, el éxito es difícil de alcanzar, las frustraciones son numerosas y el medio sumamente cruel.

Antes de iniciar la última clase, Pamela se toma un café y proyecta en su mente los cambios que hará según del ambiente y la disposición de sus bailarines. Siempre mentaliza todos los pasos que va a seguir a pesar de que en ocasiones tenga que improvisar.

«Esperar a mis estudiantes me hace feliz. Dar las clases deja a un lado mis necesidades carnales y hasta me olvido del hambre, la sed y el calor, pues el objetivo más importante es verlos bailar ».

Hoy, octubre 18 de 2017 a las 7 p. m. esperan fuera del salón de la academia ARB solo tres estudiantes. Pamela las hace seguir al recinto marcado con cintas de color rojo para identificar el centro del escenario y azul y amarillo para las posiciones de las bailarinas. Pamela se sienta en la parte de atrás y les explica cómo será el orden de las quince coreografías que presentarán el tres de diciembre del 2017 al público de Cali. Sin embargo, en su rostro no hay señal de felicidad, pues se encuentra decepcionada por el hecho de que varios estudiantes no hayan asistido a clase a sabiendas de que faltan pocos días para la presentación de la obra *Recordando la vida*.

Sin embargo, la función debe seguir. Luego de treinta minutos se pone de pie y junto a las tres bailarinas repasa cada una de las coreografías siguiendo el conteo de su voz y corrige pequeños detalles que en escena podrían notarse de forma irreverente. «Recuerden los brazos. No deben estar colgando sino extendidos y

grandes, para que parezcan alas», dice, al tiempo que representa estas palabras en la postura de los suyos.

Cuando un estudiante se atrasa en la coreografía constantemente lo anima diciéndole “¡concéntrese!”. Pero si lo hacen bien y sin necesidad de dirección, se cruza de brazos y señala: “Me gusta. No hacen falta más cosas”.

La coreografía debe ser como un párrafo bien construido, puesto que un error hasta en un punto hace que el baile no sea comprendido ni tenga significado. «Deben otorgarles actitud a los pasos y movimientos que hacen para transmitir lo que están bailando, sino se verá vacío», apunta Pamela al repasar la última presentación en su itinerario.

A las 10 p. m. sus estudiantes se sientan en las esquinas de la pared para estirar los músculos mientras hacen *splits* frontales y *spagat* laterales. Sus rostros se convierten en una evidencia del esfuerzo realizado en clase. Las gotas de sudor se deslizan por su cuerpo hasta llegar al suelo, los pómulos están enrojecidos y las piernas y manos oscilan tratando de mantenerse firmes.

En ballet no solo se trata de lograr un doble giro irreprochable, un salto sostenido en el aire, *fouettés* impecables o buscar la perfección, sino de que todo ello exprese argumentos, estados de ánimo o simplemente el agrado de los bailarines al ejecutarlos.

Esto en Pamela es notorio desde que empezó en el ballet como profesión. Sus amigos de trabajo dan cuenta de ello por su estilo y por las diversas formas en las que se expresa.

«La conocí en una escuela que se llama María Sanfor Dance. La primera impresión que recibí de ella fue la de una mujer seria y tranquila, pero a la hora de bailar lo da absolutamente todo. Es muy comprometida y apasionada», afirma Angelly Betancourt, quien la conoce desde hace ocho años.

Aunque Pamela y su compañera Angelly, como muchos otros bailarines que deciden quedarse en Cali, sean amantes de su profesión y vean en el hecho de ayudar a otras personas por medio de la danza una recompensa a sus esfuerzos, ven con cierta tristeza que la mayoría se entrega a los aplausos del público extranjero, puesto que son conscientes de que en Colombia es corriente la desorganización respecto de las políticas culturales. Los directivos no son competentes o no conocen las necesidades de los bailarines, tras de los cuales hay

un historial pleno de sacrificio para persistir en la danza clásica en este “país del olvido” que encadena a los bailarines que deciden quedarse en él.

«Aquí la danza ha evolucionado, pero está mal encaminada porque se ve como una competencia cuando la danza es arte y debe ser un lenguaje internacional. No debe haber diferencias ni peleas entre bailarines, pero eso es lo habitual. Debería ser imparcial, sin preferencias. En la producción de espectáculos uno se da cuenta de que entre las escuelas existe mucha rivalidad. Si la intención no fuera acabar con el otro, la ciudad crecería mucho en la danza, pero se han enfocado en vender el espectáculo y no en hacer de los bailarines mejores seres humanos», expresa Pamela con la mirada desenfocada y un gesto de tristeza.

Demi plus en dedans, port de bras... ia oamiri!

4

Ojalá no me vaya a morir

Isabella Cifuentes Dorado

«Recuerdo tanto esa madrugada... Eran aproximadamente las cuatro de la mañana cuando desperté con un fuerte dolor en mis pechos. Era un dolor inexplicable, algo que jamás había sentido, así que enseguida me paré de mi cama y salí de la habitación sin despertar a nadie. Me dirigí al baño y a continuación toqué uno de mis senos. Recuerdo muy bien lo que toqué y en verdad no sabía lo que era, pero de lo que sí estaba segura era de que desde ese día muchas cosas en mi vida no iban a ser la mismas».

Al día siguiente Cielo se dirigió a su EPS. Luego de un largo tiempo sin ir se sintió con la obligación de hacerlo, ya que era consciente de que no era normal lo que había sentido esa noche.

«Llegué allá y de inmediato me dirigí a la recepción. Solicité con urgencia que me dieran una cita con un médico de familia, a lo cual me respondieron: “Señora, por el momento no tenemos ese médico aquí. Si gusta llámenos dentro de tres semanas y con gusto se la daremos”. Furiosa, le eché una madre a la recepcionista y me fui».

Cielo nunca se había preocupado por esas cosas. Le gustaba que la vieran como una mujer fuerte que nunca se había debilitado ante nada. Lo único que le había importado durante toda su vida eran sus dos hijas. «Nunca me había tomado

la molestia de ir a un doctor, pues no sabía qué era enfermarme. Y menos mal que hasta ese momento había sido así, porque el sistema de salud en este país es realmente un asco. Entendía que había perdido mi tiempo yendo por allá». Al decir Cielo estas palabras, el tono de su voz denotaba ira y sus ojos lentamente se iban llenando de lágrimas. Pero Cielo no tenía otra opción que esperar y precisamente eso fue lo que hizo: esperar las tres semanas con la esperanza de que le dieran respuesta, ya que el dolor en su pecho aumentaba.

El caso de Cielo es el mismo de casi cuatro millones de colombianos que viven sujetos a un mal sistema de salud. Según un estudio de la Universidad de los Andes de Bogotá, en el 2017 el 30 % de las personas mueren esperando que sus EPS los atiendan de manera adecuada. Concretamente, en la ciudad de Cali la Defensoría del Paciente recibe semestralmente aproximadamente 1.038 quejas por mal servicio de sus EPS. «Conseguir una cita oportuna con un médico general se ha vuelto una odisea. Peor aún, una cita con especialista. Y ni qué hablar de los exámenes de diagnóstico especializados o de una cirugía. Yo sabía que necesitaba todo esto y desde un principio mi gran temor era, precisamente, morirme esperando una cita», reflexiona Cielo.

Durante casi cuatro semanas Cielo había esperado la llamada que le habían prometido en su EPS. Cada día que pasaba era una tortura, pero justo el 10 de enero del 2018 a las ocho de la mañana, sonó el teléfono y Cielo prácticamente se abalanzó sobre él.

—¿Aló?

—Buenos días —le responden al otro lado de la línea—. ¿Nos comunicamos con la señora Cielo?

—Sí, con ella.

—La llamamos para informarle que su cita fue programada para el 14 de marzo del 2018. Que tenga buen día.

«Colgué rápidamente. No di ni las gracias, ya que la impotencia me había paralizado. No era justo. No me sentía nada bien y en el fondo de mi alma presentía que me iba a morir más rápido de lo que pensaba».

Después de ese momento Cielo pensó en una posible solución para esto, porque no quería que su caso fuera uno de los que constantemente veía en la televisión

o escuchaba en la radio. Concibió la idea de poner una tutela, pero no sabía si era muy rápido para eso o si era mejor prevenir que lamentar.

Cielo le dio una segunda oportunidad a su situación. Tuvo que pensarlo muy bien porque de ello dependía su bienestar y su vida colgaba de un hilo. Aún tenía la esperanza de que en su próxima cita iba a obtener una respuesta rápida a lo que ella, en el fondo, ya sabía. «Yo no era boba y había leído sobre mi caso en internet. La palabra que más aparecía en esas páginas era “cáncer”. Solo tenía que esperar a que el médico que me iba a atender lo confirmara».

El tiempo que esperaba Cielo para su cita era proporcional a la decaída de su aspecto físico. Cada día que pasaba su aspecto de señora robusta, de grandes brazos, cabello negro hasta los hombros y ojos marrones, se veía peor.

Llegó el 14 de marzo tan esperado. Cielo salió de su casa a las ocho de la mañana junto a su acompañante, tomó un taxi y aproximadamente a las nueve ya estaba en la EPS. A las nueve y quince la llamó el doctor a su consultorio. Con una gota de sudor que se deslizaba en su cara y apretando los puños Cielo entró al despacho del médico.

—Buenos días —dijo Cielo.

El doctor se levantó de su silla y sin contestar el saludo, añadió:

—Señora, necesito que me diga rápido que es lo que siente. No tengo mucho tiempo para demorarme en una sola cita.

Cielo, algo confundida, expresó:

—Doctor, tengo un bulto en mis senos y me está provocando mucho dolor.

—Señora, le digo de una vez que eso es cáncer de mama, pero en estos momentos es difícil empezar el proceso y operarla, pues la clínica no cuenta con los aparatos necesarios—. Y agrega:

—Usted tiene tres opciones: una, esperar a que la EPS resuelva algo. Dos, paga setenta millones por particular para la operación, y tres siéntese y espere a morir.

A Cielo se le aguaron los ojos. No quería llorar, pero una primera lágrima rodó por sus mejillas y para evitar que otras hicieran lo mismo limpió su rostro con ambas manos y salió del consultorio.

«Esto fue devastador. Mis esperanzas habían sido destruidas y mis opciones eran limitadas, pues mis recursos apenas alcanzan para mi sostenimiento y el de mi pequeña familia. ¡De dónde se suponía que iba a sacar setenta millones!», exclamó, mientras que en su cabeza rondaba la idea de la tutela. Era su única salvación.

Según un estudio llevado a cabo por la Defensoría del Pueblo en el 2016, en Colombia cada tres minutos y medio se presentan tutelas correspondientes a la violación del derecho a la salud; es decir, unas cuatrocientas once por día.

Al salir de la cita, sin pensarlo dos veces Cielo tomó un taxi y se dirigió a un juzgado. En el camino trataba de contener sus lágrimas, pues su tristeza era evidente y el miedo a perder su vida la estaba carcomiendo.

«En esos momentos solo pensaba en mis hijas. Ellas no podían quedarse solas y no tenía a nadie que me ayudara. Yo misma debía luchar por conseguir una solución así el cáncer ya estuviera en mi cuerpo. De cualquier manera tenía que vencer la enfermedad».

Cielo llegó al juzgado. Era evidente que sus derechos a la salud y sobre todo a la vida estaban siendo violados. Luego de algunos trámites de ley expuso su caso al juez.

—Señora Cielo. Casos como el suyo recibimos a diario y aún no hemos encontrado el núcleo de este problema que afecta a miles de personas en el país —dijo el juez. La miró fijamente a los ojos y añadió—: Creo que no es justo que se violen este tipo de derechos. En diez días hábiles se le dará una respuesta y no se preocupe, que todo le va a salir bien.

Durante los siguientes diez días Cielo solo oraba para que le pudieran dar una solución. Cada día se levantaba, hacía su desayuno y el de sus hijas, se bañaba y se volvía a acostar. Estaba perdiendo fuerza y vitalidad. Su dolor era insoportable, pero como siempre, no le quedaba más remedio que esperar, como lo había hecho durante casi tres meses.

«Lo que necesitaba era una operación llamada mastectomía. Se supone que luego de ella el cáncer habrá sido erradicado... o eso espero. Lo que más deseo es que sea rápido, antes de que sea demasiado tarde para salvarme». Para alivio de Cielo el día diez recibió la esperanzadora llamada. Sonó el teléfono y antes de contestar se dijo a sí misma: «Por favor, Dios, cielito necesita tu ayuda», y cogió el teléfono.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días. Se le informa, señora Cielo, que su tutela ha sido aprobada. Debe comunicarse con su EPS y de inmediato le darán una respuesta para lo que usted necesita.

Cielo suspiró, sonrió y sus esperanzas de vivir regresaron. Después de haber esperado casi cuatro meses, se comunicó de nuevo con la EPS y esta, por obligación, tenía que hacerle la cirugía, que fue programada para el 31 de marzo, ocho días después de que fuera fallada la tutela. Llegó aquel día, y a las ocho de la mañana estaba sentada en el mismo lugar donde había estado la última vez esperando a que la llamaran para el procedimiento. Mientras esperaba, sus manos sudaban y temblaba de los nervios, mientras balbuceaba palabras como: «Ayúdame, Señor, que todo salga bien». «Ojalá no me vaya a morir». Instantes después alguien pronunció su nombre. Cielo se incorporó y por una gran puerta entró a la sala de preparación para la cirugía. Suponía que este era el fin de su odisea.

«En este país existe mucha desigualdad. Si usted es rico le dan prioridad; pero si se es pobre como yo, el sistema de salud va a hacer lo que quiera con usted, sin importarles su vida ni su integridad. De esta me salvé, pero me imagino cuántos colombianos pasan por la misma situación y no todos corren con la misma suerte. Mueren esperando alguna solución», concluye Cielo.



5

*Drepanocitosis.
Unidos por la misma
herencia*

Isabella Buitrago

Existe una enfermedad poco conocida en Colombia, de transmisión genética, originaria de África, predominante en la raza negra y con una expectativa de vida corta para quienes la sufren. Al momento de enterarse de su existencia, comenzó el drama para Jackeline Micolta, una afrodescendiente que no sabía nada acerca de este padecimiento. A partir de allí, esta mujer y su único hijo tendrían que aprender a vivir de una manera diferente a la que estaban acostumbrados.

Transcurría el mes de febrero de 2014. Cierta día el hijo de Jackeline presenta una inflamación en un dedo de la mano que le causaba gran dolor. Esa noche el chiquillo rompe en llanto y ella corre como guepardo hasta su habitación. Lo revisa y se entera de que ya no es un dedo el inflamado sino dos. Los dolores eran tan insoportables que al día siguiente lleva a su hijo al servicio de urgencia. Fue atendido por una médica que le indicó que debían hacerse unos exámenes de laboratorio.

Una vez obtenidos los resultados se le diagnosticó anemia. A Jackeline se le ocurrió fugazmente que la doctora le prescribiría una alimentación rica en hierro y en casa ella se encargaría de alimentarlo con una dieta especial para esos casos. Sin embargo, la doctora le aclaró que todavía no le iba a formular un tratamiento porque tenía que identificar qué tipo anemia presentaba. Le explica que se le debe ordenar un análisis llamado sicklemia, usado para saber

si tiene células falciformes. La doctora le revela a Jackeline que sospecha de este diagnóstico, pues las personas de raza negra tienden a presentar este tipo de anemia muy específica que no se trata como las otras. Efectivamente, el resultado dio positivo. En ese momento Jackeline se entera de que los fuertes dolores y las inflamaciones de su hijo eran causados por una enfermedad llamada drepanocitosis y comprende que la vida de su bebé pende de un hilo.

Empieza a investigar por internet sobre la drepanocitosis y encuentra la información más nefasta que una madre puede recibir: su hijo podría morir en cualquier momento. Sin saber qué hacer, lo primero que se le ocurre es imaginar el funeral de su pequeño. Comienza a refugiarse en cuanta actividad le permita ocupar su tiempo. Sin una respuesta concreta, Jackeline se sentía sola y necesitada de encontrar a alguien en su misma situación.

En su búsqueda encontró la fundación Sicklemia, de Cartagena, que la inspira para un nuevo proyecto en el puerto de Buenaventura. Crea la asociación Red de Apoyo Integral de Familia de Hoz, palabra esta última que irónicamente alude a la forma de las células afectadas por la drepanocitosis, la forma de una hoz, que al tiempo es una herramienta que representa a la muerte.

Jackeline organiza el primer encuentro para visibilizar esta enfermedad en el auditorio de la universidad en la que ejerce como docente. Sus ojos se mueven como un péndulo mientras observa al público. Dirige su mirada hacia ellos y con espontaneidad expresa:

«Son mujeres y hombres que padecen esta afección, pero han decidido no limitarse sino fortalecerse». Enuncia el objetivo del encuentro y prosigue:

«Debemos empezar por analizar las condiciones de vida de las personas con drepanocitosis y la frecuencia con la que se presenta en las comunidades afrocolombianas, todo ello con miras a la generación de políticas, planes y programas para prevenirla y mejorar la calidad de vida de las personas que la padecen y la de su familia».

Con un tono de voz alto y entusiasta les comunica la presencia de su ángel.

«El doctor Tulio, del Instituto Nacional de Salud, nos trae la ponencia “Aspectos generales de la anemia de células falciformes”».

El doctor Tulio, todo vestido de blanco, representa para ella una luz de esperanza. Ha sido su médico de confianza y lleva más de quince años investigando la drepanocitosis, lo cual le brinda seguridad.

Durante su enfermedad Jackeline conoció personas y familias que comparten la misma herencia genética. Era fundamental para ella conocer esas experiencias con el fin de idear estrategias que le ayudaran a lidiar con la vida y el tratamiento de su hijo.

Aquí es cuando entra en su vida Luz Helena, «más conocida como Lucha», dice Jackeline con una sonrisa en su rostro. Lucha tiene una hija de dieciséis años diagnosticada con drepanocitosis desde los cinco meses de nacida. Entre ellas se establece una comunicación por teléfono:

—No, hija. ¿Usted quiere saber de drepanocitosis? Conmigo es. De eso sí yo sé —le comenta Lucha con convicción.

—Claro, hablemos. Yo tengo muchas preguntas. ¿Cómo hacen? ¿Los medicamentos hacen daño? —pregunta Jackeline.

—No. Los efectos secundarios hay que sopesarlos. Pueda que se pierda un riñón, pero tiene la vida —dice Lucha.

Para Jackeline fue muy gratificante conocer a Luz Helena, una mujer del Pacífico que ha vivido situaciones similares a la de ella en instituciones y organizaciones de sanidad. «Cuando uno empieza a meterse en el tratamiento toca involucrarse en el sistema de salud y ¡comenzar a padecerlo!».

Lastimosamente, el sistema de salud en Colombia se ha degradado con el pasar de los años. Ha dejado de ser un derecho fundamental para convertirse en un negocio multimillonario del Estado que juega con la vida de miles de personas, como si eso no tuviera importancia.

Pero esto no ha sido todo. Se presenta una segunda crisis, hasta ahora la más dura que ha tenido el hijo de Jackeline. Ocurrió en noviembre del 2017 y duró diez días, durante los cuales padeció inmensos dolores. Todo comenzó con una molestia en el pecho, el primer indicador en alertar que algo pasaba. Jackeline no le suministraba los medicamentos formulados para la drepanocitosis por miedo a los efectos secundarios causaban y como era de esperarse, el niño empeoró. Se dirigieron al hospital de Buenaventura, le dieron tramadol y lo mandaron para la casa. Allí aumentaron los dolores en el abdomen, en los brazos, hasta que terminó doliéndole todo el cuerpo. Desesperada, lo lleva a una clínica de Cali donde recibe una mejor atención, pero los malestares seguían haciendo sufrir a su pequeño. Llama al doctor Tulio y le comenta su angustia. Él recomienda inyectarle morfina porque la crisis aún persiste. Jackeline se niega a dársela por

ser un fármaco muy fuerte, «pero el médico me confrontó preguntándome si mi hijo tenía que aguantar un intenso dolor solo porque la medicación no me gustaba».

Una de las pocas cosas que ha lastimado profundamente a Jackeline, fue la pregunta que le hace su hijo en el hospital. «Mamá, ¿por qué me diste esta enfermedad? ¿Por qué me diste esta vida con dolor?». Jackeline rompe en llanto y admite que tiene la razón. Ella y el padre de su hijo son portadores del gen de esta enfermedad e inmediatamente autoriza la aplicación de la morfina. Efectivamente tuvo una pronta recuperación, aunque su hemoglobina bajó significativamente por lo cual requirió una transfusión de sangre.

«Las mamás sabemos más que los médicos de esta enfermedad, pero así nos toca, de lo contrario no podríamos posicionar la situación y mejorar».

En la asociación no solo se habla de pacientes sino de familias completas porque son todos los miembros los afectados cuando uno de ellos padece un mal tan grave. En la asociación había una madre que perdió a su hijo de dieciocho años en el 2016. Pasó por todos los tratamientos posibles, por las mejores clínicas de la capital y una madre dedicada, pero nada de esto fue suficiente. Esta situación conmueve hasta el llanto a todos los que luchan contra este azote.

«El tratamiento es experimental y no garantiza nada. Falló, o tal vez no falló y permitió que llegara hasta los dieciocho», aclara Jackeline.

Cuando Jackeline conoció este caso habían pasado seis meses desde la muerte de Felipe. Ella visita su casa y se encuentra con un santuario pero no era de ángeles, como acostumbramos a ver, sino de este chico. Su madre lo había levantado tras su pérdida.

—Tú, ¿cómo haces? Él está muerto —exclama Jackeline sorprendida.

En la madre se refleja la esperanza al creer que su hijo aún sigue con vida. Esto llevó a Jackeline a tomar la gran decisión de no olvidarse de vivir.

«Yo sí me dedico a mi hijo, pero no abandono mis otros proyectos. Debo ser consciente de que mi hijo tiene una enfermedad crónica que le ha quitado la vida a otros».

Estos testimonios le ayudan a confrontar y a dirigir su nueva vida. Pero no es solo eso. También se trata de contribuir a la sociedad colombiana mediante cuatro estrategias. Primero, convencer a los medios de comunicación de que

informen y den a conocer la existencia de la drepanocitosis. Segundo, agrupar a las familias, a los pacientes que padecen la enfermedad y a los expertos para tratar asuntos relacionados con la enfermedad y proporcionar así una mejor calidad de vida a los enfermos. El tercer punto es el empoderamiento de la enfermedad. Al respecto, Jackeline comenta un poco molesta: «Muchas veces te encuentras médicos en Buenaventura que no saben absolutamente nada de la enfermedad y solo están por un sueldo». Y en cuarto lugar, exigir una ruta de atención en Colombia para pacientes con drepanocitosis.

Con la inocencia propia de la infancia, el hijo de Jackeline cree que todos los niños tienen drepanocitosis. Su madre le explica que las personas tienen diferencias y que solo algunos la poseen. A raíz de esto, se le ocurre a Jackeline organizar un evento en enero de 2018 para celebrar la fiesta de los Reyes Magos con niños que presenten la misma enfermedad de su pequeño. En la celebración ella le enseña que todos son iguales a él, noticia que lo llena de una sensación de felicidad que se refleja en la expresión de sus ojos. Uno necesita encontrar similares y por eso su madre busca constantemente que su entorno sea agradable. «Jamás se lo ha tratado como un niño enfermo; solo se le dan los cuidados necesarios», expresa Jackeline. Esta es una muestra del amor de una madre.

Jackeline es una negra de baja estatura, cabello negro y corto, sonrisa radiante como la luna y ojos pequeños que transmiten fortaleza. Es una persona muy activa que está siempre preocupada por las diversas problemáticas sociales que afectan su comunidad. Su fuerte es la violencia sobre la mujer, pero en sus últimos años su enfoque se ha dirigido a la drepanocitosis. Para ello visita, orienta, y capacita familias con esta enfermedad, especialmente en las zonas rurales aledañas a Buenaventura.

Como mamá no solo le duele la situación de su hijo. También le afectan los casos de otros niños portadores de la enfermedad que no tienen la posibilidad de un tratamiento o carecen de una madre informada sobre la drepanocitosis y de sus cuidados. Jackeline se pregunta qué hacer para no permitir más muertes a causa de ella.

Se dirige a la Secretaría de Salud de su ciudad y encuentra que solo tenían cinco casos reportados y para colmo estaban registrados como “enfermedades huérfanas”. Esto la llevó a que su principal tarea consistiera en que en los registros de la Secretaría de Salud se identificaran los casos de drepanocitosis para implementar las políticas sanitarias respectivas. Esto convirtió a Jackeline en la vocera principal de esta afección en todos los lugares que visita.

A Jackeline le preguntan por qué no lucha por el mejoramiento de todo el sistema de salud, y ella da una respuesta puntual: «Sé que todo está malo, pero a mí me tocó la drepanocitosis y nosotros somos los dolientes de esta enfermedad. Otros defenderán la tuberculosis... y así, porque este es un país de dolores y angustias. Nos focalizamos, porque si decimos que vamos hacer todo al final no hacemos nada».

Ella encontró en la drepanocitosis una misión en la vida, que consiste en hacer tomar consciencia de que la anemia de células falciformes existe en Colombia y su foco principal está en Buenaventura.

El doctor Tulio Moreno Villegas explica:

«La drepanocitosis afecta la hemoglobina, la proteína encargada de transportar el oxígeno desde los pulmones a los tejidos y el dióxido de carbono desde los tejidos hacia los pulmones. Causa anemia crónica, dolores insoportables, infecciones graves, trastornos incapacitantes por daño en los órganos y disminución de la expectativa de vida de quienes la padecen».

El 5 de noviembre de 1910 se describió por primera vez la drepanocitosis por el médico norteamericano James Bryan Herrick. En el 2008, la Asamblea General de las Naciones Unidas reconoce que la anemia de células falciforme es una de las principales enfermedades genéticas del mundo, con graves consecuencias físicas, psicológicas y sociales para los enfermos y sus familias y en su forma homocigótica es una de las enfermedades genéticas más letales.

Aun así, hoy en día, la enfermedad sigue siendo desconocida. Cuba es un referente para la drepanocitosis, ya que es el primero y único país de Latinoamérica con un programa definido de prevención de esta enfermedad. Jackeline viaja a este país y visita a los hematólogos para conocer la experiencia que llevan. Recuerda claramente su experiencia y expone:

«Los médicos me contaron la historia de un paciente de 70 años. Con un buen tratamiento y una vida saludable era posible tener una larga vida».

Jackeline se encuentra con una sorpresa más, pero en esta ocasión es una sorpresa que le permitió darse cuenta de que sí se puede.



6

*Si me tocara
ilo volvería a vivir!*

Isabella Cortés Valencia

Tenía solo dieciocho años cuando se dio cuenta de que estaba en embarazo de su primer hijo. Unas semanas después se entera de que ese pequeño vendría al mundo con una condición especial: será un niño con síndrome de Down. Al poco tiempo su madre falleció.

«Después de que superé el dolor por la pérdida de mi madre, me di a la tarea de investigar para estar lista y recibir a mi bebé de la mejor manera».

Transcurrieron los meses y su primogénito, Freyner, nació un 9 de octubre de 1993 en la Clínica de Occidente de Cali. Posterior al proceso de parto, Ileana tuvo que hacerse un examen que confirmó que el bebé nació así por herencia genética del padre, quien para ese entonces podía costearle un tratamiento y pagarle las terapias. Debían asistir todos los días al Instituto Tobías Emanuel e Ileana se mostró siempre muy comprometida en la responsabilidad con su hijo. Seguía al pie de la letra todos los procedimientos, exámenes y actividades de su hijo cuando en 1996 Ileana queda embarazada de su segundo bebé. Pasaron los meses y dio a luz a una niña a quien llamaron Kimberly. Al poco tiempo de que la pequeña naciera, Ileana decidió tomar distancia del padre de sus hijos.

«Le gustaba mucho estar con otras mujeres. Hablé con él y decidimos cortar nuestra relación sentimental. Seguíamos viviendo bajo el mismo techo, pero no éramos una verdadera familia».

Ileana iba todos los días a las terapias con Freyner y también a su escuela.

«Jamás podré olvidar aquella vez que fui a recoger al niño, cuando se me acerca una madre de familia y me pregunta: “¿No le parece malo que pongan a un niño mongólico a estudiar con nuestros niños? ¿No cree que eso va a hacer que nuestros hijos no puedan aprender bien?”».

En ese momento Freyner se dirigió hacia su madre, como normalmente lo hacía.

«Yo solamente abracé a mi hijo con más amor que nunca. Le di muchos besos, le pregunté cómo estaba y lo tomé de la mano para asegurarme de que esa señora supiera que yo soy la madre de ese niño».

De repente, la mirada de Ileana se torna intensa. Levanta la cabeza, mira fijamente a la señora y le dice:

«Vea, señora. La causa de que su hijo, según usted, no aprenda no es por culpa del mío. ¿O por qué mi hijo sí puede y el suyo no?».

Desde ese día Ileana se ha sentido la mujer más afortunada por tenerlo cerca, pero como toda madre, deseaba poderle brindar más oportunidades. No quería seguir viviendo en Colombia, pues en una de las consultas había escuchado que en los Estados Unidos todo es más avanzado y que allá podían brindarles a sus hijos una mejor calidad de vida.

La mujer se cansó de escuchar comentarios negativos de su familia y sus vecinos respecto de su hijo. En ese tiempo obtener la visa para el país del norte era algo inusual, así que sin pensarlo dos veces comenzó a ahorrar. Al cabo de unos meses, con lo ahorrado pagó tres pasaportes y tres tiquetes de autobús para viajar con sus hijos a Bogotá. Cuando llegó a la capital no detuvo en ningún momento las oraciones que había iniciado. Muy esperanzada, se dirigió a la Embajada de Estados Unidos. Cuando llegó estaba realmente nerviosa y sus manos le comenzaron a sudar. Sus ojos no se detenían. Observaba cada detalle, desde la entrada hasta las personas que esperaban con unos folders.

«Yo iba sin nada, sin folders, sin dinero... nada. Solo tenía los pasaportes y los tiquetes de autobús para regresar a Cali».

Sin embargo, Ileana tenía fe y algo en ella le decía que no debía pensar negativamente. Luego de transcurrido un tiempo, entró al interior del edificio con sus hijos de dos y cinco años. Al poco tiempo la llamaron por el altavoz.

«Caminaba tan suavemente que sentía que el tiempo iba lento. Me paré al frente del funcionario y me mantuve seria tratando de ocultar los nervios».

—¿Cuál es el motivo por el que desea ir a los Estados Unidos?—pregunta.

—Quisiera llevar a mi hijo para un chequeo médico. He oído que la ciencia allá es más avanzada —responde Ileana con convicción.

—¿Cuántos días necesita para la consulta? —pregunta el oficial.

—Solamente cinco días. Solo aspiro que le hagan un chequeo médico y ya —le contestó tranquilamente.

—¿Y para ese trámite necesita llevar a su hija? —pregunta el funcionario con cierta malicia.

—No tengo a nadie quien la cuide como para dejarla. Si usted no le da la visa entonces yo no puedo ir. El padre trabaja mucho y no quiero molestarlo —responde nerviosamente.

La mujer fue sincera al hablar.

«El señor, con cara seria, fijó su mirada en la mía y a los pocos segundos me responde: “Que tenga un buen viaje, señora”, y me otorgó visa múltiple por cinco años».

De regreso a Cali, Ileana debía pensar cómo iba a conseguir el dinero para los tres pasajes, así que no dudó en llamar a uno de sus hermanos que vivía en Medellín.

«Le pedí prestado, al tiempo que le prometí que una vez que consiguiera trabajo se lo devolvería. También tuve que hablar con el padre de mis hijos para que convenciera a su hermana, quien residía en Estados Unidos, para que me alojara en su casa por algunos días. Ella aceptó».

Con el alojamiento y el dinero de los pasajes, Ileana se dirige a una aerolínea y reserva sus tres boletos para el 24 de noviembre (corría el año 2000), el día que le cambiaría la vida.

El vuelo salía a las once de la mañana. En el aeropuerto, los rayos del sol pegaban muy fuerte. Abordó la aeronave con sus dos hijos y luego de tres horas de vuelo alcanzaron su destino.

«Llegamos a las cuatro de la tarde y la verdad, lo único que sentí diferente es que en Miami ventea mucho más fuerte que en Cali».

Sin embargo, su llegada no fue tan sencilla. En el momento en que se encontró con su excuñada se hizo un silencio incómodo. Transcurrieron dos horas de camino hasta la llegada a casa.

Una vez adentro, la señora le pregunta con frialdad:

—Y... ¿qué haces aquí?

—Solo vine a conseguir una mejor calidad de vida a mis hijos —responde Ileana.

Los momentos vividos en esa casa los recuerda con tristeza, ya que su excuñada era muy dura y algo repelente. Solo le colaboraba con el cuidado de los niños mientras Ileana salía a buscar trabajo. Poco después consigue empleo como mesera en un restaurante donde recibe humillaciones y malos tratos. Pero eso no la detuvo.

«Fue muy difícil para mí, porque estaba acostumbrada a que me lo dieran todo. Pero era consciente de que debía ponerme firme y ser valiente para darles el sustento a mis hijos».

Desde que comenzó a trabajar empezó a ahorrar. Tres meses después alquiló un apartamento y lo compartió con una de sus compañeras de trabajo. Estaba convencida de que el cambio traería tranquilidad a su vida porque la relación con su excuñada no era la mejor.

Pero sucedió todo lo contrario. Dejar niños menores de edad solos en los hogares es un delito en Estados Unidos y no podía darse el lujo de contratar una niñera. Sin embargo, tuvo que tomar una decisión. «Era la nana o que mis hijos pasaran hambre». Transcurrieron dos años de la mudanza y la vida no había sido fácil para ninguno, en especial para la hija menor.

«Mi pequeña no tuvo infancia. Desde que llegamos a este país me tocó enseñarle muchas cosas para que pudiera cuidar a su hermano mayor». Ileana señala con orgullo que Dios le otorgó a su hija Kimberly un corazón muy grande. Continúa diciendo:

«Otros niños hubieran dicho que no o no reflexionarían sobre la situación, pero mi hija entendía que en ese momento solo estábamos los tres para apoyarnos.

Siempre estuvo cuidando de su hermano, quien se comportaba como un niño de dieciocho meses a pesar de que ya estaba bastante crecido».

Así transcurrieron los meses. Ileana llamaba a su familia para informarle que estaban bien, pero jamás comentó lo abrumada que se sentía ya que uno de sus vecinos observaba mucho a Freyner.

«Sentía miedo porque todos alrededor sabían que no tenía papeles. En ocasiones me invadía la idea de que ese señor o su novia iban a llamar a la policía para que se llevaran a mis hijos».

Pero eso jamás pasó. La razón por la que su vecino se fijara en su hijo era porque deseaba brindarle ayuda a la mujer, solo que no sabía cómo. La primera vez que le dirigió la palabra fue cuando ella iba saliendo de la casa rápidamente con sus hijos. El señor Robert Thomas, que así se llamaba su vecino, se acerca y le pregunta:

—¿Ese niño es su hijo?

—Claro que sí, señor Robert —responde con nervios— ¿Por qué la pregunta?

El señor Thomas le responde con otra pregunta:

—¿Usted lo tiene en los programas que el país ofrece para niños así?

—No puedo, pues no tengo los documentos en regla y a él no le dan ninguna clase de ayuda sin ellos —contesta Ileana con sinceridad.

El rostro del señor Thomas cambió. Lucía desanimado y agobiado. Después de esa respuesta se retira.

Al día siguiente, la vida de Ileana y de sus hijos daría un giro de ciento ochenta grados. Era el día febrero 5 de 2007 cuando en la noche alguien toca en su puerta. Cuál no sería su sorpresa cuando al abrir Ileana se encuentra frente a frente con la novia de su vecino.

—Buenas noches, señorita. ¿La puedo ayudar en algo?

Ileana recuerda que sintió miedo. Pensaba que su vecina le iba a reclamar por haber hablado con el novio.

—Hola, mucho gusto. Mi nombre es Yisel y soy la novia de Robert. Él desea ayudarla para que pueda conseguir los documentos que necesita.

—¿Cómo así? —pregunta Ileana sorprendida.

—Mira. Si quieres, él puede casarse contigo y así obtendrás los documentos fácilmente.

—Pero... ¿a cambio de qué?

«Yo ya había oído un poco sobre esa cuestión del matrimonio, pero decían que era muy caro y arriesgado. Además, ¿de dónde iba a sacar ese dinero si apenas tenía para sobrevivir?», recuerda Ileana con tristeza.

—No se equivoque, señora. Él solo lo hace por su hijo, no por usted —contesta Yisel enfurecida.

Al escuchar eso, más nerviosa se puso. Sus temores anteriores, cuando le arrebataban a sus hijos, regresaban.

—Perdón, señorita, pero... no entiendo— contesta con inseguridad.

—Cuando Robert era joven —añade Yisel— vivía en Cuba. Tenía un hermano en la misma condición que la de su hijo. Cierta día, la madre de Robert le pidió que lo cuidara y como era tan joven se puso a jugar y descuidó a su hermano, quien mientras se duchaba sufrió un infarto. Robert siempre se sintió culpable por ese hecho y cada vez que mira a su hijo recuerda a su hermano. Por ese motivo quiere brindarle ayuda.

Ileana la escuchaba atónita.

«La grandeza de Dios es infinita, pues Él pone ángeles en nuestro camino para que podamos superar los obstáculos que tiene la vida. Me di cuenta de que Robert tenía un corazón inmenso y decidí aceptar la ayuda», recuerda con alegría.

Transcurrieron los días y dos meses después de la propuesta Ileana y Robert se casaron. No compartieron casa y siguieron con sus vidas normales.

«Cierta día salimos él con su novia y yo con mis hijos a divertirnos como si fuéramos una verdadera familia», evoca Ileana con felicidad. Sin embargo, el reto más grande que debían asumir era conocerlo todo acerca del otro, porque no sabían qué preguntas podían hacerles los encargados de inmigración. La mujer tuvo que aprenderse la vida de Robert al derecho y al revés, al igual que él la de ella: cuáles eran sus colores favoritos, la comida o restaurante que le gustaba, cómo les gustaba que les ordenaran las almohadas, qué habían estudiado, dón-

de habían hecho todos los procesos de aprendizaje y muchas cosas más. «Fue complicado, porque era mucha la información y teníamos poco tiempo, pero la bondad de Dios jamás me abandonó».

Después de un tiempo llegó la tan esperada entrevista.

«Recuerdo que estaba muy nerviosa. Todo lo que me aprendí de la vida de Robert me lo preguntaron, al igual que a él. Gracias a Dios todo salió bien y pasamos la entrevista».

En un lapso de seis meses Ileana comenzó a recibir varios de los beneficios que había estado anhelando. Logró que su Kimberly entrara a estudiar y Freyner comenzara a recibir los tratamientos, revisiones, citas médicas y demás procesos que requería. Pero no solo los hijos de la mujer estaban beneficiados. Ileana también consiguió un mejor trabajo.

«Estudié cosmetología y estética corporal dos años. Fue difícil pues no entendía mucho el idioma, pero gracias a la ayuda de mis compañeras pude entenderlo y aprenderlo. También hube de trabajar y atender a mis hijos. Para mi hija esos años continuaron siendo duros, pues seguía cuidando de su hermano al tiempo que debía responder con lo que le dejaban en el colegio. Gracias a Dios, Kimberly siempre se mostró fuerte».

Al año siguiente de haber terminado su carrera Ileana y Robert se separaron.

«Tuvimos que esperar todo ese tiempo porque si nos divorciábamos antes inmigración podía sospechar. Gracias a Dios el papeleo del divorcio fue rápido».

Ese mismo año Ileana consiguió un mejor trabajo que le permitiría pasar más tiempo con su familia. Renunció a su empleo como mesera y comenzó a laborar en el mundo de la estética.

«Yo misma me ponía mis horarios. Con este empleo logré obtener más dinero y mi hija ya no tenía que estar tan pendiente de su hermano. Se concentró en sus estudios y ahora está en la universidad. Con la ayuda que el Estado le brinda, Freyner ha logrado desenvolverse como una persona independiente. Me siento muy bendecida y feliz por todo lo que Dios ha hecho por nosotros».

Ileana continúa trabajando en el campo de la estética. Logró hacer una especialización en masajes reductores de grasa, tratamiento del estrés y demás.

«Me dicen Popeye porque los movimientos que hago requieren de mucha fuerza. Las clientas latinas y americanas me recomiendan mucho con sus amigas, pues quedan felices con lo que hago».

Gracias a una de sus clientas con la que sostiene una buena amistad, encontró el amor y está felizmente casada con Eduardo.

«Él ha sido muy cariñoso conmigo y mis hijos. Vivimos como la familia que siempre deseé tener. La enseñanza que recibo de todo esto es que siempre hay que confiar en Dios y seguir tus sueños. Es irónico, pero es cierto aquello que dicen de que hasta de las cosas malas se aprende. Y eso pasa porque esos momentos difíciles te vuelven más fuerte. Así fue mi historia y si en algún momento me toca volver a vivirla no dudaría en volverlo a hacer. La verdad, no fue nada fácil; la vida no lo es, pero de la mano de Dios y siempre teniendo fe todo se puede lograr», dice Ileana con seguridad.

A black and white photograph of a person walking away from the camera on a paved path. The person is wearing a dark jacket, dark pants, and sneakers, and has a backpack on their back. The path is bordered by grass on the left and a white line on the right. The overall tone is dark and moody.

7

Ventas por catálogo

Daniela Arbeláez Cárdenas

Luisa, de dieciocho años, vivió en carne propia la doble cara del modelaje. A los trece años empezó su carrera como modelo, la cual tomaba como un simple hobby. Todo comenzó en la academia de modelaje ubicada en un exclusivo sector de Cali. Desde muy corta edad la habían contratado para hacer sesiones de fotos. «Mi vida, en cierto sentido, siempre había estado empapada por el mundo de la imagen y la superficialidad», comenta. El modelaje había sido su sueño desde ese entonces y no solo el de ella sino también el de su madre.

Es una joven de figura esbelta, delgada, sin cirugías que cambien su fisionomía natural y 1,73 de estatura. Es decir, el prototipo de modelo de pasarela que se podía esperar.

«Cuando subo al escenario me transformo en otra persona y siento que el corazón se me sale del pecho. Sin embargo, me gusta sentir esa adrenalina que recorre mi cuerpo cuando todos me miran».

Al momento de subir a la pasarela su rostro cambia y su mirada se torna seria, pero a la vez, la mandíbula se nota relajada y su mirada intimidada. Todo sin abandonar la delicadeza que una mujer debe mostrar. Se convierte, entonces, en una modelo de portada de revista. Su caminar va al bit de la pista que está sonando y con cada paso que da sus caderas se adueñan del escenario. El movi-

miento de los brazos es delicado, como si flotaran y van a contratiempo del bit y de los pies. Este movimiento siempre debe ir detrás del cuerpo para no cubrir en ningún momento la prenda que modela.

Sin embargo, en su cotidianidad el porte que lleva consigo es de una joven despreocupada y sencilla. Cuando niña seguía siendo igual y su forma de ser no ha cambiado con el tiempo. Siempre se ha sentado como si nada le preocupara en la vida, como si todo estuviera bien. Su andar es lento y de pasos cortos dados con pies garetos, pues toda su vida practicó ballet. Los brazos le cuelgan de los hombros como si le pesaran, pero su postura es recta. Luisa, sin lugar a dudas, era una en la pasarela y otra en su día a día.

«El día que fui por primera vez a la academia no fui al colegio porque teníamos cita a las diez de la mañana. Entramos y de inmediato nos recibió un hombre bajito y gordo que pugnaba por transmitir un aire de persona joven, pero en realidad era cuarentón. Se presentó a mi madre con el nombre de Joaquín».

Las hicieron pasar al aula de clase, un espacio muy parecido a un salón de baile, con espejos en las paredes y piso de madera. El hombre se paró en la pared que daba frente a la puerta, dirigió su mirada a Luisa y le ordenó: «Camina para acá». A Luisa se le dispararon los nervios pero eso no la alteró, pues estaba acostumbrada a mostrarse en público en sus presentaciones de ballet. Así que, decidida, lo miró y empezó a caminar y a medida que lo hacía él la corregía y le especificaba cómo debe caminar una modelo.

«La gente está convencida de que solo se trata de salir y ya. Pero hay mucho más detrás de esto. Es un medio en el que cuando entras por primera vez no te dicen cómo caminar con actitud o si estás torcida. Literalmente, te lo sueltan: «¡Te pareces a Bambi recién parido!»

Cuando entró a la academia oficialmente, experimentó en su primer día de clase un trato al que ya estaba acostumbrada, pues en el colegio la trataban igual, con términos despectivos hacia su imagen y su forma de bailar. En el modelaje es lo mismo. Usan términos displicentes para alentar a las principiantes a ser mejores. «Así como te tratan, así mismo te exigen», señala.

Un sábado, luego de la clase de modelaje, entra a casa de Luisa una más de las modelos de la agencia. Se sientan en la sala y entre chisme y chisme la amiga le comenta acerca de una chica brillante en el medio del modelaje caleño y que la fama había rodeado desde el momento en que despegó. Luisa se levantó del

sillón e hizo cara de que no le importaba. «La llaman la chica de los traquetos», comenta.

Al día siguiente, Luisa la ve en la academia con sus propios ojos cuando llegó en una camioneta último modelo. Tenía alrededor de diecisiete años. Mujeres coquetas hay muchas, pero en eso ella era insuperable. Con solo mirar a los demás con el rabillo del ojo, se sentían intimidados. Medía un metro setenta y su silueta era de “modelo colombiana”; es decir, operada hasta de la nariz, como dice Luisa. La miró por un instante y luego se fue sin darle importancia alguna.

Tiempo después la chica famosa se acerca a Luisa con cara desafiante y le grita en su rostro:

—¿Vos andás hablando mierda de mi papá?

—Yo no he dicho nada —responde Luisa algo intimidada.

—Pues a mí me dijeron que andás diciendo que es un pelagatos.

—No, yo no he dicho nada. Estás muy equivocada —le replica Luisa.

—¡Como así que estoy equivocada! Si te parece muy pelagatos, más bien te mando a pelar yo —dijo furiosa.

Luisa quedó desconcertada, pero nunca se dejó intimidar. Le mantuvo la mirada fija y desafiante mientras ella le hablaba. Fue su primer encuentro con “la chica de los traquetos”.

Cierto día, en la clase de modelaje el profesor reúne a todas las modelos en un extremo y empieza a mirarlas de arriba abajo sin disimulo alguno, mientras ellas caminan hacia él desde el extremo donde se encontraban. El hombre no muestra el mínimo interés por ninguna. Deja que caminen y observa a algunas con desagrado, pero las deja pasar; a otras con ganas de no volverlas a ver jamás y a unas pocas como si fueran a ser las próximas *top model*. A las once de la mañana da por terminada la clase que por lo general dura entre dos y tres horas. En esas el profesor se acerca a Luisa, la mira coquetamente y ella le devuelve la mirada. Esto lo hace normalmente con las modelos que según su entender tienen potencial. Se le acerca y le dice: «Tienes futuro. Eres muy buena en lo que haces». El elogio se volvió chisme, voló por todas partes y la envidia empezó a invadir el ambiente. Las demás modelos la miraban de arriba abajo y apenas las volteaba a ver, ellas le torcían los ojos. Sin embargo, todo le daba igual así que

no se preocupó, pues Francesco solo motivaba a las personas que lo merecían. Su ego, su autoestima y sus ganas de seguir modelando solo aumentaban.

La madre de Luisa es una mujer fuerte y determinante en las decisiones acerca de su vida y la de su familia. Por eso ha jugado un papel importante en la vida de Luisa y un camino para la vida que ha llevado. Y Luisa siempre ha sido muy condescendiente, así a veces no estén de acuerdo.

«Luisa bailaba porque yo, de pequeña, bailaba. Luisa modelaba porque yo, de pequeña, modelaba». Decía esto con orgullo al ver cómo su hija iba tras sus mismos pasos. Sin embargo, siempre le daba la opción de salirse cuando quisiera. «Cuando Luisa nació yo no dejé de bailar. La llevaba a mis ensayos y cuando creció la inscribí en unos cursos de formación en ballet. De igual forma, siempre le dije: “Eres libre de escoger lo que quieres hacer en tu vida. Yo siempre te apoyaré”».

Al final, la madre de Luisa si bien siempre la apoyó también la metía de cabeza en el mundo hostil de la competencia y la imagen.

«El día de mi audición en Incolballet no imaginaba lo que quería mi madre. Solo me llevó a bailar y bailé», relata Luisa. Aunque ella, igualmente, nunca vio ese mundo como opción para su hija. Dice la madre: «Los artistas tienen un límite de tiempo en la industria y luego de eso quedan moribundos, sin nada que hacer porque no saben hacer nada más. ¡Ni pensión les pagan!»». Con estas imágenes creció Luisa, rodeada de talentos innatos que solo podía considerar como pasatiempos.

Los desfiles en los que se presentaban siempre eran en centros comerciales, organizados por ellos para promocionar las marcas y las ventas. A las modelos las llaman unos días antes para prueba de vestuario, les escogen la pinta que van a exhibir y les hacen el peinado y maquillaje de acuerdo con la prenda que vayan a modelar. Casi siempre modelan dos o tres veces según los años que lleven en la agencia.

Luisa siempre iba en compañía de su madre, pero en esta ocasión algo cambió. Todo empezó normalmente. La llamaron de la agencia y le dijeron: “Lu, mañana tienes desfile”. Le dieron la dirección de una casa, lo que se le hizo extraño, pero aun así aceptó. Antes de ir debía pasar por la agencia para irse con las demás modelos, muchas de las cuales eran más grandes que ella y con más experiencia. Eso la hizo sentir bien, porque ya la estaban poniendo al lado de las mejores.

Luisa llegó a la agencia acompañada de su mamá, pero no podía seguir con ella pues el profesor le había advertido que era un evento privado y los cupos ya estaban ocupados. A la madre no le quedó otro remedio que dejarla ir sola.

La casa estaba ubicada en un sector residencial de estrato seis. Allí habría un desfile de alta costura y Luisa estaba emocionada, pues era la primera vez que iba a modelar prendas de un diseñador independiente y de buena calidad. O eso era lo que le habían dado a entender, porque cuando llegaron a la casa el profesor se fue y se quedaron solas, momento en el cual Luisa se dio cuenta de que las cosas no iban a ser como les habían prometido. Llegó el diseñador y las miró de arriba abajo. Luego sacó de una maleta unos vestidos de baño y se los pasaba a una por una según el cuerpo de la modelo. Si era muy delgada le daban uno de dos piezas, con una salida de baño que se amarraba en el pecho y caía a las piernas hasta antes de las rodillas. Si era más bien voluptuosa le pasaban un vestido de baño enterizo y una salida de baño corta que se amarraba a la cintura y caía antes de las rodillas. El calzado y quién llevaría sombrero se decidió al azar. Las maquillaron, peinaron ¡y a desfilarse!

«Todo en el desfile parecía normal. Había tanto hombres como mujeres y una pasarela. Lo único extraño era que no estaba nuestro agente y el desfile se presentó en una casa».

Una vez terminó el evento organizaron una fiesta. El ambiente empezó a tornarse muy tenso —o al menos eso sentía Luisa—, así que se paró y le dijo a uno de los encargados del desfile:

—Me quiero ir. ¿Me podrías mostrar la salida, por favor?

—De aquí nadie se va sin autorización de su agente —respondió el hombre con dureza.

Pero el agente no se encontraba, así que Luisa llamó a su madre sin pensarlo y ella, a su vez, llamó al agente quien se comunicó con el encargado y dejaron salir a Luisa. Todo pasó en cuestión de minutos y lo que facilitó las cosas era que se habían dado cuenta de que Luisa era menor de edad. «Conmigo había otra compañera que también era menor de edad, pero ella no pudo salir», indicó Luisa.

Después de la clase de los sábados en la mañana, la chica famosa, la que decían pertenecía a los traquetos, se quedaba con un grupo de modelos que ella misma escogía. En la piscina había hombres y mujeres. La chica llamó a Luisa, con quien estaba tomando más confianza luego de su primer encuentro tal vez por la

determinación de Luisa o por la seguridad que mostraba en sí misma al hablarles a los demás, en una forma tal que no se echaba para atrás. Las reuniones eran muy particulares porque la chica las hacía sentir exclusivas y tenía el poder de decir quién se quedaba en su “grupito” y quién no.

Era una tarde tranquila y la chica famosa trabó conversación con Luisa. Empezó a contarle a qué se dedicaba, además de modelar. «Soy prepago de medio tiempo», le dijo sin ruborizarse. Luisa no sabía qué decir, aunque no estaba sorprendida porque había escuchado rumores al respecto. La chica siguió hablando: «Lo hago por dinero y como soy menor de edad todavía me va mucho mejor. Mira. A Sweety le está yendo de maravilla y apenas está hace tres meses con nosotras”. Luisa seguía muda. No entendía a qué venía todo eso y las explicaciones que le daba. En esas, la verdad le llegó de una:

—¿Te gustaría trabajar para nosotras? —le pregunta la chica mirándola con tranquilidad.

—¿Cómo así? No...no entiendo.

—Sí, como prepago —enfatisa la chica.

—No, marica. ¡Qué miedo! —responde Luisa y trata de alejarse.

—No, bebé. Miedo de nada. Tú, por ser menor de edad, puedes escoger a los clientes —le dice. La toma de las manos y añade—: Te ponemos en un catálogo, los clientes te piden y tú de cada cinco tienes derecho a escoger dos o tres. Solo es cuestión de hacerte un buen *book* de fotos y si el problema es con tu mamá nosotras te ayudamos. Le decimos que vas para un desfile y así no te pondrá problema.

En ese momento Luisa toma la determinación de su vida: alejarse de ese mundo al que había sido arrastrada sin siquiera darse cuenta. Con el pasar los días se fue sintiendo más presionada a tirarlo todo, no por las modelos ni por su agente ni mucho menos por su mamá, sino por su moral que no le permitía venderse de esa forma. Le contó a su madre y ella sin pensarlo la apoyó en la decisión de salirse de esa agencia y cortar relación directa con estos personajes.

Para las modelos estas propuestas van y vienen todo el tiempo. La cuestión está en saber decir no, porque una vez adentro no hay salida.



8

Detrás de la cámara

Gisselle Alejandra Peña Lozano

María Camila Cárdenas López nació en el cuerpo equivocado. “Nacer en el cuerpo equivocado” es una expresión que escuchamos a menudo y en distintos contextos, pero en la vida de Camila marca un antes y un después. Ella encontró su felicidad en el cambio de género, después de vencer miles de obstáculos que la llevaron a forjar su carácter y su personalidad. Pero todo esto se debió a una decisión fundamental en su vida, la cual fue cambiar su trabajo de peluquera para volverse modelo *web cam*. Así, pudo alcanzar el éxito y la felicidad de los que hoy goza al ser la dueña y gerente del estudio.

«Enfrentar a mis padres no fue nada fácil. Incluso tuve una novia a los catorce años para que ellos no sospecharan. Duramos solo tres meses. Ella se enamoró de mí y yo le tuve cariño, pero no la podía mirar como ella lo hacía conmigo. Cuando cumplimos los tres meses me organizó una cena y decoró su cuarto. Todo estaba muy bonito y yo traté de cumplirle, pero la verdad, sentí asco. No me provocaba ningún sentimiento de pasión, así que decidí contarle todo. Ella me rogó y me intentó convencer de que estaba confundido, pero no lo logró. Yo sabía perfectamente que era gay, así que decidí contarles a mis padres.

Al principio fue difícil, en especial para mi mamá, ya que lo primero que me advirtió era que hiciera lo posible para que nadie más lo supiera, pero después, con el tiempo, lo aceptó y me apoyó».

A los dieciocho años Camila tomó la decisión de vivir en Cali con una tía para encontrar un mejor futuro. Estudió en el Sena y laboró un tiempo, pero no se conformaba con ello, razón por la cual decidió trabajar en una peluquería. Su experiencia en este entorno lo convenció de que no solo le gustaban los hombres, sino que también quería ser una mujer, pero el cambio de sexo no solo era muy costoso, sino que también debía enfrentar a su familia.

Gracias a su trabajo en la peluquería conoció a Geraldine, quien le propuso un trabajo como modelo *web cam*. Le describió con detalle el oficio, sobre todo que tenía la ventaja de ser un trabajo que no implicaba ningún tipo de contacto. Con esfuerzo le puede ir muy bien a cualquiera. A Camila le interesó, pero el problema era que en ese estudio solo aceptaban travestis y Camila en ese momento no tenía recursos. Pero gracias a su jefa y mentora en la peluquería, a la que llamaba “madre”, quien le prestó ropa y pelucas, inició su nuevo trabajo.

«La primera semana me gané 500.000 haciendo dos turnos diarios. La verdad, al principio fue muy duro, pero luego fui cogiéndole el ritmo. Ser modelo *web cam* es abrirse a un mundo muy diferente. Te entiendes tanto con personas que pagan un privado solo para hablar porque se sienten solas, hasta con gente que tiene gustos bastante extraños».

Se alisa un poco el cabello con sus manos y continúa.

«Para empezar un privado, primero me maquillaba con colores fuertes. Mis ojos son rasgados y este maquillaje hacía esta característica más notoria. Después me dirigía al cuarto asignado, encendía la cámara y empezaba. Uno de mis *shows* más extraños fue con un cliente que tenía gustos algo peculiares»:

—Hola. Mi nombre es Camila.

—Hola, Camila. Bueno... empecemos.

«Luego del saludo hice mi privado habitual, que consiste en bailar y jugar con objetos sexuales. En seguida, el cliente me hace una petición insólita»:

—Camila, quiero que orines en un vaso y luego te lo eches encima.

«Estaba asombrada a pesar de que ya me habían explicado qué hacer en estos casos, pero nunca me imaginé toparme con un chico así».

—Está bien, amor —le respondí.

«Tomé el vaso y oriné en él. Luego lo distraje seduciéndolo y cambié el vaso por uno de cerveza que tenía por ahí».

—Échate encima, Cami —suplicó el hombre.

«Lo hice y el tipo alcanzó un punto de excitación verdaderamente alto. Terminado esto se acabó el tiempo. Me despedí y cerré».

Después de un tiempo como modelo web cam Camila conoció a un hombre llamado Carlos, quien se convirtió en su pareja sentimental. Sin embargo, tenía algunos defectos que no lo hacían perfecto. Por ejemplo, no había aceptado ante su familia ni amigos que le gustaban los transexuales, aparte de que tenía otra persona que también era una chica trans. Camila sabía esto, pero no le importaba pues solo quería estar con él. Carlos le propuso que montaran un negocio de *web cam* y a Camila la idea la entusiasmó. Él puso la mitad para comenzar y Camila el resto. Empezaron el negocio con cinco modelos y en una casa alquilada.

Todo iba muy bien hasta que un cliente nuevo llegó a la vida de Camila. Era diferente a los demás, siempre estaba pendiente de ella y nunca le pidió un *show*. Solo quería hablar con ella y conocerla mejor, lo cual causaba cierto asombro en Camila ya que no es común que un cliente lleve a una modelo a un privado, pague dos o tres horas solo para hablarle y conocerla y nunca para algo sexual.

«Al principio lo miraba como un cliente más, pero luego me empecé a encariñar con él por su persistencia, por la atención que me daba y por el lugar en que me ponía, algo que mi pareja no hacía. Así que decidí terminar con esa relación».

Esto trajo muchas consecuencias en la vida de Camila, no tanto en el ámbito sentimental sino en el laboral, pues Carlos era dueño de la mitad del negocio. Él sabía que alguien había entrado en la vida de su expareja. Su nombre era Miguel, un cliente español que estaba tan obsesionado por Camila que estaba a punto de ir a Colombia. Vendió todas sus pertenencias y le envió el dinero a Camila para que alquilara un apartamento y lo amoblara.

Y así pasó. Se fueron conociendo mejor y él la conquistaba con detalles, uno de los cuales fue una foto de los dos que le dio el día de la mujer. Carlos se enteró de esto y decidió reclamarle.

— ¡Camila!.. ¿Qué significa esto? —le preguntó furioso al tiempo que rompía la foto.

—¡Atrevido! No rompa mis cosas —le respondió Camila iracunda.

—¡Sos una perra!

—¿iQué!?

«Le di varias cachetadas hasta que cayó al suelo y ahí empezó a hacer como si le estuviera dando un infarto. No le presté atención y me fui a bañar. Cuando salí de la ducha lo encontré al pie de la ventana y amenazaba con tirarse. Lo agarré de la camisa y llamé a su mamá. Al fin se lo llevaron. Al tiempo le dije que no podía más, que quería comprarle su parte y seguir el negocio yo sola».

Ya con el cien por ciento del negocio este empezó a progresar. Solo contaba con cinco modelos y tres cuartos, todo esto en una casa alquilada. Al separarse de Carlos decidió mudarse a una casa con cinco habitaciones. La remodeló, les puso aire acondicionado a los cuartos, implementó un internet especial y compró cámaras con mejor resolución. Pasados seis meses empezó a recibir quejas de los vecinos, ya que todos decían que eso era una casa de citas, rumores que la afectaron al punto de que la dueña de la casa le pidió el desalojo, pues ya no aguantaba las quejas del vecindario. Esto ocasionó que Camila perdiera una gran suma de dinero.

Su actual pareja aprovechó la ocasión y le propuso formar una sociedad. Sin embargo, ella no estaba segura, ya que había vivido una desagradable experiencia con su expareja. Pero él la convenció de una manera fulminante: le propuso matrimonio. Se arrodilló ante ella y le prometió quedarse a su lado en todo momento. Sin pensarlo dos veces Camila aceptó y el negocio volvió a ser compartido.

Alquilaron una casa de seis cuartos, a los que dotó de aire acondicionado y un respectivo computador con características específicas para una mejor transmisión, como focos profesionales y cámaras HD. Cada modelo cuenta con condones para usar con los juguetes sexuales. Ahora mismo trabajan para Camila más de cuarenta modelos, a quienes exige trabajar con disciplina, cuidado y respeto. El horario se reparte en varias jornadas: de 7:00 a. m a 2:00 p. m; de 2:00 p. m a 9:00 p. m y el último de 9:00 p. m. a 6:00 a. m. Tienen un descanso de treinta minutos y se deben desconectar quince minutos antes para dejar el cuarto organizado. A cada una le corresponde el 60 % de las ganancias.

Súbitamente, se oye un fuerte estruendo. Una de las trabajadoras entra furiosa a la oficina de Camila y cierra la puerta con dureza.

—¡Camila! ¿Qué está pasando? Se cayó el internet.

—Amor, no sé. Mauricio fue a ver qué pasa —responde Camila con suavidad.

—Necesito que me solucionen rápido —reclama—. Voy a trabajar con Paola mientras.

—Dale, bebé —expresa Camila sin molestarse.

Sale de la oficina, pero pasados unos veinte minutos vuelve a escucharse un ruido fuerte. La misma trabajadora discutía con otra y mientras golpeaba la puerta de una de las habitaciones, gritaba:

—¡Me vas a tener que pagar, maricon!

—No te voy a dar un puto peso, hija de puta. Y haga lo que quiera —responden del otro lado.

—¡Malparida! ¡Necesito mi plata!

Al escuchar esto, Camila sale presurosa y sin alterarse les dice:

—Silencio, por favor. Ya les van a conectar la cámara. No quiero escucharlas más. Esto bastó para que retornara la calma.

No se volvió a escuchar ningún ruido y todas las modelos siguieron trabajando, cada una en su cuarto. La chica que comenzó el conflicto se fue a la sala a esperar que le solucionaran el problema.

Ser modelo *web cam* es considerado por muchos un trabajo fácil y no se dan cuenta de que es más exigente y difícil que muchos otros. Un ejemplo de ello es Melisa, una de las trabajadoras de Camila. Es modelo *web cam* pero está catalogada en una categoría diferente.

Melisa se prepara para un privado. Lleva puesta lencería roja, calza tacones negros, su cabello está suelto y el maquillaje está muy cargado. Entra al cuarto e inmediatamente enciende la cámara. Saluda al cliente y este, sin dar tiempo de nada, dice: “¡Empecemos!”. Melisa comienza a bailar sensualmente, se toca su cuerpo y hace gestos de excitación. Luego se retira el sostén y deja sus senos al descubierto. El cliente expresa con ansias: “¡Quiero leche!”. Al escuchar esto, Melisa aprieta sus pezones y de ellos comienzan a salir pequeñas gotas

de leche, lo cual excita intensamente al cliente quien pide otros diez minutos. Melisa continúa. Toma un vibrador y le pone un condón.

—Mira, amor —le dice mirando la cámara.

—¡Uff, qué rico! Vamos. Quiero garganta profunda.

—Claro, amor.

Melisa introduce el juguete en su boca durante aproximadamente cinco minutos. Finaliza y el cliente le hace una última petición.

—Hermosa, quiero lluvia dorada.

—Claro, amor. ¿Te gusta? —le pregunta, haciendo un sensual gesto con los labios.

¡Uff, sí! —responde el cliente ya muy excitado y añade—: Ahora, rápido. Coge el juguetico y hazlo.

—Bueno, amor.

—Aggg iya! —se oye al otro lado de la línea.

En este momento finaliza el privado. Melisa apaga la cámara y bebe un vaso de agua. Luego comienza a organizar el cuarto.

«No sentí placer en ningún momento. Todo fue fingido, pero así me aseguro de tenerlo para una próxima ocasión y con ello su dinero», dice en tono de burla y se despide de su cuarto de trabajo por este día.



9

*¿Síndrome de qué? ¿Y eso
cómo se escribe?*

Mayra Alejandra Ruiz Páez

Ha pasado más de una década desde la llegada de Juan Diego Guevara a la vida de Karen Aguirre. “La vida da muchas vueltas”, pensaba Karen al salir del consultorio del pediatra, quien le acababa de dar el diagnóstico de la enfermedad que acompañaría a su hijo el resto de la vida.

Desde los primeros meses de vida de Juan Diego, Karen notó que no se desarrollaba como los niños normales. Al cumplir 7 meses, Juan Diego no sostenía la cabeza y mucho menos lograba mantenerse sentado.

«El pediatra negaba cualquier enfermedad en mi hijo, pero siempre supe que tenía algo. Uno de mamá sabe cuándo su hijo no está bien. Un día decidí llevarlo donde otro pediatra, quien de entrada, me manifestó: “Claro, mamá. Por sus rasgos Juan Diego tiene un síndrome. ¿Cuál? No sé”. Lo remitió a un genetista y este, al examinarlo detenidamente me dijo que podía padecer uno de dos síndromes, pero tampoco me dijo cuál. Así que comencé a leer por mi cuenta y luego de investigar mucho logré saber realmente cuál era realmente el padecimiento de Juandi».

Mientras Karen hablaba, Juan Diego abandonó su asiento y se paró al lado del comedor. Era de la misma altura de la mesa. Su pelo es negro, al igual que el de su madre, pero sus rostros no tienen rasgos similares. La fisionomía de Juan

Diego era totalmente diferente a la de cualquier otro niño. Al cabo de unos minutos, se dirigió a su computador y se dispuso a ver videos infantiles. Karen continúa narrando:

«Como el genetista me mandó con varios especialistas empecé a dar vueltas de aquí para allá con mi hijo. La primera cita fue con el cardiólogo, quien luego de escucharme atentamente, pregunta con un gesto de extrañeza: “¿Síndrome de qué?.. ¿Síndrome de qué? ¿Y eso cómo se escribe?” y yo se los escribía en un papelito. “Deme un momento investigo en internet a ver si eso afecta el corazón de alguna manera”. Siempre es así. Con todos es lo mismo», comenta Karen con cierta resignación. Mientras tanto, mira a Juan Diego coger un celular y comenzar a tomarle fotos a la pantalla del computador.

La vida de Juan Diego ha estado marcada por interminables visitas al hospital. Desde muy temprana edad sufría múltiples e inesperadas infecciones respiratorias a causa del síndrome que padecía, lo cual hacía que casi siempre fuera atendido de urgencia.

«Se daba el caso de que salía de la hospitalización con un antibiótico oral, pero al otro día otra vez Juan Diego con fiebre. ¡Y de nuevo al hospital! Exámenes iban y venían. Las infecciones comenzaron realmente luego del cierre del ductus por cateterismo. Al primer síntoma de fiebre había que salir corriendo con él para donde el cardiólogo; y claro, luego de tantas infecciones respiratorias el niño se paseaba por el neumólogo, el infectólogo, la alergóloga y entre unos y otros decidían el antibiótico. Fueron años muy duros, pero logramos salir de esa», expresa Karen.

Juan Diego no va a urgencias hace más de un año. Las únicas citas son en los colegios en los que Karen ha pensado matricularlo. Desde el nacimiento de Juan Diego la vida de Karen gira en torno a él. Pasa sus días llevándolo a citas médicas, terapias del lenguaje, terapias ocupacionales, cuidándolo en casa y últimamente buscando colegios en los que pueda desarrollar libremente sus habilidades.

«He estado buscando un instituto donde Juan Diego aprenda el lenguaje de señas. Él es muy pilo y en su primera entrevista pudo aprender algunas. Si podemos ayudarlo a hacerse entender ¿por qué no hacerlo? Aprende él y aprendo yo. ¡Qué tal! ¡Uno después de viejo y aprender otro idioma!», comenta Karen entre risas.

No toda la familia de Juan Diego ha aceptado de buena manera su condición. Su padre solo responde económicamente y no precisamente todo el tiempo, y aunque su abuela apoya a su madre y a su nieto, para ella también ha sido difícil.

«Mi madre no quiere que aprenda la lengua de señas porque cree que eso lo volverá bobito. El otro día me dijo que si Juan Diego la aprendía nunca iba a hablar. Antes no aceptaba que el niño sufriese de algo. La primera vez que le leí lo poco que imprimí sobre el síndrome –pues no encontraba nada de información porque el padecimiento es casi desconocido– me sentaba y lloraba. Mi madre me decía que me calmara, que el niño no tenía nada, que era normal».

Karen mira con cariño a su hijo mientras este agarra un libro de la repisa. Continúa diciendo:

«Ahora ella ha ido aceptando las cosas, pero no es que uno tenga el apoyo que se quisiera. Y el papá es caso aparte. No me da plata desde hace más de dos meses. Hace poco llamó y dijo que iba a mandar algo de dinero con un amigo. Yo no sé si el amigo le vio la cara de bobo a él o me la está viendo a mí», dice con la rabia reflejada en su rostro.

Según el Instituto Cubano de Oftalmología Ramón Pando Ferrer, se estima que la incidencia del síndrome de Rubinstein-Taiby es aproximadamente de uno en 300 000 habitantes. Se trata de una mutación del cromosoma 16 y no se ha encontrado una razón aparente para que esta se dé. La mayoría de los niños con el síndrome tienen una apariencia física algo diferente a la de los demás miembros de su entorno familiar.

«El proceso con Juandi ha sido complicado. Es muy difícil encontrar información acerca del síndrome y difícilmente encuentro padres que estén pasando por la misma situación. Además, los pocos con los que me he topado se niegan a hablar del asunto. Busco en internet y leo, leo y leo, pero casi todo está en inglés. Igual, yo nunca comparto mucho de las cosas de Juan y tampoco me preguntan, pero uno de tanto leer encuentra casos similares en los comentarios de los foros».

Juan Diego disfruta ir a la piscina, caminar o ir al cine. Es un fanático de un programa infantil llamado Paw Patrol y cuando no lo está viendo en la televisión busca videos del programa en internet. Su restaurante favorito es McDonalds, pero solo va por el juguete que viene con la “Cajita feliz”, su menú favorito.

«A Juan Diego le gustan mucho los juguetes. Hace unas semanas fuimos a una heladería donde habían estado dando juguetes de Paw Patrol y me tocó rogarle

a la cajera que buscara entre los juguetes a ver si encontraba alguno, pues como no pude llevarlo antes se habían agotado. Afortunadamente encontró uno que estaba por allá escondido».

Mientras Karen hablaba, Juan Diego intenta escoger uno entre muchos juguetes para que acompañara su “Cajita feliz”. Por fin logra decidirse.

«Cuando venimos a centros comerciales me toca hacer lo que tengo que hacer antes de sentarme a comer con él. Si por él fuera, vendríamos directamente acá y luego nos iríamos a casa sin probar bocado».

Durante el recorrido por el centro comercial Juandi encuentra un juguete de uno de sus programas de televisión favoritos. “Cuando haya plata venimos por él, Juandi”, le dice su madre, mientras él llora porque no se lo puede llevar.

«Por mi le compraría lo que fuera a Juandi, pero mantenerlo es muy costoso. Las citas, el goteo, las terapias, el colegio, esto, lo otro», dice Karen afligida mientras Juan Diego llora inconsolablemente.

Según la *National Organization for Rare Disorders*, este síndrome suele definirse por la presencia de retraso en el desarrollo físico y cognitivo, anomalías faciales, malformaciones musculoesqueléticas y discapacidad intelectual variable. Algunas alteraciones adicionales pueden incluir anomalías oculares, cardíacas, renales, odontológicas y formaciones tumorales. También suele presentar un pronóstico médico deficiente. Los afectados no suelen superar la primera infancia (*Genetics Home Reference*, 2016).

«Lo que más me preocupa es que si algo me sucede y muero debo dejar un documento en el que especifique por escrito quién se encargaría del niño. Lo iba a dejar al cuidado de su tía, pero ella se fue a vivir a España y yo ya no sé qué hacer. Es en estos momentos cuando uno piensa qué ira a ser de él. Yo sé que Dios hace todo por un motivo, pero cuando reflexiono acerca de eso me pregunto: ¿para qué lo tuve?».



10

*Tirar del gatillo
y dar en el blanco**

Daniel Ramiro González

* Esta es la crónica de uno de los miles de soldados colombianos que como personajes anónimos luchan a diario por defender la democracia en nuestro país. Este hombre ha pedido que no demos su nombre, porque insiste en que aquello que hace a diario lo hacen los demás que comparten su profesión y sus riesgos.

«Mejor no saber mi nombre. Cualquiera da igual. Estoy vivo y es lo que cuenta. Hay que seguir», dijo y prosiguió.

«Recuerdo aquel día como si hubiera sido ayer. Nos encontrábamos en un punto estratégico. Tenía en mente al inicio de mi carrera militar que me habían preparado para un momento como este. Oía el débil tictac de un reloj de pulsera. Quité el seguro, accioné el gatillo y di en el blanco. Los de la unidad especial estaban felices porque habíamos cumplido con el objetivo. La adrenalina me invadía. Mi ritmo cardíaco aumentaba y sentía cómo la sangre recorría todo mi cuerpo. Aparté la mirada del lente y solo observaba sangre a mi alrededor. Los enemigos habían sido abatidos. Eran terroristas y no me arrepiento de haberlos matado. Eran ellos o yo. Con el paso del tiempo me volví insensible a la muerte. Lo tomaba como una rutina y me emocionaba tirar del gatillo y dar en el blanco. Ya no tenía miedo de nada».

«Caminábamos cansados y desconsolados por una carretera del Cauca cuando vimos un palo clavado en la tierra con una bolsa sucia en un extremo, como si fuera una bandera que se agitaba constantemente. Nos acercamos con prudencia a ese punto. Había una densa vegetación y de repente vimos salir de ella un niño. Asomó con precaución su cabeza y luego su delgado cuerpo. Parecía una lombriz

de lo flaco. Estaba sin camisa y solo vestía una pantaloneta. Se encontraba muy sucio y su rostro demacrado reflejaba largas jornadas de llanto. Se notaba que no había comido en días. En ese momento comprendí los horrores de la guerra.

—¡Niño, salga de ese lugar! Con nosotros está seguro —exclamé. Mi compañero, el soldado Peláez, le preguntó:

—¿Cómo te llamas y dónde se encuentran tus padres?

—Santiago —respondió con desespero y angustia y añadió—: No sé. Estaba en mi casa y comenzaron los disparos. Salimos rápidamente del rancho y nos internamos en la selva. Todos corríamos tratando de protegernos. Me quedé solo en ese lugar. Esa fue la última vez que los vi.

El ataque fue perpetrado en la oscuridad. Se escuchan explosiones de los tatucos, las ráfagas de fusil, gritos y angustia de los habitantes de la zona. El enfrentamiento se extendió desde las once y treinta de la noche hasta las tres de la madrugada.

Al amanecer se ve con horror la cruda realidad de la guerra. Miseria, lugares destruidos, impactos de bala y calles y casas desoladas es el panorama. Esta son algunas de las situaciones que viven los habitantes de Colombia.

«En compañía del niño caminábamos por las trochas en busca de sus padres. De improviso escuchamos en la distancia unos gritos. Nos acercamos y vimos una mujer que tirada en el suelo de un lugar en ruinas clamaba por ayuda. Su cuerpo se encontraba lleno de sangre y presentaba heridas de consideración. La expresión de su rostro nos dejó pasmados. Tratamos de moverla y retirarla del lugar. Peláez, entonces, buscó un sitio diferente. Inmediatamente el niño se acercó a ella, tomó sus manos y acarició su cara. Luego le dio un fuerte abrazo y le preguntó: “¿Estás bien, tía Martha?” El soldado Peláez toma su equipo de comunicación y se dirige a la base: “Base de control, ¿me copian?” Nunca obtuvimos respuesta. Peláez, desesperado, grita: “¡Jueputa! ¡Esta mierda no sirve!”».

«El niño nos dijo que debíamos volver a la casa de sus padres que estaba a unos pocos metros de donde nos hallábamos, en una zona alta. Entramos a la humilde

vivienda y desde allí podíamos apreciar la belleza de la naturaleza, pero también la triste realidad. Pobreza, miseria y olvido. Es como si estos sitios hubiesen sido olvidados por el Gobierno. La casa era pequeña y simple pero funcional. Sus paredes estaban cubiertas por lonas verdes plásticas, las columnas eran de guadua, el techo de zinc, el piso de cemento y las ventanas de madera. Encima de la mesa estaba una foto familiar. Su padre es un albañil que con mucho esfuerzo construyó su hogar. En las noches de lluvia era difícil dormir, pues tenían que estar pendientes de las goteras que caen en toda la casa. No hay divisiones en el interior y el baño es un hueco situado en el exterior de la casa. El agua potable la envían los sábados por dos horas y la luz se va y viene cada momento. Ellos dan gracias a Dios de que exista la Luna, pues gracias a ella sus noches no son tan oscuras. El sueldo que gana su padre le da para comer, y muy bien, pero no para arreglar los muebles, la nevera y la estufa ¡Lo importante aquí es la comida!».

«Buscamos en todos los lugares de la casa pero se encontraba vacía. No teníamos ningún rastro de sus padres. Era como si se hubieran esfumado. El niño comenzó a llorar y corría como loco por toda la casa. Le dijimos que todo iba a estar bien. Salimos de allí y nos dirigimos a donde se encontraba Peláez con la mujer y nos encontramos con la triste noticia de que la tía había muerto. Inmediatamente el niño se desplomó sobre su cuerpo».

Otra cara de la guerra.

Jeison es tímido, poco afectivo y le gusta permanecer en silencio. Quizás aún no le ha hecho efecto la heroína. Cada mañana, antes de ir a trabajar, se acerca al espejo, toma su dosis personal y la mezcla con un poco de ácido cítrico en una cuchara. Saca la jeringa que usa habitualmente, presiona fuertemente su brazo hasta que la vena se haga visible y se inyecta. Su respiración se hace más lenta, su boca se reseca y sus pupilas se contraen. Se siente pesado y aturdido, pero en cuestión de segundos lo invade una oleada de euforia. En ese momento su pensamiento no es claro y las alucinaciones visuales y auditivas son constantes. Sale de su casa, que comparte con Santiago y su familia, y se dirige al trabajo. El “laboratorio”, donde llega muy temprano para terminar sus labores rápido e irse, es un lugar sucio. Su estructura es de guadua, el techo es de lona oscura y está inclinado. Cuenta con dos plantas eléctricas, dos motobombas, tres destiladores de combustible, tres prensas hidráulicas y una manual, una empacadora al vacío, dos estufas industriales, un congelador que no sirve y tubos de ensayo. Jeison es todo un químico. Procesa clorhidrato de cocaína. El “laboratorio” tiene

capacidad para albergar hasta treinta personas. Gana poco dinero semanalmente —setenta mil pesos— pero con eso ayuda para el arriendo. Algunas veces el jefe lo recompensa con un poco de la mercancía. Cuando termina de producir se dirige a su casa. Así son todos sus días.

En cierta ocasión se encontraba en la casa con la madre de Santiago. De repente tocan fuertemente a la puerta. Parecía que querían tumbarla.

—¡Abrí la puerta, hijueputa! Sabemos que estás ahí —gritaban desde la calle.

Echaron abajo la puerta de un golpe y sin mediar palabra entraron tres hombres uniformados y armados con fusiles Galil. Uno de ellos se dirigió rápidamente a donde estaba Jeison y de una puñalada acabó con su vida. Su cuerpo se desplomó de forma inmediata. La madre de Santiago intentó salir de la casa, pero fue impactada en la cabeza por una bala de fusil. Antes de irse, los hombres proclamaron a los gritos:

—¡Esto es territorio del sexto frente de las Farc! ¡Para que aprendan a no meterse en territorio ajeno, gonorreas! ¡Esto es territorio de nosotros y somos los únicos que podemos elaborar y traficar con drogas!

Mientras el sol se oculta en el horizonte, los productores del pueblo encienden las luces que iluminan sus plantas. Sus parcelas están cubiertas por lonas blancas y a lo lejos se observan las montañas que en las noches son iluminadas.

«Los clientes llegan en autos a estos sitios. Bajan sus vidrios y sin mediar palabra sacan los dólares y nosotros les entregamos la bolsita plástica. Por aquí vienen muchos extranjeros rubios y ojizarcos, pero lo que la sociedad no sabe es que son adictos a ese maldito polvito blanco. Yo lo hago por necesidad, pues necesito mantener a mi familia. Sé que estoy destruyendo la sociedad con esa mierda, pero este negocio nunca va a terminar mientras haya demanda. Mis hijos pequeños me ayudan a pasar las bolsitas a los carros, pero no quisiera que cuando fueran grandes consumieran esa cochínada», dice una productora de la zona.

El ataque iba a ser violento y sorpresivo. El soldado Gutiérrez tomó su arma de francotirador y la apoyó en una roca. Estaba listo para tirar del gatillo y dar en el blanco. Sujetó fuertemente la empuñadura trasera de su arma y en su mente tenía claro que la orden era precisa: acabar con todos los objetivos del campamento.

Su respiración era lenta. Liberó el seguro y accionó el gatillo. La bala calibre punto cincuenta impactó la cabeza de un hombre. Todos murieron.

«Observé todos los cuerpos y uno me llamó la atención. En seguida, recordé la foto familiar que se encontraba en la casa del niño que rescatamos y el rostro del guerrillero tenía un tremendo parecido con el padre de ese muchachito. Quizás esa ha sido la única vez que me arrepentí de haber accionado el gatillo y dar en el blanco», musita Gutiérrez.

A simple vista este soldado no parece un tipo agresivo. Con 1.70 de estatura y 65 kilogramos de peso, es tranquilo, reflexivo y callado, pero dice que cuando toca es capaz de acertarle a una hormiga a un kilómetro de distancia. En su espalda carga el arma con mira telescópica. «Esta vida es un trabajo más, es una manera de vivir. La diferencia está en que solo la entendemos aquellos que la escogimos. No importa que a veces se reduzca a jalar del gatillo y... ¡boom!».

«Creo que Santiago, el niño que salvamos, nunca sabrá qué pasó con su padre. Hoy en día se encuentra internado en un centro de hogar del ICBF y recibe tratamientos psicológicos. Está en espera de que alguien lo adopte y tener así una nueva familia. Quizás cuando sea grande pueda recorrer la vereda y olvidar los horrores de esta guerra».

Gutiérrez y sus demás compañeros están listos para viajar a cualquier lugar de Colombia y enfrentar lo que venga.

«Yo no lo conozco a usted ni a ninguno de los que pasa por este vecindario, pero daría la vida por salvarlo. Y siempre con el mismo objetivo: la fe en la causa. Cuando nos ubicamos en las carreteras y saludamos con el pulgar arriba en señal de “todo bien”, la mayoría de las personas responden y acompañan el gesto con una sonrisa. Sé que estamos haciendo bien el trabajo y es muy gratificante que las futuras generaciones puedan recorrer las hermosas montañas del Cauca y del territorio colombiano. Quizás sea esa la mejor herencia que le puedo dejar a mi país», dice. Luego añade que el proceso de paz es la esperanza más grande a la que se aferran los colombianos para poner fin al conflicto que han sufrido por más de sesenta años.



11

*Lo que hay que curar
es la vida*

Danyely Geovanna Adrada Erazo

«A pesar de las circunstancias vivo mi vida alegremente», dice Diego Fernando Acosta Duque, quien desde sus 12 años padece de cáncer cerebral. Específicamente, el tumor se conecta con la médula espinal. Tuvo que abandonar sus partidos de fútbol, así como su colegio y amigos para estar en el hospital. Este guerrero de la vida viaja tres veces por semana desde su casa en Trujillo, Valle, hasta la ciudad de Cali, acompañado de su madre.

«Cuando me diagnosticaron me sentí muy mal y me puse a llorar. Fue después del accidente de moto y desde entonces la he pasado muy duro. Quisiera salir de todo esto con la ayuda de Dios y en un futuro ser futbolista», expresa Diego con cierta congoja.

Con el paso del tiempo mejora gracias a la quimioterapia, un tratamiento fuerte pero necesario que causa la pérdida del cabello, razón por la cual ahora se pone en la cabeza un gorro azul que le da vida a su color de piel. Sus mejillas ya no lucen sonrojadas, pero su risa invade su cuerpo y contagia de una magia única a todos en la Fundación Carlos Portela, una institución que ha estado siempre presente en su proceso de quimioterapia y le brinda cuidados para sobrellevar su enfermedad.

María Fernanda Portela, directora de la fundación, cuenta sobre su labor: «Apoyamos a niños enfermos de cáncer y enfermedades de la sangre, la mayoría de los cuales provienen del occidente de Colombia. Cuando los niños son diagnosticados con algún tipo de cáncer, deben ser atendidos en centros especializados de nivel dos y tres y para nadie es un secreto que Buenaventura, ni Popayán ni el departamento del Cauca lo tienen, por lo cual es necesario que vengan a Cali».

Los niños atendidos en este lugar mejoran mucho en su proceso, como es el caso de Diego.

«Él es un niño muy juicioso con sus tratamientos y aferrado a la vida. Ya había terminado su proceso, pero después de dos años hubo de regresar. Fue muy duro para él y para su familia. Su madre lloraba todo el tiempo, pero la verdad es que le va muy bien. Dieguito está a punto de terminar», expresa la directora.

Con una sonrisa en su rostro como queriendo corresponder a las palabras de la directora, Diego comenta:

«Vivo inmensamente agradecido con mi Dios por poner a Mafe en mi camino. Ella es muy buena con nosotros, pues nos lleva a paseos, está pendiente de nosotros y se preocupa mucho por la comida, por nuestra ropa y por todo».

En Colombia son diagnosticados con cáncer 2.500 niños al año y un 85 % tiene cura. Gracias a la Ley 1388 del 2010, de cáncer infantil, se ha podido brindar un mejor servicio de diagnóstico y de tratamiento. La doctora Ángela Reyes así lo comenta:

«Los costos para un tratamiento de cáncer varían de acuerdo con el diagnóstico del paciente. En promedio, una quimioterapia puede costar en el mes unos ocho millones de pesos y un trasplante de médula ósea mil millones, y como es una enfermedad de alto costo es cubierta por el POS. Los medicamentos que se les suministran a Diego y a todos los pequeños que cada día me roban el corazón, van por cuenta de la EPS. Nosotros lo que hacemos es complementar con la quimioterapia y la alimentación, además de cuidar que se entretengan, que la ropa sea la adecuada y que la estadía para ellos y las madres sea la mejor. Incluso pueden traer por unos días a sus hermanos para que les hagan acompañamiento».

¿Qué puede sentir una mamá cuando su hijo, que está jugando mientras espera para entrar a quimioterapia, de pronto se desmaya? Esta es una pregunta cuya respuesta ninguna madre quisiera conocer. Sin embargo, Ana la sabe. Hoy, quince días después del episodio, mientras mira a Diego jugar fútbol con su Xbox

y sonreír como a diario lo hace, Ana recuerda los hechos como si pasara por su mente una película borrosa. Parece mentira que hace poco su niño estuvo nuevamente hospitalizado por una recaída causada por una crisis epiléptica.

«Recibir la noticia de que mi hijo padecía una enfermedad que se lleva vidas en segundos fue muy duro. Es algo que no se puede explicar, sino que se siente. De verdad, no tengo palabras. Antes de que Diego enfermara hacía todo lo que a un niño le gusta hacer: jugar fútbol, correr y muchas cosas más, pero tuvo que dejarlo todo por esta enfermedad. Definitivamente, esto cambió la vida no solo de Diego, sino la de toda la familia».

En una mesa Diego pone tapas plásticas de todos los colores: verdes, rojas, amarillas, azules. Todo un arco iris se desliza entre sus manos. Empacadas en bolsas, las tapas de mil colores son algo más que una torre de basura: son dinero en bolsas. En esa montaña de tapas está la esperanza de cerca de 500 niños con cáncer y enfermedades de la sangre de la Fundación Carlos Portela. Su venta les permite tener una vida digna junto a su familia, durante el largo proceso de tratamiento.

«Me divierto separando las tapas por colores. Para mí esto es un tesoro que salva vidas y además le colaboro a Mafe. Vivo muy agradecido con ella porque nos trata como si fuéramos sus hijos. Nos da mucho amor, porque, además, aquí todo se hace con amor, hasta la comida. La hace la mamá de mi amiguita Juliana, que tiene leucemia», dice Diego con el rostro pleno de felicidad.

«Esas tapas pagan el mercado, sirven para comprar ropa y nos sacan de apuros a última hora. Hacer la cuenta es simple: 367 tapas son un kilogramo y un kilogramo vale \$400 000. A diario muchas personas traen sus tapitas y al venderlas cada mes logramos obtener un promedio de \$1 200 000, aunque no es tanto como parece. La campaña de las tapas comenzó de una forma divertida. En Colombia la inició la Fundación Sanar, pero cierto día, como por arte de magia, una joven llamó a la Fundación Portela y dijo que tenía unas bolsas llenas de tapas. Preguntó si las recibíamos y cómo le decíamos que no. En esas llevamos casi cinco años y hoy en día es el único ingreso que tenemos asegurado. Poco a poco se han sumado vecinos, empresas, colegios y universidades, que nos ayudan con el sueño de una pronta recuperación de nuestros pequeños. Esto es una bendición para nosotros, porque un tratamiento de cáncer no solo son medicamentos. Muchas de las madres Portela vienen de muy lejos y la mayoría no tienen familia en la ciudad. Por ello, un plato de comida, un techo o elementos para el aseo son casi tan importantes como la medicina», explica María Fernanda.

Una lenta y suave melodía se escucha por la fundación. Diego, sentado junto a su mamá, dice:

«Muchas veces me pregunto por qué a mí. Es muy duro pasar por esto. Cuando me enteré de mi enfermedad pensé que me iba a morir, pero mire dónde voy. Uno tiene que ver esto como un amigo imaginario, invisible y así sobrevivir. No todo es malo. Aquí pude conocer al Deportivo Cali y a Faryd Mondragón, quien nos apoya mucho. Es como el guardián de la fundación. Hace unos meses nos regaló una moto carguera para recoger las tapas en colegios, droguerías y en diferentes lugares donde las reciclan para nosotros. Aquí lo queremos mucho y le celebramos su cumpleaños. Ese día estuvo todo el equipo acá y yo estaba feliz porque a uno la quimioterapia lo deprime mucho. Sueño con jugar en el Cali y estoy seguro de que algún día lo voy a lograr. A todas esas personas que nos ayudan a curarnos les digo “¡gracias!”, porque lo que hay que curar es la vida» concluye con una sonrisa.

«Reciclar una tapa es despertar una nueva esperanza de vida en un niño con cáncer. Mientras usted y yo votamos una tapa de aceite o gaseosa, un niño la está necesitando para mejorar su condición de vida e incluso salvarla», expresa su madre con una voz que se rompe por el llanto.

Diego salta de su asiento. Se pone su gorra y corre hacia unos patrulleros de la policía que acaban de llegar con cinco bolsas negras llenas de tapas.

Cada amanecer trae una buena noticia y al mismo tiempo una oportunidad de vida, y aunque el diagnóstico de los oncólogos pintan de gris los días, para Diego el sol brilla cada día más. Hoy espera con ansiedad una de las tantas visitas al doctor. Son las nueve de la mañana y Diego, entre segundos y minutos, espera que su nombre sea mencionado por la enfermera de turno. Este guerrero ha sido bendecido. Sin excusas, recibe el tratamiento por parte de la EPS y gracias a su fe lucha cada día para combatir su enfermedad y salir adelante.

«En un futuro, cuando todo esto haya pasado y esté sano, anhelo ayudar en el proceso a los niños de la fundación. Ser un testimonio de vida y lucha diaria», dice Diego con voz fuerte y optimista. Ahora tiene 15 años. No puede jugar ni correr como lo solía hacer, pero sus ojos verdes reflejan la esperanza de cumplir sus sueños.



12

*“... porque de bailar nadie
se ha muerto”*

Diego Alejandro Saavedra Ortega

¿Cómo era posible que un loco extrovertido y amante a la tecnología, fuera el responsable de hacer públicos los aeróbicos y demás bailes que antes se encontraban en un gimnasio? Amaba bailar y que idea más brillante podría surgir cuando sabía que en el pueblo había sitios en los cuales se practicaba el baile artístico, pero en ninguno se veía el baile deportivo. Fue en este momento cuando Diego empezó a actuar, pero lo que nunca imaginó era que siendo un aspirante a trabajador social, con un trabajo “un poco estable” y una vida muy ocupada, terminaría dictando clases de zumba y haciéndose muy popular en gimnasios de otros países.

Diego siempre comparaba las coreografías aprendidas en su escuela de baile Ritmos con los “ejercicios musicalizados” que hacía su entrenador de gimnasia. «Una cosa es bailar y ejercitarse, y otra muy distinta es reunir un grupo de personas para que aprendan una coreografía».

Diego sintió que dio su primer paso cuando se acercó a la alcaldía de Santander de Quilichao para que le prestaran una tarima y un espacio amplio durante el transcurso de una ciclovía, con el objetivo de hacer público lo que era el baile deportivo, algo que solo se encontraría en un gimnasio y bajo la dirección de un instructor, quien pone a bailar a la gente mientras se ejercita.

«Considero que empecé a ser reconocido por el simple hecho de que era el único instructor de zumba del pueblo al que contrataba la alcaldía para que diera clases gratis. Generalmente una clase normal en un gimnasio tiene un valor aproximado de treinta mil o cuarenta mil pesos», indica Diego.

Su fama creció cuando fue contratado por la estación de bomberos de Santander para dar clases de baile a quienes quisieran asistir. Aerorrumba, rumba fit, zumba y demás, en las que Diego había adquirido experiencia gracias a los cursos que había hecho y a los títulos obtenidos. Había estudiado muchos temas sobre el baile, pues su trabajo no consistía solamente en “bailar por bailar”. Una clase en la estación no era solo lanzar puños y patadas al aire y sin sentido, sino en coordinar los golpes que se dan con la música. Diego simplemente baila. Mueve sus caderas para un lado y para otro, salta y se agacha como si estuviera esquivando balas. Piernas y brazos van al frente con tanta fuerza que hacen que su público imagine que están librando una batalla contra un saco de boxeo. Aunque las cosas salgan bien, Diego siempre baila con temor de que alguno de sus alumnos se lesione al no hacer el movimiento adecuado por falta de práctica. Eso ya había pasado.

Diego nunca se permite estar mal a la hora de dictar una clase y lo que hace es olvidarse de sus problemas.

«Puede pasar que yo esté mal; puede que haya dado clase todo el día y me sienta cansado; puedo estar enfermo, pero bailar es lo más lindo del mundo y cuando me subo a una tarima me dejo llevar de mis emociones y me olvido de todo. Así complazco a mi gentecita. Esto se me volvió una pasión desde el día en que me di cuenta de que poniendo a bailar la gente, podía hacerlas sentir de otro modo».

El simple hecho de saber que las personas que entran al lugar con caras largas o deprimidas y salen alegres y con mucho ánimo, hace que a Diego se le suba la autoestima y se dé cuenta de que en un círculo social el que irradia energía positiva es él.

Sin embargo, saber que el negocio deja bastante dinero lo hace sentir incómodo, pues no es él el que se queda con la mayor parte del ingreso sino la estación.

«De repente me di cuenta de que tenía el trabajo en mí y de que podía sacar provecho en un 100 % de todo lo que hacía. A pesar de que la mayor parte de las decisiones que tomé en algún momento fueron a la ligera, esta vez no lo pensé dos veces para montar mi propia escuela».

El Diego que trabaja en la estación de bomberos no es el mismo que baila en la escuela de zumba Palacios Dance. El propósito era mantener el cuerpo en forma solo bailando sin necesidad de recurrir a otro tipo de ejercicios físicos, como era el caso de otros estilos que trabajaba por fuera. Lo único que unía estas dos facetas de la misma persona eran la humildad y el carisma. No bailaba de la misma manera en todas sus clases, pero sí pensaba igual. «Simplemente, quise que la gente tuviera un lugar al que podía ir por unas cuantas dosis de alegría. Sé que muchos de los que asisten a mi escuela lo hacen porque viven estresados, tienen problemas o se sienten mal, y esto les ayuda un poco», dice Diego.

En este espacio ya no combate a muerte con un saco de arena mientras se mueve de tal forma que estremece a su enemigo. Aquí lo que hace es seducir a esa pareja que tiene al frente según la música que esté sonando. Siempre debe haber coordinación con los movimientos. Así, cuando Diego quiere que la clase sea solo de zumba, los movimientos cambian, dejan de ser toscos y se tornan delicados, como si se estuviera bailando no con el cuerpo sino con el alma. Cierra los ojos y se imagina que está bailando con su mejor amiga frente a un millón de personas (la mejor pareja que dice tener).

«Siempre que bailo con mis alumnos intento darle un toque picante a la cosa como para que se diviertan. Lo único que hacen es mirarme y reírse de las cosas que hago», apunta Diego mientras se cubre la boca con una mano y ríe. Puede estar bailando normal y de un momento a otro hace un movimiento pélvico que acompaña de su habitual movimiento de cintura, esa que después de que empieza a moverse no la para ni él mismo.

A Diego solo le basta un espacio amplio para compartir con cualquier tipo de personas, sin importar la edad ni el estado físico. Solo necesita disposición por parte de su público, un equipo de sonido y las mezclas de las canciones con las que trabaja, que de hecho lo acompañan a todas partes con su iPad y una gran sonrisa que no desaparece a la hora de bailar.

Hace que bailar sea tan dinámico que cuando se da cuenta de que las cosas no están saliendo bien, repite lo que tenga que repetir hasta que se note que la mayoría de las personas hacen el paso como debe ser y así montar otro diferente. Lo que sorprende a la gente y la hace sentir identificada, es esa combinación de gimnasia, sensualidad, diversión y baile.

«No hay sensación más horrible que la de estar parado frente a tu público y ver que se empiezan a retirar simplemente porque ya aburres. En lo personal mi miedo es caer en la monotonía. La gente se aburre de lo mismo y por eso este

trabajo a veces se pone pesado. Siempre tienes que estar innovando, creando y montando pasos para al final del día obtener esos aplausos que tanto gustan y ver esos rostros tan alegres».

Cuando fue invitado a la Feria Fit en Bucaramanga, un taxi lo esperaba fuera del aeropuerto para llevarlo a donde se llevaría a cabo el evento. No habían pasado más de cinco minutos de haber abordado el carro cuando un sujeto metió la mano por la ventanilla y le arrebató su celular costosísimo y recién comprado. Fue el peor día de su vida, pero eso no impidió que se subiera a la tarima y dejara atrás el mal momento. Bailó con la alegría de siempre, sin embargo nunca se percató de que en ese mismo día gris su vida iba a cambiar súbitamente.

Desde el momento que empezó la feria los entrenadores sabían que no contarían con la presencia de Beto Pérez. Beto, el creador de la zumba, acostumbraba vestir camisas de manga corta y colores brillantes, pantalones de lycra y en ocasiones sudadera, pero ese día iba vestido como una persona normal que pasaría totalmente desapercibida. Su intención era analizar a los entrenadores de zumba que habían sido invitados y metido entre la multitud seguía las coreografías y analizaba la forma como estaban hechas.

Nadie se dio cuenta de que el famoso Beto estaba ahí hasta el momento en que se quitó la gorra y se dirigió al organizador del evento. Este lo presenta al público y Beto declara que ha sido invitado por el canal RCN para llevar a cabo unas audiciones a fin de que la zumba llegara a todos los rincones de Colombia. Beto llevó a Diego y a unos cuantos entrenadores más para Bogotá y allí empezaron a montar las coreografías, integrando cada uno una parte esencial: esos pequeños pasos característicos de cada instructor y así montar la mejor combinación de ejercicios.

Llegó el día de la presentación.

«Ese día me desperté lo más temprano posible a sabiendas de que solo era coger un taxi que nos llevara al estudio y ya. Me ponía ansioso saber que iba a aparecer en televisión haciendo lo que más me gusta hacer junto a su creador», dice Diego.

Como el muchacho pueblerino que era jamás se imaginó algo de tanta magnitud. Bailar en televisión junto al creador de la zumba era algo con lo que él no contaba. Pero su día llegó. Su corazón empezó a latir fuertemente cuando entró a aquel estudio rodeado de actores y productores famosos.

«Nos tocó meternos por un ladito sin hacer nada de ruido y organizarnos mientras las cámaras apuntaban a Jota Mario y a Laurita. Cuando dijeron que después de la pausa de comerciales venía nuestra presentación, yo no sabía si llorar o gritar de los malditos nervios, dos cosas que no podía hacer en el estudio de RCN».

Llegó el fin de la pausa de comerciales y luego de una breve introducción al tema de la zumba por parte de Beto «empezó lo bueno», Dice Diego. Todos se empezaron a mover. Parecían marionetas controladas por una misma mano. No hubo un solo movimiento imperfecto para llevar el tiempo en que se haría cada paso. Mantenían una cuenta regresiva del cuatro hacia el uno que incrementaba o disminuía su velocidad a medida que se cambiaban los pasos. En la rutina elaborada por estos jóvenes entrenadores, se combinaban desde sentadillas hasta abdominales. Aquí no era como en la academia. Se habían preparado para esto y habían memorizado la secuencia de los pasos. Aquí Diego no podía irse a los golpes con su amigo imaginario ni mucho menos bailar con su cenicienta de la manera que mejor sabía hacerlo.

Luego de la presentación el grupo siguió unido por un largo tiempo.

«Seguimos bailando y representando la zumba en varios rincones de Colombia: Cali, Tuluá, Bucaramanga y Buga».

La que más llamó la atención fue una de las presentaciones que se llevó a cabo en Bogotá en el 2015. El grupo de jóvenes entrenadores y su líder nunca imaginaron que a la hora de bailar la logística no estaba bien organizada, razón por la cual la tarima empezó a desbaratarse poco a poco. Mientras cada uno de los integrantes se encargaba de sostener un extremo, algunos de los alumnos dejaron de bailar por lo graciosos que se veían dos personas bailando (Beto y Diego) en una tarima mientras su equipo de trabajo los ayudaba a no caerse al suelo.

«En ningún momento sentí miedo sino seguridad al saber que Beto no se esforzó por bajarse de la tarima. De hecho todos se empezaron a bajar del susto y cuando se percataron de que nosotros seguíamos allí se devolvieron a sostener los tubos en los que se apoyaba la tarima al tiempo que nos gritaban: “¡bájense, bájense!” , pero Beto no escuchaba. Parecía un dios: el dios de la zumba. Cuando el baile es se le metía en la cabeza nadie se lo podía sacar. Por eso lo admiro tanto; soy su fan número uno. Ese berraco es el mejor en lo que hace y diría que tiene una mentalidad única para resistir cualquier situación frente a su público. Esa es la mentalidad y el carácter que algún día voy a tener», expresa Diego con seguridad.

Me acuerdo tanto de algunas cosas que me pasaron antes de empezar a bailar, que si les hubiera prestado atención no estaría donde estoy y no sería quien yo.

Diego solía ir a un gimnasio a hacer pesas. Un día una instructora de aeróbicos a quien llamaban doña Carmenza fue al gimnasio a dar la clase.

«Cuando vi bailando a todo ese poco de mujeres frente a ella me quedé pensando: “Nooo. Parezco güevón. Esas viejas allá sudando y yo aquí con esta pendejada. ¡Voy para allá!, me dije, y me les pegué. Mientras estaba bailando noté que todos los manes me miraban. Unos reían y los otros ahí, como murmurando. Me empecé a tocar mientras me examinaba a ver si tenía rotos en el pantalón. De seguro era de eso de lo que se reían, pero no encontré nada». Luego da una mirada a su alrededor para ver el grupo que lo rodeaba y descubre que en él había un gay. Inmediatamente supuso que los del gimnasio se reían de él, pero justo en el momento en que Diego sale del gimnasio escucha una conversación:

—¿Para qué mierda habrán puesto eso de aeróbicos acá, en el gimnasio, si eso es para niñas? —pregunta uno de ellos.

—¡No creás! Acordate que hoy había dos mariquitas ahí bailando con ellas —responde el otro.

Subió al carro y se marchó. Le avergonzaba mucho que la gente lo llegase a considerar gay por el simple hecho de bailar. Llegó a casa y se encontró con su tío. Diego no pensó en otra cosa más que en abordarlo y preguntarle una sola cosa de la que hace mucho tenía la respuesta:

—Tío, ¿tú crees que hacer aeróbicos es solo para mujeres? —le pregunta.

—Pues, claro, mijo —responde su tío y añade—: O es que acaso ellas pueden levantar pesas de ochenta o noventa kilos como lo haces tú?

—Perdoname por lo que te voy a decir, tío, pero yo amo bailar y me parece injusto que las personas piensen eso —dice Diego cariacontecido.

—Papi —le increpa el tío—, dígame una cosa: ¿usted cree que se va a ganar la vida bailando? Piense, mijo. Póngase a estudiar ísea un profesional, homeee!, que usted puede. Lo único que la familia quiere es que usted sea todo un profesional y eche pa'lante. No se agarre a decirme bobadas. Si le dan ganas de bailar mejor espere el fin de semana y váyase para un bailadero.

«Cada vez que vivo una cosa nueva vienen a mi memoria los recuerdos de mi madre y de mis tíos, recuerdos buenos y malos. Yo también solía pedirle consejos a mi madre, pues escuchar a “mi viejita” era lo que más fuerza me daba. Siento que a ella se lo debo todo. No hay más que decir», expresa Diego.

Diego lleva consigo una nota de voz que grabó su madre cuando él estaba pasando por un mal momento. Cada vez que la escucha su sonrisa se expande en su pequeño rostro y le da paso a un riachuelo que nace en sus ojos y desemboca en su mentón.

La nota dice:

“Muchos dejan sus sueños y sus metas porque creen que son inalcanzables, mijo. Así como usted se encarga de ponerse sus metas, así mismo tiene que conseguir las, mi amor, y más si lo hace con pasión. Arriéguese a todo lo que se le venga encima pero no retroceda, que aquí siempre voy a estar. Si quiere ser trabajador social ¡hágalo!; si quiere ser bailarín ¡pues también! Es su futuro, mi amor. ¡Baile, Dieguito! porque sé que de bailar nadie se ha muerto y a ti nadie te derrumbará porque siempre darás lo mejor y porque simplemente tu felicidad es la mía”.



13

*Hasta el día en que
me muera.*

Laura Sofía Morales Duque

«La noche del 8 de diciembre del 2002, el teléfono de la casa no dejaba de sonar y aun con mis ojos cansados, decidí levantarme y contestar. “Su hermana tuvo un accidente automovilístico”, dijo una señora en un tono muy serio. En ese momento me aturdí, no podía entender bien qué era lo que estaba pasando. Asustada, desperté a mi hermana y le dije que habían llamado de la clínica y que al parecer Mariela se encontraba allí. No dieron más explicaciones».

«Mínimo se quebró una pierna o un brazo. No ha de ser algo importante», pensó. Se bañó, se vistió con algo ligero y se dirigió hacia la clínica pero antes Tatiana dijo: «No le avisen a mi madre todavía, hasta no saber qué pasó».

No había pasado más de media hora cuando volvió a recibir otra llamada. Su hermana no podía ni hablar. «Mariela está muy mal, tiene la cara totalmente desfigurada y la mitad del cráneo astillado. Está en estado de coma y tiene tubos por todos lados. Parece un monstruo. Le dieron dos horas de vida» dice Tatiana llorando. Paola, desesperada casi a punto de perder el control, sabía que tenía que contener sus lágrimas y ser fuerte para que su madre no se diera cuenta. Quería evitarle ese dolor. De inmediato llamó a toda la familia para que se reunieran en su casa y le ayudaran a decirle a su madre por lo que ella había

entrado es un estado de pánico y no tenía la noción de lo que estaba pasando y evidentemente, no quiso ser ella quien le diera la noticia.

Habían pasado dos años y medio después de que Mariela se accidentara y no mostraba síntomas de mejoría. Su rutina diaria era permanecer como si estuviera en un sueño profundo mientras que muchas personas la acompañaban esperando el gran momento en que por fin abriera sus ojos y saliera a vivir la vida como antes, o por lo menos eso le pedían a Dios: que despertara. Sus hermanas se le acercaban, la consentían, le daban ánimos para que se aferrara a la vida y volviera a hacer esa mujer que era antes. «Mi hermana era de esas mujeres que brillaba por sí sola, caminaba y dejaba a todo el mundo boquiabierto, tenía un cuerpo de diosa y todo el tiempo parecía que llevara un lucero en sus ojos», dice Paola.

Mientras estaba postrada en la cama, una de las enfermeras empezó a notar algo extraño en su cabeza. Estaba cambiando de tamaño notoriamente. «¡Una ambulancia, una ambulancia! ¡Algo le pasa a la señora Mariella!», gritaba la enfermera desesperada.

«Sentí que la perdíamos otra vez y ver cómo se va la persona que más amas, es algo doloroso, es como si te arrancaran el corazón y lo rompieran a martillazos, golpe tras golpe. Ya nos habíamos aferrado nuevamente a una esperanza y no queríamos renunciar a ella y aunque sabíamos que estaba más muerta que viva, la queríamos con nosotros y la queríamos viva. Puede que suene algo egoísta, pero no la queríamos dejar ir. Todos nos pusimos como locos. La ambulancia llegó en segundos y nos dirigimos rápidamente a la clínica. Allí le diagnosticaron hidrocefalia y de inmediato la sometieron a cirugía para implantarle una válvula de Hakim y así drenar el líquido acumulado en el cerebro. Pasaron unos veinte días aproximadamente luego de la cirugía y todos seguíamos angustiados por ella. Una mañana mi hermana Paola nos llama: «¡Vengan todos, rápido!» Fuimos a ver qué era lo que estaba pasando y comprobamos que por fin mi hermanita tenía los ojos abiertos. Miraba toda la habitación desconcertada pero sin mover una sola parte de su cuerpo. Nos pusimos muy felices, pero cuando que dimos cuenta de que no nos reconocía, fue como recibir una puñalada en el corazón nuevamente. Pero por lo menos había esperanza. Que mi hermanita saliera del coma era un gran paso para su recuperación».

Pasó de ser una mujer independiente a depender de todas las personas a su alrededor. Su vida se redujo a lo que pudieran hacer por ella. Pero hoy en día no deja de ser una guerrera. Los médicos no le dieron esperanza a su familia, pues siempre le decían que iba a estar reducida a una cama, que no iba a poder salir

del estado del coma y muchas veces le pronosticaron su muerte. Aun así ella seguía dando sorpresas. Poco a poco, todo lo que dijeron que no iba a lograr, lo ha alcanzado con muchas dificultades y con ayuda de su familia. Pasó por innumerables cirujías y así como muchas personas la acompañaron en su proceso, otras, sin pensarlo dos veces, le dieron la espalda.

«Ese 8 de diciembre que recordamos con tanto dolor a las 6:10 de la mañana en la Calle 10 con Carrera 15, un bus de Trans Ermita se voló el semáforo cuando mi hermana iba pasando la calle en su carro. De inmediato se la llevó por delante. Perdió el control y empezó a girar como si fuera un trompo. El impacto con el otro vehículo fue tan fuerte que la tiró hacia el lado del poste donde se fracturó el cráneo al golpearse fuertemente contra el lado de la ventana y el parabrisas. Paola, que se encontraba al otro lado de la sala, dice: «Una de las cosas que más nos duele es que hacía tres días le había hecho quitar la bolsa de aire al timón con la excusa de que se sentía más cómoda manejando sin él».

Tal vez si no la hubiera quitado en este momento estaría bien. Todos los portadores que se encontraban en ese lugar se le abalanzaron de inmediato y le robaron todas sus pertenencias, así como lo poco que había quedado del carro. A los pocos minutos pasó un vehículo conducido por un hombre acompañado de su esposa. Se detuvo y al verla en el estado en que se encontraba la sacó del carro como pudo, la montó en el suyo y se dirigió con ella a la Clínica Imbanaco.

El fisioterapeuta llega, como de costumbre, todos los días a la misma hora para empezar la rutina diaria de ejercicios. Mariela se pone feliz y en su rostro se dibuja una enorme sonrisa. La acuesta en la cama y empieza con un breve estiramiento de sus piernas. Luego toma una de ellas y la deja arriba uno o dos minutos y hace lo mismo con la otra. Mariela hace un gesto de dolor. Este estiramiento dura una media hora y por momentos se escuchan gritos muy fuertes. Cuando terminan esta sesión pasan a otra. Asegura su silla de ruedas y se pone de pie mientras que Andrés, el fisioterapeuta, la sostiene por la cintura para que se apoye con el brazo izquierdo en el bastón, ya que el lado derecho de su cuerpo está totalmente paralizado. Sus pasos son cortos y lentos. Se esfuerza por arrastrar su pierna y avanzar encorvada y doblada, pero con el paso del tiempo la dificultad ha disminuido mucho. Con la silla situada en un extremo del salón, debe atravesar el pasillo. Descansa en la esquina y con ayuda cuenta hasta treinta, pues ha olvidado cómo se hace.

Hay días en que se levanta de mal genio. Se la pasa con el ceño fruncido y no le gusta que se le dirija la palabra. Si algo no le gusta, con el pie izquierdo levanta la pierna derecha y con una sola mano impulsa la silla de ruedas y sale a la carrera. Doña Josefa, su madre, va tras ella y le pone seguro a la puerta.

Tatiana sigue recordando ese amargo diciembre.

«Al llegar a la clínica el médico de urgencias no le dio más de tres horas de vida. De inmediato llamé a toda mi familia para que nos despidiéramos de ella. Estábamos todos junto a su cama viendo cómo mi hermana luchaba por su vida conectada a innumerables aparatos. Dejaron entrar a mi sobrina de siete años para que se despidiera de su mamá. Le dijimos que ella se iba a descansar al cielo y no la volvería a ver, pero siempre estaría en su corazón. La niña perdió el control, subió a la cama y gritaba: “¡Mamá, por favor no te vayas, no me dejes solita! ¡Tú eres mi vida, yo te amo mucho, no quiero vivir sin ti, por favor quédate!”. Tuvimos que retirarla de la sala, pues los aparatos a los que estaba conectada mi hermana empezaron a sonar sin control. Entraron unos médicos corriendo y se la llevaron para cuidados intensivos.

«La niña estaba incontrolable pero gracias a ella mi hermana volvió a la vida. Ella la motivó para seguir adelante, aunque su estado seguía sin mejorar. Al menos los médicos ya no nos decían la hora en que se iba a morir. Mientras se encontraba en cuidados intensivos le dieron dos neumonías agudas que pusieron su vida en riesgo. Todo el tiempo presentaba cuadros febriles altos que noa aumentaban la angustia. Fueron 28 días que no dormíamos ni comíamos, esperando que el médico saliera por la puerta y dijera: “ya despertó”. Pero eso no sucedía. Por fin, el 31 de diciembre la pasaron a una habitación separada. Aún seguía en estado de coma profundo. Nos llevamos todos los niños para la clínica y en el pasillo pasamos el año nuevo. No queríamos dejarla sola».

«Estar con ella es como compartir con una niña de ocho años. Es caprichosa y le gusta jugar con muñecas. Tiene su cama llena de peluches con los que duerme todas las noches. Se enoja fácilmente si algo no le gusta, pero en especial cuando se acerca diciembre entra en un estado de depresión profundo y parece que se acordara que ese fue el mes que le cambió la vida».

«El 28 de octubre del 2016 nos encontrábamos en la sala charlando como de costumbre. Doña Josefa le pidió el favor a uno de sus sobrinos que le ayudara a pasar a Mariela al patio para bañarla. Sin embargo, como todos se encontraban ocupados nadie le ayudó y decidió hacerlo sola, pues llevaba dos días sin asearse y estaba desesperada. A ella no le gusta verse sucia ni con las uñas desarregladas.

Pasaron unos minutos y de repente oímos un grito. Salimos corriendo hacia donde provenía, pues era lógico que algo malo había pasado. Cuando llegamos Mariela y doña Josefa yacían en el piso con la cabeza debajo del lavadero. De momento no supimos qué hacer y todos y llorábamos y gritábamos. Cuando recuperamos algo de calma las ayudamos a levantarse y trasladamos a Mariela al hospital».

«Para que mi hija volviera a moverse después de que despertó del coma pasó mucho tiempo, aproximadamente dos años –decía doña Josefa–. Todo ese tiempo estuvo sometida a múltiples terapias para que recuperara la motricidad, fuera de las innumerables cirugías que le hicieron. Sus músculos están atrofiados totalmente y sus brazos y piernas se doblaban hacia los lados. Para mí fue lo más doloroso que me pudo pasar en la vida. Mi mundo entero se redujo solo a ella. Ahora solo vivo para que esté bien y no le falte nada. Cuando despertó a la única persona que reconoció fue a su hijita. Parece que lo único que no olvidó es que había dejado una niña de siete años a la que la amaba. Tocó enseñarle todo desde cero. Presentarle de nuevo a sus hermanos y sobrinos. Todos en la familia la acompañamos en el proceso de aprender a sumar, restar, hacer dibujos y leer algunas palabras e incluso volver a dar sus primeros pasos. Era como si hubiera vuelto a nacer. Dios le dio una nueva oportunidad de vida y estoy muy agradecida con Él. Por eso, porque no me la arrebató de mis brazos y voy a luchar con ella hasta el día en que me muera».

A black and white photograph of a person walking away from the camera on a paved path. The person is wearing a dark long-sleeved shirt, dark pants, and sneakers. They have a large backpack on their back. The path is bordered by grass on the left and a white line on the right. The overall tone is somber and contemplative.

14

Historia de un fisicoculturista

Shadaris Usechi Martínez

Eran las seis de la tarde de un domingo. Jheison acaba de salir de un entreno de cinco horas y espera con ansias en un asadero de pollo su sexta comida del día. Levanta el brazo, agita la mano y le solicita a la mesera «Un pollo asado entero y una ensalada sin sal, ni vinagreta, por favor». Para beber no pide nada, pues saca su propia botella de agua.

Una vez tiene el plato enfrente, extrae los cubiertos del empaque y empieza a retirar la piel que cubre el pollo. Se levanta y en el lavamanos del baño lava su “gran presa” con agua. La seca con papel de cocina traído de su casa, regresa a la mesa y empieza a disfrutar de su cena tranquilamente.

«Desde pequeño me encantó tener un cuerpo atlético y ser apto para cualquier disciplina deportiva. Siempre me han gustado los comics, en especial los superhéroes de Marvel. Veía El hombre increíble, la serie de Hulk en ese tiempo. Me miraba al espejo y me decía: “Quiero tener esos músculos”», señala Jheison, al tiempo que exhibe su cuerpo para que quede claro hasta dónde ha llegado. «También veía películas de Jean Claude Van Damme —continúa diciendo—, Arnold Schwarzenegger y Sylvester Stallone. Eran mis referentes y quería estar así, pero según mis condiciones».

Durante su infancia Jheison se mostró muy inquieto por los deportes, en especial por las artes marciales y los deportes de contacto. Solo hasta sus 23 años decide ingresar al gimnasio luego de una conversación con un amigo quien le sugirió que con un entrenamiento fuerte y con su contextura física, lograría obtener el cuerpo que siempre había deseado.

Setenta y cinco kilos era su peso en un principio y a los seis meses de entreno continuo aumentó a los noventa. Su metabolismo era rápido y había logrado en muy poco tiempo aumentar en gran medida su tono muscular. Decide, entonces, incursionar en el mundo del fisicoculturismo. Corría el año de 1998.

Su primera competencia fue en 1999 en Estrellas del futuro en el Coliseo del Pueblo un sábado en la noche. Al fondo de la tarima se encontraba Jheison y su físico reflejaba la intensa preparación de las últimas semanas. El porcentaje de grasa en su cuerpo era mínimo, lo que hacía posible que se marcaran cada uno de sus músculos. Parecía una escultura de bronce al estar su cuerpo completamente cubierto por una pintura matizada y cubierto solo de una tanga negra. Sus movimientos denotaban ansiedad, lo que hacía que, compulsivamente, se mirara al espejo y repasara cada pose. Mientras llaman a los demás competidores Jheison se alista. La tensión aumenta a medida que su salida a escena se aproxima. Se ejercita un poco para que sus músculos se hinchen cuando de repente escucha su nombre. Sube a la tarima con pasos temblorosos, pero los aplausos del público le dan seguridad.

Da comienzo a su exhibición presentando cada movimiento de frente, de espalda y de lado. El jurado da un gesto de aprobación. En las graderías se encontraban sus padres, su hermana y sus sobrinos, quienes lo vitoreaban con emoción. Terminada la noche se anuncia el ganador en su categoría y el nombre de Jheison se oye en toda la estancia. Es el comienzo de una carrera promisoriosa.

Para este su primer triunfo no necesitó de la aprobación de su familia o de sus amistades. Siempre fue un hombre muy independiente, algo que heredó de su madre. Desde la adolescencia se las ingeniaba vendiendo ropa, maletines, zapatos o lo que fuera, para pagarse lo que demandaba su carrera y aportar en la casa.

Una camiseta negra ceñida al cuerpo que muestra su gran musculatura, un pantalón militar y unas botas negras complementan su estilo. Es una manera de que se fijen en él, pues no le gusta pasar inadvertido. Carga siempre un termo de 1,2 litros de agua y un morral gigante. «Mi vida es completamente normal. Lo único distinto que hago es buscar comida que le proporcione calidad a mi cuerpo», dice Jheison. Mira su reloj y sin importar el lugar ni el momento abre

su maleta. En su interior se observan diferentes recipientes con la comida del día, organizados por colores y tamaños, así como productos a base de proteínas, aminoácidos, vitaminas y quemadores de grasa. Igualmente, porta diferentes mudas de ropa. Destapa uno de los recipientes y empieza a consumir lo que hay en su interior, lo cual hace a una hora precisa pues es muy estricto con sus horarios. Cada tres horas solo proteína para cuidar el músculo.

Cuida a tal punto su cuerpo que para él no es un sacrificio dejar de lado la comida chatarra y los dulces. «Desde niño siempre he sido loco por el deporte y lo que me he propuesto lograr con mi cuerpo lo he logrado; eso sí, con la ayuda de Dios», comenta mientras se lleva una porción de pollo a la boca.

Un día normal para Jheison es levantarse a las cuatro de la mañana, tomar un batido de proteína, avena cruda en hojuelas y fruta. Posteriormente se dirige al gimnasio donde combina su vida deportiva con la laboral, pues es instructor personalizado de un gimnasio prestigioso de la ciudad. Practica cincuenta minutos de cardio y al terminar consume un desayuno que consta de tres a cuatro claras de huevo cocido y uno entero, todo acompañado de arepa delgada sin sal y café negro sin azúcar. A media mañana consume una lata de atún con arroz o pasta y al almuerzo una buena porción de proteína –preferiblemente pollo o pescado– una harina y ensalada o verduras. A la hora de la merienda come solo una porción de pescado. En la noche practica tres horas de pesas y cena repitiendo el menú del almuerzo con una proteína y ensalada. Regresa a su casa alrededor de las diez de la noche y antes de dormir se toma otro batido. Esta rutina la repite de lunes a sábado y los domingos solo hasta las dos de la tarde. Pasa la mayor parte de su vida en un gimnasio.

El estruendo de los discos de acero estrellándose entre sí, voces que resuenan, música electrónica de fondo, olores que se mezclan, cuerpos sudorosos y una obsesión que flota en el aire por ser el mejor, es el ambiente que vive Jheison, que, como siempre, sobresale por entre los demás. Un ceñido traje azul con un gran escudo de Superman en el pecho resalta sus músculos y casi se pudiera decir le da un poder sobrehumano. Se sienta en una enorme máquina con el tope al máximo de discos y no siendo suficiente, un compañero se tiende sobre ella para darle más peso.

Se prepara. Acomoda sus piernas, quita los seguros, respira profundo, flexiona las piernas llevándolas al pecho, sus músculos completamente tensionados y su rostro bañado en sudor. “¡I am a grand boy!” , grita para animarse, lo que le proporciona fuerza adicional cada vez que levanta peso. Y así doce repeticiones,

tres veces más. Esto es solo una muestra de los entrenamientos de Jheison día a día con su cuerpo llevado al límite.

Es un estilo de vida que requiere mucha disciplina; sin embargo, para Jheison es relativamente fácil someterse a ella quizá gracias a la educación militar que recibió desde niño. De todas maneras es una actividad poco comprendida. Las personas alejadas del mundo *fitness* suelen burlarse de él y tratan de hacerlo caer en tentaciones. No entienden cómo un hombre de su edad y atractivo, puede estar lejos de la vida nocturna, el licor, los cigarrillos y la comida chatarra. «Eso no quiere decir que yo sea aburrido y que no vaya de fiesta o a un cine. Soy muy sociable y me gusta divertirme. Me encanta bailar, pero todo esto lo adapto a mi régimen. Cero licor, comida sana y si trasnocho solo lo hago una vez al mes. De vez en cuando puedo cometer un pecado en la comida, pero solo si no estoy en competencia», comenta Jheison en medio de la risa de quienes lo acompañan.

Hoy Jheison es un hombre de 42 años con más de cien competiciones nacionales e internacionales en Brasil y Estados Unidos. Tantas de estas ganadas que ha perdido la cuenta. Aún no se ha casado, no tiene hijos y vive con sus padres.

«Para mí es muy importante la familia. Por ello, precisamente, decidí aplazar el matrimonio, pues desde que era joven tuve que asumir la carga económica de mi casa. El aporte de mis padres no era suficiente y con una hermana madre soltera de tres niños pequeños, que no trabajaba y no tenía ayuda del padre de sus hijos, no había sueldo que alcanzara».

En la actualidad Jheison ha alcanzado muchas de sus metas. A nivel profesional ostenta varios títulos en formación deportiva y económicamente tiene casa, vehículo y estabilidad financiera. En lo concerniente a su parte personal ha cumplido el sueño de ocupar el primer lugar en su categoría dentro del fisicoculturismo, pero a nivel sentimental aún se siente incompleto, pues sigue esperando encontrar a la persona indicada que lo apoye incondicionalmente para formar un hogar.

No por ser fuerte y de gran musculatura le atraen las mujeres que practican fisicoculturismo. Por el contrario, gusta de la mujer fina y delicada que conserva su figura femenina. Y así lo niegue le gustan las mujeres jóvenes, pues sus últimas parejas no superan los 30 años. Dentro de sus opciones están las mujeres disciplinadas que cuidan su cuerpo y sobre todo que lo apoyen en su vida profesional.

«En este gremio es muy difícil encontrar una pareja estable. Muchas han pasado por mi vida, pero ninguna realmente importante. No sé por qué he dado con

la suerte de conseguir mujeres celosas, inseguras, llenas de complejos con su físico y pensando que les soy infiel con cuanta mujer pase a mi lado. Además, no comprenden que soy una persona popular que no pasa inadvertida. Todas las miradas se posan en mí; es algo que siempre me ha pasado pero ellas no lo comprenden».

Era una tarde cuando Jheison y su actual pareja llegaron al gimnasio donde ella entrena, un lugar pequeño y rudimentario ubicado en un barrio popular. Él se había ofrecido para ayudarla en su rutina y así mejorar su físico, nada parecido a lo que Jheison acostumbra. Ese día decidió vestir una chaqueta y una pantaloneta holgadas, ideal para su rutina. Entra y como siempre se siente un gigante, a pesar de que solo mide un metro setenta. Saluda a todo el mundo con una gran sonrisa como si los conociera de siempre, lo cual llama la atención de las personas que no cesan de mirarlo.

La música lo incita a moverse. Se acerca al área de cardio, toma un lazo y empieza a saltar. Lo hace con un estilo tal y al compás de la música que los demás enloquecen. La gente se acerca, en especial las mujeres, quienes lo animan con sus palmas. Él, como siempre, robándose el espectáculo. Desde lejos lo observa su pareja, nada contenta con la escena. No le gustaba cómo lo observaban las mujeres y menos darse cuenta de que a él eso le encantaba.

«Si ellas me conocieran realmente sabrían que soy una persona íntegra y que cuido mi reputación. Respeto siempre a la persona que está a mi lado, soy fiel y me considero muy conservador», dice Jheison muy seguro de sí.

Detrás de tanto músculo hay otra faceta que pocos conocen. Desde muy joven pertenece a una iglesia cristiana y se ha convertido en referente para muchos jóvenes, además de modelo y un ejemplo a seguir. Para la Iglesia Jheison es en uno de los hijos preferidos, por lo cual el pastor se ha puesto a la tarea de buscarle una buena mujer. Su pareja actual le fue presentada justamente por él.

Jheison es un hombre meticuloso en sus finanzas. No hace gastos innecesarios, lo que hace que muchas veces pasa por tacaño. Pero es muy diferente en la Iglesia. Cumplidamente entrega su diezmo, o sea, el diez por ciento de todos los ingresos generados en el mes. Igual sucede con su tiempo. A pesar de su apretada agenda, sagradamente saca tiempo para ir al culto los sábados y domingos.

Se siente un hombre bendecido y cuando le llegan buenas noticias, se arrodilla, se persigna y finalmente levanta los brazos al cielo y da gracias al Señor, sin importarle el lugar donde se encuentre.

En un pequeño cuarto del gimnasio Jheison se encuentra con una de sus alumnas. Le pide que se retire la blusa y baje un poco la licra, quedando en un top y dejando al descubierto su abdomen. Se acerca a ella, la mira fijamente, la toma por la cintura y la rodea con una cinta métrica. Se dispone a tomar sus medidas y las apunta en un pequeño cuaderno. Esto lo hace a fin de evaluar su progreso, un ritual que lleva a cabo mes a mes con cada una de sus alumnas.

En la cafetería del gimnasio se encuentra Diana, una de sus más antiguas alumnas. Lleva a sus labios un recipiente de cristal con un batido, bebe un sorbo y expresa: «Confío plenamente en él. Es todo un profesional. Me entrena hace tres años y los cambios en mi cuerpo son notorios. He bajado de peso y tonificado mis músculos, pero sobre todo me recuperé de una lesión en una de mis rodillas que estaba afectando la movilidad. Jheison es un hombre muy respetuoso y para mí eso es importante. Hay situaciones de contacto físico que no se pueden evitar, como los estiramientos y la toma de medidas y en momentos como esos se pueden aprovechar de uno».

Es la mañana de un lunes en el gimnasio. Desde una ventana se alcanza a ver Jheison con una de sus alumnas en el área de pesas. Lleva puesto el uniforme que lo identifica como instructor y trae en sus manos un pequeño frasco de alcohol y un pañuelo con los que limpia una de las máquinas. Extiende una toalla sobre ella y le indica a su alumna que se siente. Acomoda las pesas, le explica el ejercicio detalladamente, corrige su postura y le pregunta si se siente bien. Mientras practica el ejercicio, Jheison la acompaña con aplausos y voces de aliento: “¡Vamos, Diana! ¡No pares! ¡Tú puedes! ¡Ya falta poco!”. El cronómetro marca cero y la alumna descansa. Jheison le pasa su termo con agua para que se hidrate y pasado un minuto exacto programa nuevamente su cronómetro y grita: “¡Vamos! ¡Otra vez!”.

Como profesor, a la hora de entrenar a sus alumnos es exigente y estricto. Además de llevar un control mensual en las medidas corporales, les entrega una lista con los alimentos que le proporcionarán calidad al cuerpo y para motivarlas nunca olvida enviarles un mensaje animoso cada mañana que las impulsa a no faltar a sus entrenos.

Son la 1:45 de la tarde. Al fondo del gimnasio se encuentra Jheison muy cansado, pues lleva diez horas despierto. Desea una siesta y sus ojos se cierran, pero sabe que en cualquier momento llegará su alumno. Toma un café negro sin azúcar para recuperar energías cuando de repente siente un golpecito en su hombro. Es su alumno y Jheison lo recibe con una sonrisa y un apretón de manos. Luego

se dirigen al área de cardio y allí le programa una rutina de veinte minutos en la caminadora. Lo acompaña mientras le pregunta sobre su alimentación durante el fin de semana. Su alumno le responde con una sonrisa y le confiesa que estuvo de fiesta. Jheison guarda silencio unos minutos, como pensando lo que va a decir y alzando el tono de voz responde «Mi hermano, yo soy todo un profesional. Te puedo entrenar con las mejores rutinas y asesorarte en la alimentación, pero solo te doy el 20 % y tú debes de poner el restante 80 % cuidando tu boca. Así no estamos haciendo nada. No pierdas más tu dinero. Yo cuido mi reputación y mis alumnos son mi imagen. Bueno, ¿te vas a cuidar?». En silencio el alumno asienta con la cabeza y se dan la mano en señal de compromiso.

A black and white photograph of a person walking away from the camera on a paved path. The person is wearing a dark jacket, dark pants, and sneakers, and has a backpack on their back. The path is bordered by grass on the left and a white line on the right. The overall mood is contemplative and solitary.

15

Sepultar es el oficio

Viviana Andrea Betancourt Betancourt

Don Jorge tenía a uno de sus hijos hospitalizado en una clínica oftalmológica de Cali, pues desde que nació los médicos se dieron cuenta de que tenía los conductos lagrimales tapados. Cuando le comunicaron el duro diagnóstico a él y a su mujer fue preocupante, ya que no contaban con ningún trabajo o con alguna entrada económica para costear el caro tratamiento. Cierta día, don Jorge estaba en la clínica esperando a su mujer para que cuidara al niño y él irse a resolver en qué iba a trabajar. Pero ese día estaba de suerte. Salió de la clínica a tomar el bus y mientras lo esperaba pasó en un carro el administrador de la iglesia donde un tiempo atrás había trabajado como albañil. Se detuvo y sin bajarse del carro le dijo:

—Don Jorge, por ahí van a necesitar un trabajador. ¿Se le mide?

“Eso fue como si el administrador supiera lo que en ese momento había salido yo a buscar —pensó don Jorge—. Era un joven como de 34 años, pero la cosa era que nunca me dijo en qué consistiría el trabajo, solo que necesitaban un trabajador y como mi situación era apremiante acepté.

—Sí, hágale —le dije.

—Espéreme termino de cuadrar con el padre y lo llamo—. Posiblemente mañana.

«Al día siguiente el administrador me llamó temprano para que fuera hablar con el padre. Me alisté y me fui para la iglesia. Al llegar, me hizo seguir a su despacho y luego de tomar asiento me pregunta:

—Don Jorge, ¿usted quiere trabajar acá?

—Claro, padre. ¿Sí me va dar el trabajo? —le preguntó con ansia.

—Estamos hablando de eso —respondió.

Lo miré con algo de resignación y luego bajé la mirada».

Como don Jorge sabía de construcción, el padre lo mandó junto con un maestro de obra para una finca, como para no dejarlo sin hacer nada. Estaban subiendo unas paredes y a eso de la 1:00 p. m. llegó el padre y le dijo que se presentara en el despacho cuando terminara.

«Lo recuerdo perfectamente porque ese día era el 31 diciembre del 2000. Me dijo que entraría a trabajar el 3 de enero, pero yo todavía no sabía de qué se trataba».

El día 3 de enero del 2001 llegó temprano a la iglesia y el padre lo llevó al lugar donde iba a trabajar. Cuando llegaron se dio cuenta de que era el cementerio. «Me asombré mucho. Imaginaba cualquier cosa, menos que iba a terminar trabajando como sepulturero».

Entonces el padre habló:

—Aquí los sepultureros no duraban porque son muy irresponsables y la gente se quejaba. Con usted ya son cuatro los que han venido. Bueno, don Jorge, el cementerio es suyo. La prueba son dos meses, si la pasa lo dejo; si no chao.

—Bueno, padre. No hay problema —responde don Jorge.

«La única experiencia que tenía con este trabajo fue una vez que en compañía de un amigo me tocó desenterrar un muerto. Eso sucedió muy lejos de aquí, de Jamundí, y no recuerdo muy bien el nombre del lugar. Lo que sí recuerdo es que caminamos como dos horas para llegar a donde nos habían dicho que estaba el difunto».

Cuando llegaron un señor los estaba esperando, pero estaban tan cansados que no eran capaces de empezar a echar pala. Descansaron un rato y después de media hora comenzaron el trabajo bajo tremendo sol.

«Improvisamos unos tapabocas con las camisetas porque el olor era muy fuerte. El señor que nos había esperado no nos dijo con precisión dónde estaba sepultado el cadáver, pero el olor era tan fuerte que no fue difícil dar con él. A lo lejos, cerca de un árbol que ni sombra daba, el sol hacía que el olor fuera más fuerte. Cuando nos acercamos nos dieron ganas de vomitar y como pudimos sacamos toda la tierra. Finalmente, dimos con el cuerpo de un hombre más bien joven, de unos 25 años. Por la forma como lo mataron deduje que no andaba en nada bueno. Casi no se le distinguía el rostro, pero lo que sí se podía ver era la forma terrible como lo habían matado. Mi amigo, muy asustado, me dijo:

—No, Jorge. Este asunto es para gente berraca. Yo para esto no sirvo.

«Claro que yo también me asusté al ver eso, pero qué más podía hacer. Nos tocaba terminar de sacarlo y averiguar cómo lo íbamos a trasladar al cementerio».

Al día siguiente de que el padre lo contratara, no pudo ir al hospital a recibirle el turno a su mujer porque tenía órdenes del padre de ir al cementerio para hablar con el otro sepulturero para que le explicará sus funciones. Llamó a su mujer para comunicarle el asunto pero esta se disgustó.

«Esa mujer es muy brava, pero necesitábamos el trabajo para pagar el tratamiento del niño. ¿Qué otro camino quedaba? Además era el primer día de trabajo y no podía quedarle mal al sepulturero ni mucho menos al padre que me había dado el trabajo».

Había quedado de ir al cementerio a las 7:00 a. m. «Yo no sé cómo hizo mi mujer. El caso fue que ese día le había tocado quedarse todo el día en la clínica mientras a mi medio me explicaban lo que tenía que hacer. Digo “medio me explicaban”, porque según el sepulturero iba a estar conmigo quince días».

Cuando llegó le mostraron lo que tenía que hacer y dónde estaba todo. «Casi no entendía nada, pero pensaba que con la práctica y con el tiempo iba a aprender».

Ese día salió más temprano. Había llamado al padre para comentarle la situación de su hijo y en cuanto salió de su casa partió en la moto para Cali a recibirle el turno a su esposa.

«Me tocó decirle que no se demorara mucho y regresara, porque yo debía estar en el cementerio temprano. Ella, por supuesto, se enojó mucho, pero no podía hacer nada. Le dije que consiguiera quién le ayudara con el niño mientras le daban de alta. Así fue como le pude pagar el tratamiento a mi muchacho».

Pasaron quince días. Estaba solo don Jorge como sepulturero y para ese entonces hubo una masacre en Jamundí.

«No recuerdo en qué parte fue, pero lo que sí sé muy bien es que esos días fueron los peores y casi renunció. La policía trajo todos esos muertos para acá y lo peor era que no estaban identificados. Eran puros NN. Los bajaron del carro como bultos y los dejaron a la entrada. Eran como diez. ¿Qué me tocó hacer? Pues coger un lazo, amarrarlos de la cintura, arrastrarlos uno por uno, meterlos en una bolsa plástica y esperar hasta que algún familiar viniera a reconocer el cadáver. Lo peor era que uno no sabía qué hacer, si sacarlos, sepultarlos en la fosa común o dejarlos afuera».

En esas se la pasó quince días. Recuerda que cuando salía de trabajar a eso de las cinco de la tarde llegaba a la casa y casi no podía comer por el asco que le daba y menos dormir, pues cada vez que cerraba los ojos venían a su mente las imágenes de los muertos y de sus familiares llorando por sus seres queridos.

Eso fue muy duro para mí, hasta el punto de que me tocó hablar con el padre. Le conté de la situación y hasta ahora no sé si el padre ha hecho algo, pero de lo que sí estoy seguro es que al cementerio no volvieron a traer NN».

Con el tiempo se fue acostumbrando a todo. Llega a su casa, come normal y sin asco y duerme tranquilo. Ya nada le afecta como al principio, con esa experiencia tan fuerte que vivió.

«El caso es que la vida de un sepulturero es igual a la de un trabajador común y corriente», comenta don Jorge. Llega al cementerio a eso de las siete de la mañana y hace la ronda diaria, que consiste en recorrer el lugar rincón por rincón y pabellón por pabellón. Asegurándose así que todo esté bien, que no hayan sacado nada de las sepulturas o colocado algún objeto raro.

Don Jorge, un tipo macizo, de mirada recia, ojos negros y piel morena tostada por el sol, se pone su uniforme, calza sus botas y acomoda su gorra sobre su cabeza. Luego, abre el cementerio al público a las 7:30 a. m. cuando no hay entierros y se dispone a organizar las tumbas, cambiarles el agua a las flores, botar las que están secas y mirar qué tumbas hay por retocar. A eso se dedica diariamente cuando no tiene que hacer un entierro.

Cuando va a enterrar un muerto lo sabe con tiempo. En la funeraria le avisan para que mire dónde va a cavar el hueco o la bóveda donde lo va a meter, si es del caso. Por lo general, hay huecos vacíos dejados por aquellos que van sacan-

do y si se trata de una bóveda debe mirar cuál va a ser y lavarla bien con agua y jabón. Si la familia la quiere bien bonita, le hace retoques y manda hacer la lápida como ellos quieran.

Otra cosa sucede cuando tiene que sacar los muertos. «Enterrarlos es más fácil que sacarlos», comenta con desagrado. Tiene muy claro que para extraer de la caja los restos del difunto y guardarlos en un osario para liberar espacio, deben pasar por lo menos cinco años. Antes de eso resulta difícil por lo descompuesto del cuerpo.

«Lo primero que hago es mirar la planilla en la que llevo la cuenta del tiempo de los cuerpos que se tienen que sacar. Espero que me den la orden de la funeraria, luego de lo cual me dirijo a la tumba provisto de guantes, tapabocas y una pala por si hay que cavar. Cuando están en tierra el proceso es muy diferente y más largo que cuando están en bóvedas», comenta don Jorge.

Cuando están en tierra, la familia del difunto debe estar presente durante el proceso de desentierro, esperar que se cave y una vez terminado esto abrir el ataúd. Posteriormente, se saca hueso por hueso y se asegura de que no quede ninguno. La familia debe observar de lejos y no acercarse.

Cuando se trata de una bóveda el proceso es diferente y más fácil. Una vez en la bóveda y rodeado de la familia, don Jorge desprende la lápida, saca el ataúd y lo lleva al cuarto de exhumación donde se sacan los restos.

«Es un cuarto pequeño con solo una mesa de cemento donde pongo los huesos después de sacarlos del ataúd. Solo yo puedo entrar ahí. Se destruye toda la tapa, se saca hueso por hueso y se embolsa cada uno empezando por los pies. Conozco cada hueso y no se me queda ninguno por fuera», comenta con orgullo y continúa.

«A los sepultureros nos impresiona más el traslado de restos que los entierros, porque a veces uno se encuentra con cosas extrañas, entre ellas está la de que ciertos cuerpos no se descomponen a pesar de los años o se han momificado. Al principio estaba convencido de que mi primera exhumación no sería complicada y podría coger los restos por los hombros, pero cuando lo hice me quedé con ellos en la mano. No eran como aquellos esqueletos del colegio que se podían mover. Hay cosas a las que uno nunca se acostumbra. Uno pensaría que tras dieciocho años el corazón se curte como se curte la piel o las manos de tanto palear tierra y cavar hoyos».

Pero a don Jorge todavía se le anuda la garganta. Lo confiesa. No lejos de allí se escuchan los gritos de una mujer, una madre que trae a enterrar a su hija de siete años. Don Jorge camina lento y da una mirada rápida. La mujer se aferra a los brazos de otra con los ojos cerrados. Ahora solo solloza; ahora grita; ahora gime. «No. Nunca te acostumbras», dice con severidad y mira al frente.

El sol pega en la nuca con la intensidad del mediodía, la camisa se humedece y la frente se empapa de sudor. El sepulturero espera en medio del círculo familiar a que lloren su muerto un rato más mientras dan la orden de empezar. Llega, entonces, la hora indeseable. Hábilmente cruza las cintas por las barras del féretro y se acomoda sobre la fosa. Las piernas abiertas y un pie en cada orilla. Sus movimientos son el centro de atención de los presentes, pues es él quien finalmente deja bajo tierra al ser querido de quienes lo lloran. Con el cálculo que da la experiencia, centra la caja y la baja lentamente hasta que asienta en el fondo. Tira de las cintas mientras algunos dolientes echan flores en la sepultura. Don Jorge pone las placas de concreto y comienza a palear la tierra. Con el sudor en la frente y la mirada gacha, ve caer frente a él los terrones hasta que se llena la fosa. En este momento es cuando termina su arduo trabajo. Se limpia su sudor, recoge sus implementos y se va.

Este fue uno de sus tantos entierros, pero hay dos que nunca olvidará. El primero fue el de su madre.

«Para mí fue lo más duro que me tocó vivir. Fue hace cuatro años. Estaba en uno de mis días de trabajo cuando recibí la llamada de una de mis hermanas, una de esas que se esperan con miedo, pues mi madre estaba muy mal y todos esperábamos lo peor. No fue necesario que me dijera lo que había pasado pues ya lo intuía. Para uno como hombre estas cosas no le dan tan duro como a las mujeres, pero saber que mi mamá murió y tenía que organizar su tumba y enterrarla es otro cuento. Eso sí dolía».

Ya en el cementerio dice don Jorge:

«Uno hace las cosas como por inercia. Organicé la tumba de mi madre y sentí un vacío tan grande como el hueco que pronto iba a ser llenado por el ser que más amaba. Es cavar para enterrar a quien te dio la vida. Eso es durísimo, pero más duro fue el momento de meterla al hueco. Llegaron como a las diez y treinta de la mañana y desde lo lejos vi cómo entraban mis hermanos con el ataúd a hombros. Los guie hasta el lugar e hice lo que siempre hago con los muertos,

pero en esta ocasión bañado en lágrimas. Sentía que iba morir, pues ni fuerzas tenía para echar la tierra. Fue tanto que mis hermanos me tuvieron que ayudar a terminar. Es todo lo contrario a cuando entierro gente desconocida. Me da tristeza, sí, pero no llegaba a sentir lo que ellos sentían. Pero con la muerte de mi mamá puede sentir ese mismo dolor, un dolor tan grande que no se lo desearía a nadie», concluye.

El segundo entierro doloroso fue el de su exnovia una chica joven de unos 30 años, esos amores que por más que el tiempo pase son imposibles de olvidar.

«Ella venía mucho al cementerio a visitar la tumba de uno de sus hermanos menores que había sido asesinado. Venía todos los días un ratico y yo la miraba desde lejos mientras ella lloraba frente a la tumba y le decía: “flaco, ¿por qué me dejaste sola si eras lo único que tenía?”. En realidad no era lo único que tenía, sino que era el hermano adorado».

Un día vino como siempre en la mañana y al salir del cementerio se escucharon unos disparos. Eran claros, pues con el silencio del cementerio era imposible confundir ese sonido. Don Jorge corrió hasta la puerta para ver lo que había pasado «...y, ¡Dios mío! La Mona, como yo le decía en tiempos de novios, yacía en el suelo en medio de un charco de sangre y con dos tiros, uno en el pecho y otro en la cabeza. Murió de una y la verdad, en ese momento me bloqueé; no sabía qué hacer. Llegó la policía para hacer el levantamiento y lo único que se escuchaba era los murmullos de la gente que decía que era una muerte anunciada. En ese momento regresé al cementerio con el alma llena de tristeza». Don Jorge la enterró con gran dolor.

Para no olvidarla a ella y a su mamá, todos los días va a sus tumbas y las adorna con las flores más bellas que encuentra a la salida del cementerio.

Esta no es más que la vida de don Jorge, el sepulturero del cementerio de Jamundí, un ser humano como cualquier otro pero con un trabajo muy particular.

A black and white photograph of a person walking away from the camera on a paved path. The person is wearing a light-colored long-sleeved shirt, dark pants, and sneakers, and has a large backpack on their back. The path is bordered by grass on the left and a white line on the right. The overall tone is somber and contemplative.

16

¿Y si no fuera por el rayo?

Paula Andrea Cardona Díaz

Huir de los grupos insurgentes en el 2001 y doce años más tarde ser impactado por un rayo mientras se desempeñaba como soldado profesional, fueron las circunstancias que enfrentó John Fredy Ñustes para, en un principio, formar parte del Ejército Nacional colombiano y luego terminar ejerciendo dicha carrera. Mientras vienen a su mente los recuerdos y narra cómo fue sucediendo todo, se muestra tranquilo y siempre consciente de que lo que ha tenido que atravesar ha sido por un buen motivo.

«Si no hubiera sido por el rayo estaría en la cárcel», dice John Fredy sumergiéndose en lo que abarcó el día de ese inusual acontecimiento. Recuerda que era un domingo 17 de febrero del 2013 y se encontraban ubicados en el corregimiento de Timba, Cauca, sector Casa Sin. El día empezó temprano, como de costumbre. Vio un rato con sus compañeros “Los cuentos de los hermanos Grimm” en una tableta, tras de lo cual se dispuso a tomar el desayuno. Al terminar, se dedicó a lavar sus camuflados y a limpiar meticulosamente el fusil.

A las diez de la mañana empezaron a preparar el almuerzo que esta vez consistiría en fríjoles. El cielo estaba cada vez más oscuro y el entorno se nublaba. «Parecían las seis de la tarde», comenta John Fredy. Almorzó y antes del mediodía se preparó para posicionarse en su lugar de guardia. «Fue como cosa de Dios»,

comentaría luego. Había dejado sus celulares y su reloj en la base o cambuche y en cuanto llega a su lugar de guardia se desata una tormenta espantosa. Lo primero que hace es posicionar el fusil trompetilla abajo para no atraer ningún rayo. Pasa un rato tras de lo cual la tormenta cesa. Aprovecha y se dirige rápidamente a la carretera. De repente viene a su cabeza una idea espeluznante: “como para que estuviera pasando la guerrilla”. Agarra fuertemente su fusil y toca levemente las dos granadas que lleva en el pecho para que los guerrilleros sepan que está armado.

Fue lo último que Ñustes recuerda. No sabe si tuvo un desmayo o algo por el estilo, pero de lo que sí tiene certeza es que cuando despertó estaba tumbado en el suelo y viendo pasar frente sus ojos “diapositivas de fotos”, como el las describe, en las cuales solo aparece su madre y le pide a Dios que no lo deje morir, porque que si muere su madre también lo haría.

Intenta incorporarse pero no lo logra. Entra en un estado de profundo dolor. Siente que le falta el aire, que sus extremidades están siendo arrancadas de su cuerpo y que su pecho explotaría de un momento a otro. En búsqueda de una explicación lógica a lo sucedido cree que lo han apuñaleado los guerrilleros y su deber sería avisarles a los demás del peligro, porque lo que menos quería John era que mientras él estuviera de guardia algo les sucediera a sus compañeros.

Como pudo, consiguió moverse, agarrar el fusil, desasegarlo y hacer un primer disparo. Pasados cinco minutos se dio cuenta de que nadie atendía su llamado y entra en un estado mezcla de frustración, miedo y llanto. Ante el desespero que le generaba no poder respirar, logra desplazarse 150 metros hacia la base y cuando siente que ya no le queda más oxígeno dispara de nuevo y esta vez un sargento logra escucharlo. Este creyó que habían matado al centinela Ñustes y dispara unas cuantas veces hacia donde había escuchado el estruendo. De inmediato se dirige hacia allá y cuando llega con otro soldado y el enfermero Ñustes los mira y les pide desesperado: «¡Por favor ayúdenme, ayúdenme que me estoy ahogando, me estoy ahogando!». Se quedan mirándolo y de manera cruel comentan: “No. A este man lo pulmonearon” (perforación de pulmones y la persona muere ahogada). Al escuchar esto John entra en choque. A pesar de todo, sus compañeros lo estabilizan, lo levantan y lo llevan a la casa de unos indígenas que vivían cerca para más tarde trasladarlo para Cali en helicóptero. El resto lo sabe porque se lo han contado. «Cuando llegué y lo vi ahí tirado con la mandíbula desencajada y todo negrito creí que estaba reventado», cuenta el mayor Ardila. Para el resto de compañeros John había quedado irreconocible.

«Y saber que a mí el Ejército nunca me llegó a gustar. No me llamaba ni cinco la atención. Fue más como una necesidad». Desde pequeño John Fredy fue “el pedazo de mantequilla”, como alguna vez le dijo su papá. Nunca le gustó hablar de violencia ni jugar a los pistoleros. Era el más delicado de la casa e incluso ayudaba a su madre con las labores del hogar, razones por las cuales su familia y allegados le hacían comentarios ofensivos. Sin embargo, las circunstancias lo llevaron más adelante a conocer de cerca situaciones violentas cuando se encontraba en la milicia.

John Fredy nació y creció en una familia conformada por su mamá y cinco hermanos, en Armero, Guayabal. A los trece años, debido al conflicto armado que afectaba a su región y con el temor de que los paracos lo reclutaran a la fuerza, John y su familia abandonan su tierra y parten para Bogotá. En esa ciudad vive con su mamá y dos hermanos, pero ante la situación de pobreza por la que estaban pasando se dio a la tarea de buscar empleo. A pesar de que trabajó en una panadería, en una salsamentaria y en otros sitios, era muy complicado para él pues en todas partes le exigían la libreta militar, y claro está, pagar por ella no era una opción. Por esta razón y por demostrar que no era “la niña de la casa”, el 24 de mayo del 2005 Jhon Fredy ingresa a la Escuela de Caballería en Bogotá. «Entré y me empezó a gustar», comenta. Se desempeñó muy bien en su labor hasta que llegó a ser soldado profesional. Algo que siempre lo caracterizó fue su buen comportamiento y su amabilidad.

Entonces, ¿por qué insiste en que si no hubiera sido por el rayo estaría en la cárcel? Un mes antes del incidente del rayo el cabo tercero era el encargado de la escuadra de John. Como se sabe, el cabo tercero está a las órdenes del cabo segundo, así que este le ordena a Ñustes que se quede con él en el puesto de seguridad, pero luego se retira junto con el mayor Ardila. En ese preciso momento aparece el cabo tercero y cree que el Ñustes se había quedado en ese lugar como “perro culo”; es decir, como soldado malo, por lo cual procede a regañarlo e insultarlo sin saber que el cabo segundo le había dado la orden de permanecer allí.

Así que John se enfurece con el cabo tercero y más al saber que ese comandante era nuevo y que por encima de él estaban las órdenes del cabo segundo. Justo en el momento de la discusión los escucha el mayor Ardila, quien le estaba ayudando a Ñustes en su proceso para ser suboficial, y le grita a John: “¡Soldado hijueputa! Usted ya no va a ese curso”. Esto generó en John tanta ira que su deseo era ir a pelar con el cabo tercero porque por culpa de él ya no iba a ser suboficial. Incluso llegó a conversar con varios compañeros sobre lo que podían

hacerle. Sin embargo, un mes después John es alcanzado por el rayo. La descarga entra por el pecho y sale por su mano derecha.

«Después del accidente le doy gracias a Dios, porque a pesar de que uno no pueda asegurar lo que no pasó, se debe agradecer que no pasó nada. Imagínese. Yo estaría en la cárcel y no hubiera podido disfrutar de una esposa y de un hijo. Todo tiene su razón de ser. Gracias a ese rayo logré una pensión antes de tiempo. Mi recuperación ha sido lenta pero segura. Disfruto de mi hijo, disfruto de mi esposa y ya».

Para John el proceso ha sido difícil, pero lo ha afrontado de manera positiva. Hasta el sol de hoy no puede creer lo que le sucedió ni encontrar comparación con lo que sintió. Y, por supuesto, jamás se lo desearía a nadie.

A Ñustes lo trasladaron en helicóptero a la Clínica Valle del Lili el día del incidente. Cuando los doctores lo recibieron empezaron a buscar en sus pies la herida por donde se suponía había entrado la descarga, pero luego de quitarle la guerrera una enfermera vio una abertura en el pecho de John, el lugar por donde, efectivamente, había ingresado el rayo. Así que avisó a los doctores, quienes procedieron a dormirlo e inyectarle medicamentos, entre ellos morfina para apaciguar el dolor. «Es que a parte del dolor era sentirse quemado; que todo el cuerpo te arde», dice John.

Para su madre Ana Rosa Triana Galvis, ver a su hijo en esa situación fue algo desgarrador. «Cuando llegué a visitarlo, lo miré y sentí algo horrible. Lo primero que hice fue cogerle la mano y pedirle a Diosito que me lo pusiera bien. Luego le empecé a hablar porque sé que él me escuchaba. Tenía toda la piel negra y tostada».

La madre le daba mayor relevancia a cualquier cosa que pudiera hacer para aliviar los dolores de su hijo cuando desaparecía el efecto de los medicamentos. Sin importarle las restricciones del hospital, ingresaba clandestinamente baba de sábila al cuarto y se la aplicaba a su hijo en todo el cuerpo para refrescarlo y calmarlo.

John Fredy pasó aproximadamente veinte días en el hospital y nueve en la unidad de cuidados intensivos, durante los cuales no soportaba ni que lo tocaran. Incluso era necesario suministrarle narcóticos al momento de asearlo o para inyectarlo. Describe cómo se sentía cuando lo inyectaban: «A veces era tal

la cantidad que veía a las personas distorsionadas y alargadas». Sin embargo, recalca que lo más traumático para él fue el momento en que se dio cuenta de que no podía caminar. «Para mí era algo muy raro. No me podía mover; eran ellos los que me movían y alzaban. Por momentos movía los pies y los intentaba levantar, pero no podía. Pensé que era por los medicamentos».

Una mañana llegó la enfermera para asearlo. Lo saludó y él le dijo: “Déjeme, yo me paro”. Ella se negó rotundamente y llamó al personal. Cuando John los ve llegar hace el intento de ponerse de pie pero de inmediato cae al piso. Los demás ayudantes lo levantan y lo acuestan en la camilla nuevamente. John rompe a llorar y pide una explicación de por qué no puede caminar. Ellos tratan de explicarle y le manifiestan que para ellos era muy difícil asimilar que una persona esté en las condiciones en las que él se encontraba. «Usted, para la ciencia, no debería estar vivo», le decían los doctores. Era algo impresionante y más a sabiendas de que la descarga pasó a pocos centímetros del corazón. “Era como un cable cuando tiene mucha corriente y se deshace por dentro. Todo su sistema nervioso colapsó y por eso hay que esperar a que se recupere para que vuelva a funcionar”. Esta era la única manera que hallaban de explicarle lo que sucedía con su cuerpo.

El cirujano de trauma Laureano Quintero afirma que cuando una persona es alcanzada por un rayo puede presentar problemas en el sistema cardiovascular, los músculos y el cerebro. Indica, además, que si la persona logra sobrevivir al impacto se verá enfrentada a todo tipo de secuelas durante su vida, como alteraciones en el sistema nervioso, pérdida de visión, audición y fuerza.

John tuvo que someterse a cirugías para reparar los tejidos muertos que dejó a su paso el rayo al salir por su mano derecha y reconstruir el tímpano derecho que fue dañado en un 60 % y le dejó una hipoacusia como resultado.

Ha estado en terapias físicas para recuperar su movilidad, el tono muscular y la funcionalidad, además de numerosas sesiones psicológicas para asimilar lo que le ha pasado y aceptar que las secuelas como la pérdida de audición, poca fuerza en su mano derecha, sensación de ardor en el cuerpo, dolores corporales, miedo y demás factores que afectarán su vida personal, familiar y social, son cosas a las que tendrá que acostumbrarse. Claro está, con el apoyo de sus seres queridos, especialmente de su madre y esposa quienes desde un principio han estado con él.

Su esposa Isabel, quien vive de cerca lo que experimenta John Fredy, manifiesta que en un comienzo era una situación complicada porque no podía tocarlo por

el dolor que le causaba. Incluso ahora, por el trauma que le han provocado los rayos y tener que hablarle siempre en voz alta para que pueda escucharla, fuera de toda la atención que debe prestarle cuando le sobrevienen los dolores. Sin embargo, los allegados a John se sienten orgullosos de su progreso y su madre asevera que todas las ayudas que recibió su hijo, más la devoción y fe que tienen en Dios lo sacaron adelante.

En el ámbito laboral, luego de que lo dieran de alta lo ubicaron en el área administrativa del batallón en la que estuvo dos años, al final de los cuales y luego de que lo examinaran la Junta Médica Laboral determinó que Jhon Fredy Ñustes era “no apto y no reubicable en el ámbito laboral”. Así que el 8 de agosto del 2015 entregó la ficha médica de retiro y el 7 de mayo del 2017 terminó el proceso para que lo pensionaran por disminución de la capacidad laboral. Ahora John Fredy se encuentra instalado en Bogotá y vive con su esposa y su hijo Alejandro.

Cada año, alrededor de 150 personas pierden la vida a causa de un rayo. No obstante, para quienes se encuentran sumergidos en preocupaciones y miedos mayores, como son perder la vida en combate y saber que a su cargo está la vida de muchos, estos datos no atraviesan sus mentes. Por ello, John Fredy expresa que «... en el ámbito militar el miedo siempre está latente porque siempre se trata de la vida o la muerte, pero con el tiempo y la experiencia se aprende a controlar. Sin embargo, para un rayo jamás se está preparado y nunca se piensa que algo así sucederá, pero una vez ocurrido se debe aprender para salir adelante”, concluye.



17

Los niños que se llevó el lodo

Viviana Oliveros Aguirre

Se reveló un video en los que aparecían los niños que todavía no habían sido reclamados por los familiares sobrevivientes de la tragedia de Armero del 13 de noviembre de 1985. En ese video de menos de un minuto, apareció Miguel, el hijo de Oliva Monje. Vestía una camiseta blanca con el cuello desgastado y su cabello estaba muy crecido. Oliva sintió un frío en todo el cuerpo que no la dejaba pronunciar palabra. Su cuerpo se debilitó tanto que cayó desmadrada en el sillón de su sala.

El Nevado del Ruiz había advertido sobre su feroz despertar desde hacía tiempo. Oliva era consciente de que en algún momento iba a suceder una tragedia, razón por la cual dejaba siempre lista ropa limpia, zapatos a la mano y chaquetas por si las tenía que utilizar. Ese 13 de noviembre todo pasó tan rápido que no se le ocurrió sacar de su casa las cosas que había preparado. Solo pensó en llevarse su tesoro más preciado, su hijo Miguel.

Después de 33 años de la tragedia de Armero más de 200 niños siguen perdidos. Oliva Monje, sobreviviente de la tragedia, siente todavía el olor de aquella noche. Eran las siete y Miguel ya había comido. Se acostó pero no podía dormir. Él y su hermana Yuly permanecían en sus camas listos para dormir antes que su papá llegara a ver el partido de Millonarios contra el Deportivo Cali. Intuitivamente,

Oliva les puso la pijama más cómoda y puso debajo de sus camas las botas de hule. Miguel seguía inquieto como si presintiera algo malo.

Ese día en la tarde, un señor al que apodaban El Loco Gallego había no cesaba de decir que lo peor estaba por pasar y que había que evacuar lo más pronto posible sin llevar nada. Oliva quedó pensativa, pero Víctor, su esposo, la tranquilizaba diciéndole que nada de eso iba a suceder, que El Loco era un alarmista y que no le pusiera cuidado a esas cosas. «A Armero, uno de los pueblos más productivos de la región andina, la ciudad blanca de Colombia y mi pueblo de nacimiento, no le va a pasar nada», comentaba Víctor.

Luego de que los niños se hubiesen dormido, Oliva terminó de limpiar en la cocina y vio desde la ventana cuando su cuñado llegó a informarle a su esposo Víctor que debían salir de la casa e ir a lo más alto del pueblo, pues la ceniza que caía estaba muy espesa y eso no le gustaba. Sin dudarlo un segundo, Oliva agarró a sus muchachos medio dormidos y empezó a gritarle a Víctor que entrara las matas del patio y saliera rápido de la casa, que cuando pasara la tormenta de ceniza arreglarían lo que quedara por fuera de la vivienda.

En el momento de salir, Oliva se dirigió rápidamente a la casa de su hermana Olinda, quien vivía sobre la misma calle a dos casas de la de ella y mientras golpeaba fuertemente la puerta le gritaba que saliera rápido y se fuera a la parte alta del pueblo al borde del río Lagunilla. Olinda nunca salió. Desesperado, Víctor corrió hacia la casa y dejó en la calle a Miguel y Yuly, junto con su hermano y Oliva. Todo estaba gris, la energía empezaba a fallar y las luces de la calle titilaban como si fuera una fiesta. El pánico cundió cuando Oliva vio a los vecinos correr desesperados hacia las partes altas del pueblo. «¡Debemos correr, Víctor! ¡Déjelos que ellos deben de estar en la parte alta! ¡Vámonos rápido!». En ese momento Oliva se dio cuenta de que ya no regresaría a su casa. Sus materas y sus dos perritas criollas Lulú y Tilín se habían quedado en la calle y las había perdido.

Víctor regresa con su familia para continuar el recorrido hacia la parte alta. Los niños calzaban sus botas y gracias a ello no se enterraban en la ceniza que con el aguacero se acumulaba en las calles formando un lodazal. Cuando estaban llegando al final del barrio Gaitán se escuchó una especie de rugido. «Era como si la montaña se hubiera quebrado y se estuviera cayendo la tierra», recuerda Oliva. Todo estaba muy oscuro y su mano derecha aferraba fuertemente la de Víctor. Con el brazo libre cargaba a Miguel, que lloraba y gritaba desesperado porque no podía ver nada. Su cuñado Pedro cargaba a Yuly.

De repente, sus cuerpos se fueron cubriendo de una masa caliente y espesa que no los dejaba caminar. «Como todo estaba tan oscuro y no se podía caminar bien, me solté de Víctor y me aferré a Miguelito. Él era muy pequeño y no podía soltarlo para que caminara solo».

Un río de lodo, piedras y lava bajaba por el camino que recorría la familia Monje Lozano. En ese momento pasó lo inesperado y una corriente de lodo caliente arrastró a Oliva y le arrancó de sus brazos a su hijo. Sufrió quemaduras de segundo grado en el 40 % de su cuerpo y su frondosa cabellera fue arrancada de tajo por la fuerza de la corriente. A Miguel no se lo volvió a ver.

Serían las dos y treinta de la madrugada cuando Oliva despierta. Trata de abrir sus ojos y percibe un panorama negro y sombrío. Creía que la corriente la había arrastrado hacia una caldera, pues su cuerpo ardía y no podía moverse. Estaba enterrada hasta la mitad de su cuerpo en un mar de piedras y escombros y no lograba salir. «¡Miguel, Miguel! ¡Levante las manos para verlo! ¡Levante las manos!», grita angustiada. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, logra salir de su entierro y empieza a buscar a su hijo.

El día empezó a clarear y el gris era el color predominante. Oliva recuerda que caminó sin rumbo y gritaba buscando a Miguel. En esas se encuentra con su hermana Olinda, su esposo y su hija. Después de verla en el estado en que estaba Oliva, Olinda la lleva donde los voluntarios de la Cruz Roja. Oliva no cesaba de vociferar el nombre de su hijo y pedía a gritos que se lo buscaran. Ella lo tenía cargado pero no logró sostenerlo cuando los agarró la avalancha. Fue trasladada a Mariquita para ser atendida en el hospital, pero dada la gravedad de sus heridas fue remitida a Bogotá donde luego de mes y medio encontró a Víctor, a su hija Yuli y a su cuñado Pedro. «No tenemos noticias del paradero de Miguel», manifiesta angustiadamente. Tres meses en el Hospital San Juan de Dios fueron suficientes para que se recuperara de sus heridas. Lo había perdido todo y no tenían para dónde ir. Afortunadamente, su esposo Víctor tenía un primo en Bogotá y allí pudieron quedarse.

Luego de dos meses de una profunda depresión Oliva volvía a pronunciar palabra. Lo primero que dijo fue: «Me voy a buscar a mi muchacho», sentencia que anuncia lo que llamaría en adelante “su calvario en vida”. «Parecía muerta en vida. No lograba dormir, no quería moverme, no podía hablar. Solo podía tener en mis pensamientos el momento en que Miguel se me soltó de las manos y no pude hacer nada para salvarlo», dice, con el rostro desgarrado por la tristeza.

La familia Monje Lozano regresa al Tolima, esta vez para Mariquita, uno de los lugares donde residían los sobrevivientes de la tragedia. La Defensa Civil, la Cruz Roja, los hogares destinados por Bienestar Familiar y todos los entes que ayudaron al rescate de los sobrevivientes, permanecían allí. Oliva preguntó en todos lados por el paradero de su hijo, pero ninguno tenía respuesta. En cada lugar dejaba registrado el nombre de Miguel, que al momento de desaparecer tenía cinco años, el color de cabello castaño claro y era delgado pero alto para un niño de su edad. Esa noche vestía una pijama azul de pantalón con carritos y unas botas azul rey. Eran todos los datos que Oliva podía dar y que repetía una y otra vez.

En este ir y venir pasaron dos años. Oliva recorrió todos los lugares cercanos a su pueblo y en ninguno de ellos daban razón de su hijo. Los comentarios que escuchaba eran del tipo “A los niños que no estaban lastimados se los llevaron en unos helicópteros para Bogotá y después para el extranjero”. “Los niños los regalaban en las ciudades grandes”. “A otros los dejaron tirados en las carreteras a su suerte”. Oliva sentía morir cada vez que escuchaba esto e imaginaba a su muchacho aguantando hambre y frío en las calles. O lo peor, que estuviera en poder de una persona mala que lo hubiera puesto a trabajar.

Corría el mes de noviembre de 1990. Cinco años después de la tragedia de Armero, Oliva recuerda, como todas las noches, la angustia de haber perdido a su hijo. Los noticieros nacionales transmitían los detalles de este quinto aniversario. Los testimonios de los sobrevivientes e imágenes de lo que quedaba del municipio eran la principal noticia. En la emisión de las siete de la noche el noticiero Noticias 1 revela un video de los niños que habían quedado en custodia del Instituto de Bienestar Familiar, cuyos familiares, muchos de ellos sobrevivientes de la tragedia, no habían reclamado. Oliva y su familia observan el video con la esperanza de ver el rostro de Miguel. Como en cada aniversario, la familia Monje Lozano estaba atenta a las noticias, pues amigos y familiares podían aparecer en ellas. El martes 13, en el video revelado por el noticiero apareció un rostro conocido. Era el de Miguel, quien sobresalía por su altura entre un grupo de doce niños que permanecían en un hogar albergue del ICBF de Bogotá.

Oliva sintió un frío inmovilizador. Sus piernas flaquearon y al ver a Miguel en ese video se desfalleció sobre el sillón de su sala. Su esposo Víctor llegaba del trabajo en el momento que Oliva y Yuly veían el noticiero. Corre a brindar

ayuda a Oliva y le pregunta a Yuly acerca de lo qué había pasado y ella, sin saber nada, responde: «Estábamos viendo el aniversario de Armero y ella se desmayó».

En menos de una hora Oliva despierta. Los familiares de su esposo llegan en ese momento y ven a Oliva desmadejada en el sillón y cuando abre los ojos grita: «¡Encontramos a Miguel!» y rompe a llorar. Víctor no lo podía creer y su familia tampoco, pues no habían visto el video. Una prima del esposo consigue el número telefónico del noticiero y pregunta sobre la noticia y el video. Para tristeza y desconcierto no contestaron y hubieron de esperar al día siguiente para llamar.

La noche parecía interminable. Oliva caminaba por toda la casa asustada y feliz al mismo tiempo. Llamó a sus familiares de Lérida para contarles la buena nueva. Se dirigió a su habitación y sacó una maleta que dos años atrás había organizado con la idea de que Miguel iba a aparecer. En su interior había ropa interior, pantalones, tres camisetitas, una camisa de manga larga y otras dos tipo camisillas, medias largas y cortas y un par de zapatos de color mostaza que había comprado especialmente para Miguel. «No le va a quedar buena, pues ya está muy grande pero sí muy flaquito. ¡Pobre mi hijo!», exclama.

Oliva no iba a esperar tanto tiempo. Antes de que el sol saliera se pararía con su esposo e hija frente la puerta de ese noticiero. Y así fue. El guarda de seguridad los recibe y ella, emocionada, le comenta que ha encontrado su hijo sobreviviente de la tragedia de Armero y que lo vio en un video que mostró el noticiero la noche anterior. Con dificultad logra ingresar al canal y la atiende un funcionario de la administración, quien le pide sus datos personales y le comunica que debe esperar para hablar con alguno de los reporteros que habían elaborado la nota. Al poco rato se presenta un señor alto y acuerpado del que no recuerda el nombre. Los hace seguir y sentar en una sala para escuchar el testimonio.

Oliva no logra contener el llanto y su esposo Víctor le ayuda a contar la historia de cómo perdió a su hijo. El reportero da un nombre, Francisco González, quien se encarga de los niños desaparecidos de Armero. Vive en Bogotá y puede ayudarles a encontrar a su hijo. Sin más apuro, la familia Monje se comunica con el señor González, persona que lideró la búsqueda de más de 200 niños que fueron reportados como desaparecidos después de la tragedia. Les indica el procedimiento para encontrar al niño, ya que habían pasado cinco años desde su desaparición y el director del ICBF de ese entonces había establecido que si los niños no los reclamaban en abril de 1986 se consideraban abandonados e

iniciaba el proceso de adopción, ya que había muchas solicitudes de extranjeros y nacionales.

Con mucha preocupación, la familia Monje revisa cuidadosamente los documentos solicitados por el señor González para el feliz encuentro con Miguel. Debían entregar soportes que certificaran que Miguel era realmente su hijo, pero todo lo habían perdido en la tragedia, incluidos los documentos personales, la cédula y los registros. Absolutamente todo se había perdido. En diciembre de 1985, el presidente de esa época expidió un decreto que facultaba a los sobrevivientes de Armero para acercarse a una notaría con dos testigos y dar por sentado los datos de su vida y elaborar así los nuevos documentos personales. Oliva se dispuso a registrar a sus hijos Yuly y Miguel, pero el encargado de la notaría no dejó que registrara a Miguel porque figuraba como desaparecido, así que solo quedó el registro de sus nombres y el de Yuly. Oliva le hace saber esto al señor González, quien le promete ayudarle a encontrar a Miguel.

Pasaron dos meses desde que Oliva vio el video, tiempo durante el cual el señor González no dejó de ayudarles con las entidades encargadas para localizar dónde tenían a Miguel. Finalmente, luego de ese tiempo angustiante Oliva recibe una llamada del señor González, quien de forma afanosa le dice: «Señora Oliva, debe viajar inmediatamente a Lérida, pues al parecer su hijo está en ese pueblo». Casi sin despedirse Oliva cuelga el teléfono y busca apresurada la maleta que tenía arreglada para el encuentro con Miguel. Al ver su reacción, su esposo entiende que la llamada eran noticias de su hijo, así que sin preguntar toma las llaves de la casa y se dirige a la puerta para estar listo al momento de partir. El trayecto a Lérida les pareció una eternidad y el tiempo parecía devolverse. Oliva cavilaba: «¿Me reconocerá? ¿Estará bien de salud? ¿Tendrá miedo de encontrarse con su familia? Durante todo ese tiempo no paró de llorar.

Eran las tres y media de la tarde cuando la familia Monje llega a su destino. El señor González los esperaba en una fuente de soda cercana al terminal y al verlo Oliva se lanza sobre y lo abraza con fuerza. Ambos lloran y no pronuncian palabra alguna; solo dejan que su mutua felicidad se desborde. En medio de lágrimas y sonrisas parten en un carro para el centro de Lérida, mientras el señor González les explica cómo encontraron a Miguel. Una sobreviviente de la tragedia que se quedó viviendo en Lérida, vio el mismo video y reconoció a Miguel sin saber que lo estaban buscando. Era el mismo niño que vendía chicles en el parque principal y en ocasiones ayudaba a cargar las bolsas del mercado a los adultos. En el proceso de búsqueda el señor González dio con la sobreviviente quien le dijo dónde podía encontrar al niño que aparecía en el video.

Sin embargo, hallarlo no resultó fácil. En todos los lugares que averiguaba no obtenía respuestas positivas y cuando lo buscaba en el parque central no estaba y nadie daba razón de dónde podría estar. El señor González sospechaba que lo estaban escondiendo y no querían que lo reclamaran. Habló con casi todos los habitantes de Lérida, hasta que un personaje que vendía flores afuera de la galería le dijo que el niño era indigente y vivía de vender dulces o cargar bolsas de mercado a cambio de unas monedas. Añadió que pertenecía a un grupo de otros niños que se dedicaban a lo mismo y habían llegado al pueblo hace poco, pero no sabía cómo.

El señor González, sorprendido, se deja llevar del señor al lugar donde él creía que se quedaban los niños. Al llegar a una casa en el barrio Minuto de Dios de Lérida, los recibe un señor que tenía un fuate de caballo amarrado a la cintura. Le preguntan si en esa casa viven niños sobrevivientes de la tragedia de Armero y el hombre, con mala actitud, responde que son niños que se encuentra en la calle y él les da comida. Con esta información empieza el trabajo de recuperar a Miguel.

Para detallarle a Oliva el lugar donde estaba Miguel, González debía narrarle lo que había sucedido y debía hacerlo con delicadeza, pues podía herir los sentimientos de la familia Monje Lozano. Entonces, en compañía del señor González (el ángel, como lo llama Oliva) y un representante del ICBF la familia Monje se dirige a la casa. Era un 26 de febrero de 1991 y Oliva sentía que su corazón se le iba a salir del cuerpo. El camino se le hacía larguísimo y le parecía que estaban dando vueltas sin sentido. Finalmente llegan a su destino y tres niños salen corriendo a recibirlos. Oliva revisa cuidadosa si entre ellos niños estaba Miguel pero se lleva una decepción. Entra en la casa y en la parte de atrás encuentra un cuarto que por todo mobiliario tenía una base de acero con un colchón encima y dos sábanas curtidadas por el mugre. Sobre ella estaba sentado Miguel, quien vestía camiseta blanca con el cuello desgastado, una pantaloneta color azul oscuro que le llegaba por debajo de las rodillas y unas chanclas negras de esas de meter el dedo. Su apariencia era sucia, tenía su cabello largo y sus pies parecían quemados por el sol.

La primera persona en acercarse a Miguel fue su hermana Yuly. Corrió a abrazarlo y Miguel se queda mirándola sin expresión alguna en su rostro. Oliva sale detrás y con llanto descontrolado abraza a sus hijos y exclama: «Miguel, Miguel. ¡Por fin te encontramos, mi amor! ¡Por fin te encontramos!». Desde la puerta Víctor agradece al señor González por este encuentro.

Miguel sale de la casa en brazos de Oliva. Una vez fuera le quita la ropa que tenía y lo viste con lo que traía en la maleta y había preparado dos años atrás. El niño sigue inexpresivo y cuando le ofrecen la comida que su mamá le había preparado pregunta: “¿Qué es la comida? ¿Todavía está caliente?”. Oliva suelta a llorar y le responde que es un sudado de carne con papa y orejas de perro (son arepas de maíz sin sal muy delgadas). Se sientan en la acera debajo de un árbol con mucha sombra y los síntomas de hambre en Miguel eran evidentes. Tragaba casi sin masticar y de forma desaforada. «Es la mejor comida que he probado en estos días. Muchas gracias por la comida», dijo. Cuando terminaron subieron al carro que los llevó hasta el terminal de buses para regresar a Bogotá. El papeleo de ese día no fue importante. Oliva firmó un documento al representante del ICBF y ese fue su boleto de salida con Miguel en el terminal de transporte.

Cuando llegaron a su hogar Miguel se mostraba asustado y callado. Su hermana Yuly le enseña un camión de juguete que le habían comprado el día siguiente de ver el video e inmediatamente el rostro de Miguel se ilumina, entra en confianza con Yuly y finalmente se sientan a jugar. Mientras juegan Miguel pregunta cuánta familia habían perdido en la avalancha y Oliva sin esperar que terminara de hablar, le responde: «Lo que habíamos perdido, lo recuperamos hoy, hijo». Miguel, sorprendido, mira a cada uno de sus familiares y con pena les dice que cree recordar quiénes eran sus familiares. Oliva saca unas fotos de su familia en Bogotá de antes de la tragedia y se las enseña. Mientras las miraba, su mamá le describía cómo lo perdió ese día 13 de noviembre de 1985 en la avalancha. El niño llora desconsoladamente y Oliva lo abraza. Le dice que todo está bien, que ya está en casa con su familia y que no va a pasarle nada malo. Miguel solo asiente y le da las gracias.

Oliva se encargó, entonces, de hacerle un trabajo psicológico a Miguel durante varios meses para que reconociera que ellos eran su familia. Había días en los que se acordaba de algunos sabores de la comida y otros que aprovechaba para escaparse a la calle y pedir monedas. Los primeros dos meses con Miguel en casa fueron muy difíciles. Un familiar logró conseguir el apoyo de un psicólogo para que les ayudara a continuar con su vida familiar.

Dos días antes de su cumpleaños número diez, Miguel le dice a su mamá que al fin se sentía en familia. Estaba muy agradecido con ellos por no haber dejado de buscarlo durante todo ese tiempo y agradecía a papito Dios por escuchar las oraciones que ella le había enseñado en su casa de Armero. Los dos se abrazan.

A black and white photograph of a person walking away from the camera on a paved path. The person is wearing a light-colored long-sleeved shirt, dark pants, and sneakers. They have a backpack on their back. The path is bordered by grass on the left and a white line on the right. The overall tone is dark and moody.

18

Historias a pedal

Melissa Calderón Holguín

Raíz de árbol es memoria. Es volver a la esencia de las cosas más reales; es saber que cuando se le corta una rama a un árbol esta vuelve a crecer. Es retornar a la raíz para no morir. Esto es lo que representa Ricardo a través de su fotografía y a pesar de haber pasado por tantos oficios que lo desviaban de su pasión, la fotografía, siempre volvía a ella, pues es todo para él. «Es dejar memoria para cuando el cuerpo ya no esté. Además, cuando tomo fotos siento que soy una cámara oscura en la que brotan las ramas y lo que brota de mí son mis fotografías», expresa con gran sentimiento.

Ricardo es delgado hasta de apellido. De una de sus fosas nasales sobresale un pequeño aro negro y de sus orejas penden unas candongas plateadas. Exhibe una barba naciente que combina con unas gafas oscuras de marco negro. En uno de sus brazos lleva tatuada su esencia: un pequeño árbol color grisáceo cuyas raíces se extienden hasta la parte inferior del antebrazo. «Soy un ser sensible y creo que eso asusta, porque nadie se desnuda visualmente de la manera que yo lo hago». Son palabras que pronuncia en medio de una risa tímida, las cuales se confunden con el sonido de su máquina de coser mientras ribetea el interior de una maleta que debe entregar el día siguiente.

Vive con su madre y una gata en el tercer piso de una casa que se divide en apartamentos independientes. Al ingresar se ve desde la sala hasta la cocina y

en la primera puerta se encuentra su habitación, cuyo mobiliario consta de una cama sencilla que, según él, tiene más de cien años, un escritorio de madera, algunas sillas de colores que le regalaron en uno de los lugares donde trabajó, sus fotografías favoritas impresas en tamaño póster y pegadas a las paredes y una cámara Kodak de color negro fabricada en 1920, que reposa sobre un trípode junto a una estiba de madera llena de libros que usa como estantería.

El reloj marca las cuatro y media de la tarde de un jueves cualquiera en la Loma de la Cruz. Ricardo camina como un leopardo sigiloso que espera una presa. Con disimulo saca su teléfono móvil, que en ocasiones le sirve para tomar fotos casuales sin irrumpir en la naturalidad. Aguarda, observa y en el momento perfecto dispara muchas veces hasta obtener la toma que busca. Esta vez la víctima fue una pareja sentada en un andén. Se ubica sobre un muro y hace como si buscara algo en su celular, pero lo que ellos no saben es que acaban de ser parte su narrativa visual. A punto de lograr su cometido, respira con ellos, busca detalles, siente a los sujetos y pasados unos minutos se aleja con una sonrisa de oreja a oreja y exclama: «¡Lo logré! Esto era justo lo que buscaba... el amor... el amor». Guarda en su bolsillo su arma de caza y continúa caminando como si nada, pero en el fondo sabe que la presa que cazó estaba tan sabrosa que no solo la disfrutó, sino que muchos lo harán cuando publique sus fotografías.

«Una de las cosas que me ha permitido hacer muchas fotos es mi diario vivir. Es mi otro oficio. Amada Dulcinea, la microempresa de mi hermana, fabrica maletas, bolsos y loncheras al gusto del cliente. Ello es un estímulo para mis proyectos porque a la hora de comprar las telas, los remaches, los hilos y los cierres voy en mi bicicleta y recorro cientos de calles, especialmente la Carrera 10. Esto me ha dado la oportunidad de retratar aquella belleza que nadie nota y está escondida detrás del trabajo, el sudor o la indigencia y observar los ojos que perciben diferentes realidades», dice Ricardo con satisfacción.

Ricardo comenzó a incursionar en el mundo de la fotografía a los dieciocho años, con una cámara supercompacta propiedad de su cuñado, quien la usaba cuando salía a caminar por la ciudad que apenas estaba conociendo. Casi siempre lo hacía solo, porque su hermana, que estaba embarazada, se sentía en ocasiones demasiado cansada para acompañarlo. Durante sus paseos logra captar aquellas escenas del día a día que con el trajín de rutina se ignoran: la belleza detrás del esmog, la agraciada forma de los “cráteres” de las calles y los matices grises de una urbe plena de historias y cerros llamada Bogotá.

«Un día fuimos con mi hermana y su esposo a la Plaza de Bolívar, lugar donde tomé mis primeras fotografías. Eran fotos plenas de romance, de amor, de besos y caricias. Creo que eran bastante buenas si se tiene en cuenta que fueron tomadas de la nada, sin ningún tipo de preparación. Fueron fruto de la espontaneidad y me confirmaron desde ese momento que quería ser fotógrafo. Sin embargo, para ello necesitaba mi propia cámara y lo único que se me ocurrió fue consultar mis ahorros, pero lastimosamente el arte cuesta y el precio de un aparato como esos era demasiado elevado para una persona como yo. Fue cuando recurrí al último recurso: mi padre, un hombre que a pesar de haber estado algo ausente en mi vida no se negó a apoyarme y me compró la cámara con su propio dinero.

—Ricardo, le conseguí la cámara —me dijo—. Una amiga de mi esposa estaba vendiendo una usada pero creo que eso no importa. Usted dirá.

—¡Claro, papá! Eso no importa —respondí con entusiasmo—. Cuando usted diga voy por ella.

—Puede ser esta misma noche.

—¡Listo!

«Y así fue como me acerqué a mi pequeña bebé, mi pequeña cámara. Tomé mi moto, una Honda Súper Cub de 1960 y me dirigí a un barrio de Cali. Los instantes transcurrían lento en el desespero por llegar. Los semáforos tardaban muchísimo en dar paso, como si estuvieran amañados con el mal tráfico para hacerme sufrir. Al final, luego de tanta paridera llegué. La mujer estaba en la puerta y sostenía en sus manos una pequeña caja con mi futuro, mis sueños y mi esperanza de ser alguien grande dentro de ella. Sostenía mi corazón sin saberlo. Cuando me la entregó me sentí realmente vulnerable. Eran demasiadas emociones encontradas: nostalgia, felicidad y ganas de llorar por la emoción de saber que lo había logrado y que no era un simple sueño».

Eran las tres y cuarenta y cinco de la tarde y Ricardo se desplazaba en su moto a través de los carros, del humo, el olor a chunchullo, los vendedores y los taxistas que lo insultan cada vez que pide vía para moverse de un lado a otro y evitar el concurrido tráfico del centro de Cali.

«Él es muy arriesgado. Siempre me voy por la izquierda a un ritmo constante de pedaleo y a lo que me da el cuerpo, pero él se les tira a los carros. Yo igual me recorro la ciudad de norte a sur en mi bici, pero en el oeste prefiero caminar porque las subidas son muy hijuemadres. Conocí a Ricky porque trabajábamos

en el mismo restaurante en Bogotá. Él empezó en la cocina y luego lo movieron al piso donde yo era mesera. Desde ese momento nos hicimos reamigos, pero hemos compartido mucho más tiempo desde que me mudé a Cali. La verdad, de Bogotá no extraño nada, ni el frío. Soy más de clima cálido y el de aquí me encanta», dice Camila, una amiga de Ricardo que también es profesora de yoga, mientras espera que le coticen los marcos donde van a poner las fotos para la exposición de La Batea, evento organizado en conjunto con otros artistas emergentes en un lugar llamado Espacio 10.60.

El olor a madera y a pegante, el sonido de la tiquetera, el martilleo sobre tablas y el ruido de los vehículos al pasar, forman todo un caos mientras esperan para escoger los marcos y vidrios que van a usar.

—¡Baby! ¡Ricky! Adivina cuándo nos entregan ya todo listo —dice Camila.

—¿Cuándo, Cami?

—El cuatro de mayo, un día antes de la exposición. Rebién, ¿no?

Rodea con sus brazos a Ricardo y él se estremece de emoción al saber que la exposición está a la vuelta de la esquina.

—Muy chéveres las fotos, muy reales. Pero, ¿para qué materia son? —pregunta una mujer ubicada en el mostrador.

—Para la materia de la vida —le contesta Camila con una sonrisa.

Es sábado 5 de mayo, día en que se inaugura la exposición de La Batea. Detrás de las sombras de la ciudad surge un espacio donde el arte se combina con una vista que alcanza las nubes de día y las estrellas de noche. Los taxis amarillos pasan por el lugar haciendo sonar sus pitos frenéticamente y las luces se mueven en vaivén por toda la Carrera diez.

Sentado en el piso con música de Moderat a todo volumen, Ricardo recorta unas pequeñas fotos a modo de postales para venderlas más tarde. Su mano no para de acariciar su incipiente bigote. Mira el reloj, se levanta, se detiene a pensar y regresa al suelo a continuar cortando.

«Ricardo sin estrés no es Ricardo», dice, mientras acomoda su máquina de coser y unos maletines de Amada Dulcinea sobre una bobina de madera.

Es un gran salón con piso de madera. Los paneles que lo rodean exhiben un colorido entre rojizo y café, como el atardecer. Sobre la entrada se observa un enorme cuadro de retazos de madera del que cuelga un póster blanco con letras negras. Las frases escritas sobre él abren la exposición. Cuentan historias a pedal, con reflexiones, suspiros, caminos y el desafío de fotografiar una ciudad llena de habitantes con una historia que contar. A sus pies reposa una bicicleta de color dorado desteñido por el ritmo y el sol de la ciudad. Sin ella nada hubiera sido posible; sin la “burra” nada hubiera sido realidad.

El lugar está rodeado por un gran ventanal de enrejado amarillo y lucecillas que deja ver la imponente fachada de la iglesia de Santa Rosa. En medio de la sala se extiende un enorme tapete verde como la grama y en un rincón se encuentra Helena, una rubia de ojos como el cielo y amiga de Ricardo. Es una artista que trabaja con sus manos, al tiempo que provee alivio para los resfriados, los dolores de cabeza y otros males gracias a remedios naturales que guarda en botellas de vidrio y bolsitas de color marrón alumbradas por la luz tenue de un coco.

En una larga pared cuelga una hilera de fotos abrazadas por el olor a madera de los marcos que muestran la esencia de Raíz de Árbol; es decir, aquello que resulta invisible. Una de estas imágenes muestra a un hombre en el piso con su cabellera a medio crecer y su espalda encorvada que luce los avatares de la edad. Una camisa blanca como el marfil deja entrever una porción de piel a la altura del pecho, sus labios sostienen un cigarro sin encender y a sus pies una pequeña caja de madera que grita decenas de años de estrecha amistad con los cepillos de madera desgastados que están a su lado y un viejo retazo de tela lleno de betún.

Los zapatos de charol brillan más que el sol del mediodía y en sus manos una lata de betún busca tomar la última gota. Apremiar los detalles de esta fotografía en particular es adentrarse en la cotidianidad y la búsqueda de oportunidades. Es mostrar una escena que no deja de lado el panorama gris, el suelo agrietado y la suciedad de una calle.

Con su camisa blanca abrochada hasta el cuello, Ricardo acompaña a las personas en su ir y venir en medio de la exposición. Esta rutina hace que el tiempo pase lento como si estuviera desnudo por muchas horas. Su realidad es expuesta a los ojos de los espectadores y de los críticos y a una ola de comentarios positivos.

En una esquina, un hombre relata:

«Ay, pues, Ricky, Ricky, Ricky... La primera vez que nos vimos fue para concretar unas fotos. Al principio me pareció muy callado, muy puestecito, pero poco a poco se fue abriendo como si las primeras horas fueran para conocerse y entablar una conexión. Desde esos instantes hubo mucha empatía con el proceso de las fotos, algunas de las cuales eran con modelos desnudos. Tal vez para él fue algo raro y además eran sus primeras fotos de bailarines. A pesar de todo el proceso se dio con fluidez. Jugaba con su cámara y aprovechaba cada hilo de luz y cada movimiento. El producto fue extraordinario y esta experiencia acrecentó nuestra amistad. Nos encontrábamos para ver películas, para hablar o tomar un café. Es muy interesante cómo de no saber nada el uno del otro, se va encontrando la forma de intercambiar ideas». El personaje es Edward Mar, un bailarín independiente de la ciudad de Cartagena.

Con el pasar de las horas caras nuevas llegan al salón. Súbitamente las gafas negras y el bigote naciente desaparecen. Raíz se desdibuja de todo el cuadro hasta que reaparece con su particular manera de hablar y sus pausas en medio de la conversación. Su regreso se acompaña de un grupo de cuatro personas a las que les hace el recorrido. Uno de ellas se acerca particularmente a una de las fotos, la señala y pregunta: “Y ese carro tan destartado ¿sí se movía?” A lo que Ricardo responde que, increíblemente, sí. Al cabo de unos minutos y después de consumir algunos pasabocas, el grupo se retira.

Transcurren alrededor de diez minutos. Ricardo se dirige a los asistentes y dice con voz pausada:

«En ese grupo estaba mi padre y para mí fue algo extraordinario, pues él me regaló mi primera cámara y nunca había visto mi trabajo. Los comentarios fueron muy lindos. Lastimosamente regresa el lunes a España».

A eso de las diez de la noche se cierra la exposición y deja en los espectadores un sinnúmero de sensaciones, recuerdos, miradas crudas, seres frágiles y realidades desnudas.

«La exposición me deja cansado, pero también emocionado porque me acompañaron personas muy importantes para mí, porque fue un espacio que creé con mi propio esfuerzo y porque es el abrebocas de muchas cosas que quiero a hacer por medio de este, mi arte», expresa Ricardo emocionado.

Unas semanas más tarde recibe varias propuestas para recorridos fotográficos en el interior del país, lo que constituye la antesala para el que será su proyecto

más importante: su estancia en España para comenzar su carrera de manera más profesional. Será la nueva etapa de Raíz en el 2019.

«En este momento me siento muy feliz. Hace muy poco me hice un kambo, un procedimiento con veneno de rana para subir las defensas y quitar los males. Había pasado por momentos muy difíciles, como cuando dejas un rollo de alambre de púas envuelto y olvidado por cinco años en una terraza, al sol, a la lluvia y al viento, con la pretensión de llegar un día y desenredarlo. Así estaba yo, hecho un caos. Les cuento esto porque las decisiones que se toman van de la mano con su propia felicidad. De levantarse y declarar cosas positivas sobre mi vida y comenzar de manera diferente. Me levanto bailando, voy y le doy un abrazo a mi madre, le digo que la amo porque quiero que lo sienta y lo recuerde. Es un ejercicio evolutivo que me enseñó que no debo enfocarme en los sentimientos negativos. Soy una persona melancólica, pero ahora se me han abierto nuevas puertas en mi mente para pensar en mi propósito. Vine a este mundo a mostrar el lado desconocido de lo conocido».

Toma un respiro y continúa:

«Siento que los dejo antojados porque la etapa de Raíz en Colombia no va ser la misma que en Europa. Dejo una parte mía aquí, pero a Cali le dejo una reflexión sobre las múltiples situaciones que vive la sociedad colombiana. Dejo la conciencia fotográfica de la ciudad, de sus calles, de cómo la vida se dibuja entre tantos niveles socioeconómicos; entre el campo, la ciudad y los viajes, aquello que, precisamente, he retratado en Raíz de árbol. Soy consciente de que esto no es nada comercial, pero lo que quiero y querré es mostrar nuestra realidad bien compuesta».

Valentina, a pesar de ser tan joven, ha tenido que vivir peleas fuertes con sus padres que probablemente marcarán su vida. Diecisiete años enjaulada por su familia en una vida que no ha podido vivir como cualquier persona del común. Ha pasado por psiquiatras y sacerdotes hasta quedar postrada en una camilla días y semanas enteros. ¿Para qué? Solo para darles gusto a los demás. “Nunca fui capaz de decir no”, se dice a sí misma.



UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI

EB
EDITORIAL
BONAVENTURIANA



editorialbonaventuriana



@EditBonaventuri



EditorialBonaventuriana



editorial-bonaventuriana

www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co

VIGILADA MINEDUCACIÓN